HQÑ™

Somos mil atardeceres

HILO ROJO 3

AMY REALTO

Portadilla

Somos mil atardeceres

AMY REALTO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2020, 2025 Amalia García del Real Torralva
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Somos mil atardeceres, n.º 423 - agosto 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370006273

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Cita
Dedicatoria
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Tercera parte
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Carta a mis hijos
Si te ha gustado este libro…

Cita

Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias.
El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper.

Proverbio chino

Dedicatoria

Hay personas que siempre recordaré con cariño.
Personas que me acompañaron en un momento del camino ayudándome a crecer.
Este libro es para vosotras.

Primera parte



¿Seguro que todos tenemos un hilo rojo?

Capítulo 1

«Mientras tú sepas quién eres, no tienes nada que demostrar». Aquella frase bien podría haber salido de boca de su abuela. Eva le dio un *like* y compartió en su *storie*.

Intentó recordar cuántas veces había escuchado a Helena decir aquello. ¿Miles, quizá?

Sentada en el vagón, Eva dejó que sus pensamientos viajaran a su infancia guiados por el suave traqueteo del tren. No había sido una época feliz, y en la adolescencia, con la rebeldía propia de esa edad, todo había empeorado. Su carácter alegre y extrovertido no congeniaba con el de sus padres y hermanos, y habría crecido sintiéndose sola en una familia numerosa si no hubiera sido por su abuela Helena.

Sonrió al recordar la primera vez que se quedó sola con ella. La niñera estaba enferma y su madre tenía un compromiso que una niña pequeña y maleducada como Eva no debía estropear. Amélie se libró de ella dejándola en el piso que Helena tenía en Francisco Silvela. Hasta ese día Eva apenas había tenido relación con su abuela materna. No la conocía y a su corta edad Eva ya había aprendido que con los adultos era mejor dejar las palabras dentro de uno mismo.

«Los niños calladitos son más buenos», siempre le decía su niñera.

Seguramente con la intención de acercarse a su nieta, Helena le compró un helado de chocolate en una heladería que había en el bajo del edificio y, como era de esperar, el helado ensució el impoluto vestido de piqué blanco que Eva llevaba. Cuando la primera gota de aquel oscuro líquido marrón cayó sobre la tela, Eva sintió pánico. Asustada, miró a la madre de su madre, esperando la reprimenda y los insultos que vendrían a continuación. Su cuerpo se anticipó a la que sabía, por experiencia, que sería la consecuencia de su torpeza; se puso rígida, cerró los ojos y esperó a que llegara el

chaparrón de improperios que la harían sentir minúscula y tonta, pero estos no llegaron. Su abuela Helena, en cambio, la había mirado de forma comprensiva y le había pedido que no se preocupara.

—Todo tiene solución en esta vida —le había dicho Helena con una sonrisa afable. Otra de las frases que Eva había escuchado mil veces de sus labios.

En aquel piso, lleno de libros y fotografías, su abuela había lavado el vestido con paciencia mientras ella, solo con su ropa interior, observaba todo con ojos curiosos. Amélie nunca supo que se había manchado, y Eva, por primera vez en su vida, se sintió cómoda.

Conforme fue creciendo, y pese a que su madre era reticente, las visitas a ese piso se hicieron más frecuentes. Su familia se quitaba de en medio la molestia que ella suponía, y Eva era feliz estando con su abuela. Con Helena aprendió a leer, a imaginar y a jugar vestida de soldado, cantante o enfermera. Su abuela era permisiva y le dejaba disfrutar siendo lo que era, una niña. Todo lo que pasaba en aquella vivienda quedaba entre ellas dos, y poco a poco fueron estableciendo un estrecho vínculo.

Hasta conocer a Helena, Eva se había sentido un bicho raro entre los miembros de su familia, pero en su abuela encontró a una igual. Helena era divertida y alocada, una persona segura de sí misma, que había tenido que sufrir muy joven una guerra, viendo los horrores de esta desde el campo de batalla. Por eso vivía y disfrutaba cada momento, y lo había hecho así hasta el día de su muerte. Y no solo eso, también se ocupó de enseñárselo a su nieta.

El tren ralentizó su marcha al entrar en la estación. Los letreros digitales mostraron de forma continuada que Cercedilla era la próxima parada. Eva se puso en pie y comenzó a abrigarse, anticipándose al azote de frío que encontraría al bajar del vagón. Había avisado a Sol con un mensaje cuando subió al tren, así que su amiga estaría esperando su llegada.

El último año había sido una locura. Desde el nacimiento de Ángela el grupo había aumentado de forma exponencial. Primero la

niña, luego Leo y, con él, Eduardo. Y mientras, Toni y Marta encargando a Maya. De las cuatro amigas, Eva era la única que no estaba emparejada, quizá por eso su mente volvía una y otra vez al pasado, recordando tiempos mejores. Las próximas Navidades no serían como las anteriores. Sus amigas tenían compromisos y estarían fuera de Madrid, así que habían decidido disfrutar del puente de la Constitución juntas. Esa era la razón por la que habían alquilado una gran casa rural en la sierra para reunirse, antes de que todas se vieran inmersas en las fiestas y sus respectivos compromisos familiares. Todas menos Eva, que apenas tenía relación con su familia.

Al bajar, escudriñó el andén en busca de Sol. La vio junto a Eduardo, ambos resguardados cerca de la pared del edificio de la estación. Él, más alto que su amiga, la cobijaba entre sus brazos mientras ambos examinaban a los pasajeros que se habían apeado en esa parada, buscándola. Tapada como iba con bufanda y gorro, dejando visibles apenas solo sus ojos, era difícil que la encontraran, así que llamó su atención moviendo la mano. Eduardo liberó a Sol de su abrazo, y esta enseguida se acercó a saludar.

—¿Qué tal el viaje? ¿Se te ha hecho muy pesado? —preguntó a la par que la abrazaba.

—No mucho. He estado leyendo y luego he dormido un poco —respondió Eva.

Eduardo, que había permanecido a su lado, las animó a acelerar y dirigirse al calor del coche cuanto antes, para resguardarse del frío.

La casa rural no estaba lejos de allí, de modo que pronto estuvieron bajo techo y calentitos. La vivienda, construida en piedra, mantenía el aspecto del resto de las edificaciones de la zona. Con muros gruesos de granito, techo de pizarra y un interior donde la madera convivía, en un equilibrio perfecto, con el suelo de barro cocido, que seguramente fuera el de origen por su forma característica. Con decoración rústica, pero acogedora, el único toque moderno eran las ventanas de PVC marrón, dotadas de un buen cristal aislante.

Eva saludó alegremente a todos antes de subir a la habitación que le habían reservado. Con ganas de integrarse en el ambiente de la casa, se apresuró a vaciar la maleta, pero se permitió una ducha caliente antes de bajar. Con energías renovadas, enseguida se encontró ayudando a Sol a poner la mesa mientras Toni y Daniela trasteaban en la cocina haciendo la cena, y sus respectivas parejas se encargaban de las niñas.

Trabajando en equipo rápidamente se sentaron a cenar, y las tortillas de patatas, los pimientos asados, el jamón serrano y el queso, entre otras viandas, en un momento acabaron en sus estómagos, acompañados de una moderada cantidad de vino. Todo ello con una alegre conversación.

En poco tiempo las comidas habían pasado de ser de cuatro amigas a ser multitudinarias y ruidosas. Eva, la única sin pareja, tenía suficiente confianza con ellos para no sentirse sola. Durante los cuatro días que estuvieron allí, disfrutó de los paseos, las sobremesas, las bromas y los juegos de mesa. Habló con sus amigas, soportó que las conversaciones siempre acabaran con las últimas anécdotas de Ángela o Maya, o los consejos para que estas comieran o durmieran mejor. Gozó de sus pequeñas sobrinas hasta que fue demasiado cansado ir tras Ángela, que corría como un galgo, o sujetar a Maya, que se lanzaba de sus brazos al suelo buscando perseguir a su amiguita.

Así que, a pesar de que fue un fin de semana divertido, cuando Eduardo y Sol la dejaron en su casa a última hora del domingo, estaba agotada.

Puso una lavadora y recogió un poco, recalentó algo de sopa y se sentó a ver la tele. No ponían nada interesante y no le apetecía ver ninguna de las series que estaba siguiendo, así que terminó la cena, dejó las cosas en el lavavajillas y se fue a la cama a leer un rato en silencio.

¡Qué diferente era su vida a la de sus amigas! Pensó en Marta y Daniela, que estarían bañando, dando la cena y acostando a sus

niñas, ayudadas por Toni y Leo. O en Sol, que habría pedido alguna *pizza* y estaría viendo la tele tranquila acurrucada junto a Eduardo.

Ninguna dormiría sola esa noche, sino que lo harían protegidas por sus parejas.

Eva estaba sola por decisión propia y, aunque no se arrepentía de ello, quizás echaba de menos sentirse acompañada en algún momento, tener a alguien que la conociera lo suficiente para, con una mirada o un simple vistazo, saber qué pasaba por su cabeza o qué necesitaba. Alguien a quien contar cómo le había ido el día al llegar a casa.

Su abuela había sido ese alguien, y desde que murió por aquel glioblastoma tan agresivo, que se la llevó en apenas un par de meses, no había habido nadie más.

Su pareja en aquella época no había aguantado que Eva dedicara cada segundo de su tiempo a cuidar a Helena, y había resultado un egoísta engreído, como todos los hombres que habían formado parte de su vida. Como su padre o su hermano.

Superó la pérdida de Helena con ayuda de sus amigas, aunque aún sentía el vacío de su ausencia. Los primeros días tras su muerte actuó de forma temeraria e impulsiva. Llevada por la creencia de que la vida era demasiado corta, aparcó los estudios y se dedicó a ir de fiesta en fiesta. Por suerte aquella fase duró poco tiempo, sin ocasionar daños irreversibles, pero empeoró la relación que mantenía con su familia. Terminó tan rápido como empezó, de un día para otro, justo la mañana en que su padre tuvo que sacarla de la comisaría. De nada sirvieron sus explicaciones, ya que este, a pesar de ser juez, nunca aplicó aquello de la duda razonable con ella. Seguramente, todavía pensaba que la bolsita de éxtasis, que la policía encontró en su bolso durante la redada, era suya. Cierto es que, sabiendo de antemano cómo era su progenitor, no intentó defenderse, aun cuando no tenía ni idea de cómo había llegado la droga a mezclarse con sus pertenencias.

No fue el incidente lo que la hizo centrarse, sino la mirada de decepción que le lanzó su viejo. Federico pensaba que su hija era una fracasada, y lo demostró esa mañana, con cada palabra y cada gesto.

Después de aquello bajó el ritmo, se centró de nuevo en sus estudios, se marchó a vivir con sus amigas, porque la soledad de la casa de su abuela le parecía insoportable, y siguió viviendo.

Su fase loca duró poco, pero tras un desengaño amoroso con un profesor que se aprovechó de su juventud, y lo que veía día a día en su trabajo, pronto el pensamiento de que había que disfrutar de la vida al máximo volvió a ocupar su mente. Aunque incluso sus amigas no compartieran muchas veces su forma de vivir, Eva protegía su libertad y su corazón sin renunciar a nada, con la firme creencia de que debía aprovechar cada minuto, aunque con la experiencia que otorga la madurez.

¿Era una mujer fría y calculadora? Para nada, probablemente fuera la más sensible e insegura de las cuatro chicas, pero escondía aquello detrás de su carácter extrovertido y sus ganas de vivir. Daba lo mejor de ella a sus pacientes y a los hombres que escogía, pero era algo perecedero, ya que enseguida otro ser era el agraciado. Lo único que había permanecido inmutable hasta el momento en su existencia eran sus amigas, pero poco a poco su mundo tal y como lo conocía había comenzado a desmoronarse.

Capítulo 2

No es que Eva fuera un Grinch, pero las Navidades nunca habían sido su época preferida del año. Vivir esas fechas en el seno de una familia como la suya, donde lo más importante eran las apariencias, suponía, al contrario que le pasaba al resto de la gente, que ella no tuviera recuerdos entrañables o tradiciones que cumplir. Para Eva tanto Nochebuena como Navidad eran días normales en los que generalmente intentaba trabajar, para que sus compañeros pudieran disfrutar esas fechas señaladas con sus seres queridos. De ese modo tenía una excusa perfecta para no asistir a las fiestas familiares a las que era invitada solo por compromiso.

Lo que sí hacía en Navidad era balance del año que terminaba y planificaba propósitos para el que venía. Analizaba el periodo saliente en busca de aquello que no le había gustado y se proponía cambiarlo en el siguiente.

¿Qué cosas le habían disgustado? Esa vez lo tenía claro. Por un lado, la dificultad cada vez mayor que tenía para recuperarse de los reveses de su trabajo, y que se estaba convirtiendo en un problema recurrente; y por otro, aquellos momentos de debilidad que había tenido y que le habían llevado a sincerarse con las personas equivocadas, como Ismael. Aquel fin de semana que compartió con el doctor con aspecto de surfista propenso al psicoanálisis había sido un tremendo error.

El próximo año tenía que corregir eso.

Durante el periodo que transcurrió desde que a Helena le diagnosticaron la enfermedad hasta que falleció, Eva había pasado con ella cada minuto. Se informó de los tratamientos, del apoyo al paciente e intentó aliviar al máximo la carga de la enfermedad para su abuela. Colaboró con las enfermeras diplomadas en la administración de los medicamentos, al principio para luchar contra la enfermedad, al final como cuidados paliativos. Observó, aprendió

y ayudó. Se dio cuenta de que se le daba bien aquello. Sabía cómo tratar a los pacientes y a sus familiares para ser el apoyo que necesitaban, y continuó haciéndolo cuando Helena falleció. Hizo seguimiento a pacientes que durante ese tiempo habían coincidido con ella en las salas de tratamiento o en sus periodos de ingreso. Celebró cuando Matilde se recuperó y pudo volver a casa o cuando Antón, aquel señor tan agradable que bromeaba con su abuela, salió airoso de su operación de próstata.

No fue de extrañar que al acabar su diplomatura se especializara en oncología, ni que Lucas le ofreciera una beca de colaboración que, más tarde, la llevó a formar parte de su equipo.

Conocía a su jefe mucho antes de que este lo fuera, cuando solo era un médico de oncología más a las órdenes del jefe del departamento. Lucas había formado parte del equipo médico que había diagnosticado y tratado a Helena, la había visto a su lado durante todo el proceso, hasta el final, y después, cuando Eva iba de voluntaria como apoyo a los pacientes varias veces por semana.

El personal de oncología debía cumplir unos requisitos no solo técnicos o formativos, sino también psicosociales, y ella creía que los cumplía o, por lo menos, lo había creído hasta ahora.

Por primera vez en mucho tiempo, Eva no sabía quién era ni qué hacer con su vida. Ese trabajo que hasta el momento la llenaba se había ido convirtiendo poco a poco en un tormento. Estaba agotada de luchar contra una enfermedad que no tenía escrúpulos y acababa con grandes y pequeños.

«Nada pueden hacer contra ella», ese pensamiento había arraigado en su mente y, como una semilla que ha encontrado tierra fértil, estaba creciendo sin control. Y lo peor era que ya no sabía cómo hacerle frente.

Había hablado con Lucas, y este, viéndolo como algo normal, le había aconsejado centrarse solo en los pensamientos positivos.

Eva se consideraba una persona optimista. Concentrarse en lo positivo debía resultarle fácil, pero había situaciones en las que no había nada a lo que agarrarse. Por ejemplo, cuando, antes de acabar el año, Rosa ingresó de urgencia. Rosa hacía poco tiempo había tocado la campana, superando un complicado cáncer de útero que la

había obligado a someterse a un vaciado y a una doble mastectomía preventiva. Había vuelto a casa a disfrutar de su segunda oportunidad, como ella lo llamaba. No era justo que le volviera a pasar.

La recaída fue un duro golpe para Rosa y su familia. La luz y la fuerza que antes proyectaba se habían apagado, y Eva sintió la obligación de avivar esa llama y conseguir que su paciente volviera a luchar.

Se involucró en ese caso, mucho más allá de sus obligaciones laborales, dando toda su energía. Probablemente ese fue su error, lo dio todo y no dejó nada para su recuperación.

Rosa no llegó al día de Reyes.

Dejó una niña de apenas quince años, una edad complicada en la que más que nunca se necesita una madre, y un marido desorientado, ya que Rosa, con su vitalidad, había sido siempre el eje de la familia.

«¿Qué será de nosotros ahora?», era la pregunta que el hombre le había hecho una y otra vez entre sollozos hacía escasos minutos, mientras sus lágrimas mojaban el uniforme de Eva. ¿Y qué decir en ese momento? Las típicas frases en la línea de «Ha sido lo mejor, ya que ha dejado de sufrir» a Eva le parecieron vacías e insustanciales. Lo cierto era que aquel hombre y aquella niña debían pasar por varias etapas de duelo, todas ellas muy duras. Eva lo sabía de primera mano, sabía que el sentimiento de vacío nunca se iría y que el recuerdo los acompañaría toda su vida. Finalmente, otros familiares habían llegado y Eva les dio el relevo. Al despedirse de la pequeña, esta le había entregado un paquete arrugado que hasta el momento había agarrado como un tesoro. Era el regalo de Reyes que, con sus propias manos, le había hecho a su madre, y se lo entregó a Eva pidiéndole que se lo diera a alguien que lo pudiera necesitar.

¿Qué había de positivo en aquello?

Compungida por la pérdida de su amiga, Eva se dirigió a la sala de enfermeras con la esperanza de encontrar un poco de soledad para recuperarse. No fue así. La sala estaba llena, sus compañeras habían organizado una reunión alrededor de un gran roscón y desayunaban

animadas. No se lo reprochó, era un día especial, y estaban trabajando, lo normal era que intentaran sobrellevarlo lo mejor posible. Se disculpó diciendo que no se encontraba bien y se marchó buscando otro sitio para estar sola.

Caminaba cabizbaja por el largo pasillo cuando a su espalda escuchó cómo Lucas la llamaba y se giró lentamente. Este no le dio tiempo a hablar, con una gran sonrisa dibujada en la cara comenzó a hacerlo él. No pudo decirle que estaba mal; emocionado por lo que quería contar, no se percató de que ella necesitaba un hombro sobre el que llorar.

—Eva… Estoy feliz —declaró agarrándole las manos para que ella lo mirara. No esperó respuesta por su parte, no vio sus ojos tristes, cegado por su propia alegría—. Por fin, después de tantos años intentándolo, por fin voy a ser papá. Acaba de venir Sandra a decírmelo, hemos hecho una eco y está todo bien. Vamos a tener un bebé, Eva. ¡Por fin!

Hizo el esfuerzo de sonreír y lo abrazó para que no leyera en sus ojos que la noticia le había caído como un jarro de agua helada. Se alegraba por la pareja, por supuesto. Llevaban intentando ser padres desde hacía tiempo y no lo habían pasado bien. Era una buena noticia, pero llegaba en un momento en el que se encontraba muy vulnerable. No pudo evitar comparar el abrazo del marido de Rosa con el de Lucas, tan distintos. La vida era demasiado arbitraria.

No fue muy efusiva y su jefe lo notó. La separó de él y observó su expresión, a esas alturas se conocían demasiado bien, se podía decir que eran además amigos.

—¿Qué ha pasado, Eva? ¿Por qué estas así? —intentó averiguar y ella no lo escondió.

—Rosa —anunció.

—¡Oh! ¡Vaya! No sabía que ya… —No continuó hablando. Y volvió a abrazarla, esta vez trasmitiéndole su apoyo—. ¿Necesitas hablar?

Ella negó con la cabeza.

—Me vendrá bien estar sola un momento.

—Entiendo. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy —declaró él—. Voy a dar el pésame a su familia. —Ella asintió—. Y, Eva…, vete a

casa. Tu turno está a punto de acabar y llevas metida en el hospital sin apenas salir casi dos semanas. Tómate unos días si lo necesitas.

—Gracias… Y enhorabuena, espero que salga todo bien con el bebé.

Lucas sonrió y le apretó el brazo cariñosamente.

—Llámame loco por querer traer a este mundo de mierda a un indefenso ser. —Se encogió de hombros y se marchó eufórico.

Siguiendo el consejo de su amigo, vació su taquilla de ropa sucia, dejó en ella el paquete que le había dado la niña, sin fuerzas para abrirlo, y se marchó a casa.

Aquello fue un error, ya que al llegar a su piso, que había permanecido cerrado varios días, lo encontró helado y vacío. No era el lugar acogedor que necesitaba. Le hizo añorar la casa de su abuela, con esa mesa camilla en la que Helena pasaba las horas muertas leyendo al calor del brasero. Aquello sí era un hogar, su hogar, pero lo había perdido al fallecer ella porque se trataba de un alquiler sin contrato de bajo precio y el propietario decidió vender. No disponía de dinero suficiente para comprarlo, así que se conformaba con observar desde la calle cómo los nuevos inquilinos disfrutaban en su interior cada vez que pasaba por allí.

Abandonó sus cosas en el sofá y subió las persianas con la intención de que el tenue sol de enero iluminara las estancias. Cruzó el salón para encender la calefacción en el termostato instalado en la pared y, al hacerlo, se percató de que un piloto rojo parpadeaba en su teléfono. Le extrañó, ya que nadie solía llamarla al fijo. Había pensado en más de una ocasión en darlo de baja, pero por dejadez seguía operativo.

Tomó el auricular y pulsó el botón para reproducir el mensaje:

—¿Eva? ¿Estás ahí? Bueno, imagino que es cierto que estás trabajando. Te llamaba solo para decirte que hemos explicado tu ausencia en estas fechas diciendo que estás en África de voluntaria, así que, bueno… Si te encuentras con alguna de nuestras amistades, aunque lo dudo, porque por suerte te mueves en otros ambientes, por favor, di que estas de vuelta solo por unos días. De ese modo no

tenemos que vernos obligados a invitarte más veces y tú tampoco a declinar la invitación como acostumbras a hacer… Bueno, eso era todo. Adiós.

Así se despedía su hermana, no con un «que te vaya bien» o un «gracias». «Adiós». Seguro que era más cariñosa con la mujer que le hacía la cera.

En fin, ese mensaje cortaba la poca unión que le quedaba con su familia. Una excusa perfecta para no tener que volver a relacionarse con ellos.

Tenía vagos recuerdos de haber jugado de pequeña con su hermano Fede, como ella le llamaba con cariño, hasta que él le pidió que dejara de hacerlo. Con Catalina, en cambio, jamás había interactuado. Eva aprendió pronto a pasar desapercibida, porque en las contadas ocasiones en las que su hermana mayor se dignó a mirarla, siempre fue para darle un sermón o corregir su comportamiento de forma ofensiva.

Su padre, procedente de una importante casta de abogados, era juez, como había sido su abuelo, y su hermano Federico, ya letrado, iba por el mismo camino. Catalina, por supuesto, se había casado con otro picapleitos, al que Eva no soportaba, porque no solo era un estirado, sino también arrogante y tan perfeccionista que hacía que su hermana pareciera un desastre.

En las contadas ocasiones en las que había sido inevitable encontrarse, Eva había observado la difícil existencia que tenía su hermana, siempre a las órdenes de un hombre machista y desagradecido, que no se contentaba con nada que ella hiciera, algo que demostraba a voces, bien alto, para que a nadie le pasara desapercibido lo inútil que era su mujer. Y es que, después de tantos años siendo la hermana mayor perfecta, Catalina ahora sufría en silencio un importante maltrato psicológico, aunque lo inaudito era que nadie en su ambiente lo consideraba tal, ya que habían sido educados desde bien pequeños para que ese trato vejatorio les resultara algo completamente normal.

Eva no se compadecía de Catalina, que estaba recogiendo lo que había sembrado a lo largo de su vida, y tampoco creía que esta lo viera como lo que era en realidad. ¿O acaso Amélie, su madre, había sido distinta?

En cambio, sí se lamentaba por sus cinco sobrinos, los tres hijos de Catalina y los dos de Federico, que estaban siendo educados en el mismo ambiente machista y retrógrado. Eran corregidos de forma humillante cuando se permitían ser lo que eran, niños con inquietudes. Siempre pulcramente vestidos, quietos y callados. Era una forma de educar tan distinta a la que estaban usando Daniela y Leo o Marta y Toni para criar a sus hijas que a Eva le daba mucha pena ser consciente de cómo sus hermanos estaban destruyendo la infancia de sus sobrinos. Pero poco podía hacer, salvo rehuir ese tipo de educación.

A quien nunca había llegado a entender era a su madre. Amélie no pertenecía a ese ambiente, era la única que había entrado en él por decisión propia. Sus hermanos, su padre y la familia de este tenían una razón obvia para ser de ese modo, su educación, pero su madre… Helena no la había educado así. Eva hacía años que había dejado de intentar comprenderlo y buscar un apoyo en ella.

Amélie no había hecho nada cuando Eva decidió continuar el instituto para estudiar Enfermería y su padre montó en cólera, y achacó su comportamiento a los pájaros que «esa maldita vieja», refiriéndose a Helena, le metía en la cabeza. A partir de ese momento, Eva tuvo que empezar a escabullirse para continuar viendo a su abuela.

Finalmente, su padre permitió que siguiera estudiando, pero impuso dónde debía hacerlo. Así que fue enviada a un colegio privado en Oxford y matriculada en la rama de letras para que, si quería estudiar, lo hiciera en el negocio familiar. El derecho sería su única salida posible y su madre siguió sin actuar.

Durante los dos años que estuvo allí apenas vio a sus padres, y su abuela la visitó a escondidas en alguna ocasión, pero se hablaron y se escribieron mucho, manteniendo, de ese modo, el contacto.

Si de niña Helena le había enseñado a disfrutar de la vida y a ser feliz, de adolescente, con sus cartas, le enseñó lo importante que

era ser ella misma y luchar para conseguirlo. Aún guardaba esas notas cargadas de sabiduría, que, ahora que Helena ya no estaba, mantenían vivos sus consejos y le recordaban, al releerlas, cómo hacer frente a sus momentos de flaqueza.

Eva se graduó en el grado de letras como quiso su padre, pero asistió, de forma paralela, de oyente a todas las clases de ciencias que consideró le serían útiles en un futuro. Se mató a estudiar y apenas se relacionó con sus compañeros, todos ellos tan estirados como su familia.

Con dieciocho años recién cumplidos, rompió las normas de su padre, consiguió el acceso a la Escuela de Enfermería y se marchó a vivir con Helena. A partir de ese momento fue libre, y las visitas y relaciones con sus padres y hermanos se mantuvieron solo para salvar las apariencias. Catalina, con su llamada, había puesto fin incluso a eso.

Eva se sentó en el sofá. No estaba afectada, en realidad no le importaba. Pero, tras aquello, ya no le quedaba nadie. Preocuparse por su familia como hacía Lucas ahora por Sandra, y dentro de nada también por su pequeño, estaba fuera de lugar. No tenía un hombro en el que llorar, un compañero con el que reír, un niño al que enseñar y criar. No era el eje de una familia como lo había sido Rosa.

¿Qué tenía ella? ¿Una familia odiosa que no la quería en su entorno? ¿Unas amigas que poco a poco se alejaban, formando su propia familia? ¿Unos pacientes que iban y venían? ¿Un jefe que era su apoyo, pero que se apoyaba en otra persona?

Realmente, a sus treinta años, Eva no tenía a nadie porque así lo había decidido.

Hasta el momento no había echado nada en falta. Había sido feliz, ¿verdad? ¿Y por qué ahora no? ¿Qué había cambiado?

Lo cierto era que ella no había cambiado, lo había hecho su entorno. Había evolucionado dejándola al margen.

Esa tarde, acurrucada en su sofá y tapada con la manta decidió ver *Cuento antes de Navidad*. Una historia perfecta para hacer balance de su vida. No se consideraba una persona huraña como el

señor Scrooge, pero sí tenía que cambiar algo si no quería terminar sus días sola.

Capítulo 3

Las amigas de Eva, tan centradas en sus vidas, habían dejado de ser una buena compañía los fines de semana. Lo pasaba bien con ellas, organizaban alguna cena, visitaban algún museo, llevaban a los niños al parque… Las cosas entre Eduardo y Sol iban viento en popa, los hermanos habían comprado una parcela con la intención de hacer dos chalets independientes, pero lo suficientemente cercanos para que las familias pudieran crecer juntas. Así que últimamente en las reuniones acababan discutiéndose temas como de qué tamaño sería la piscina o cuántos baños tendría la vivienda. No eran temas de interés para Eva, así que poco a poco fue espaciando sus visitas, intercalándolas con otras compañías.

Comenzó a salir con un grupo de compañeras, algo más jóvenes que ella, pero con inquietudes e intereses parecidos. Durante los tres meses siguientes a Navidad, había visto a sus amigas en contadas ocasiones. Lucas, centrado en cerrar temas laborales antes del nacimiento de su bebé, apenas pasaba por el hospital, viajando de forma frecuente. En consecuencia, Eva no tenía con quién desahogarse y había comenzado a guardar en su interior las cosas que le preocupaban.

El último sábado de marzo salió con sus compañeras para celebrar la llegada de la primavera, fueron a una fiesta Flower Power vestidas de *hippies* sesenteras. Y lo pasó genial, bailó, bebió, rio… ¿Qué más se podía pedir a una noche de fiesta? ¿Un tío macizo? También lo hubo, Alex o Alexei, no se preocupó mucho por recordar el nombre. Lo cierto es que no hablaron demasiado, y el suyo más bien fue un encuentro rápido en el baño.

Regresó a casa bien entrada la mañana, aún disfrazada, con el peinado deshecho y el maquillaje corrido. Sin preocuparle mucho su aspecto decidió entrar en una cafetería para comprar un desayuno *take away*.

Se colocó en la cola para pedir, ojeando su móvil, sin percatarse de que Ismael estaba unos puestos delante de ella, pero se dio cuenta cuando escuchó una voz familiar y alzó la mirada. Aquel hombre había sido su debilidad, no solo por su aspecto, sino porque el fin de semana que pasaron juntos sintió que él comprendía perfectamente cómo se sentía con respecto a su trabajo. Egoísta por revivir ese fin de semana, se dispuso a regalarle su mejor sonrisa.

Cuando Ismael se giró cargando su bandeja, la sorpresa por ver allí a la tentadora Eva se dibujó en su rostro. Se tomó un momento para observarla. Eva fue consciente de que los restos de su noche de fiesta eran demasiado patentes, pero estaba segura de resultarle atractiva incluso de ese modo. Un educado Ismael le devolvió la sonrisa y se paró a su lado para saludar.

—Buenos días, ¿o debería decir «buenas noches»? —dijo pícaro.

—Creo que es obvio que buenas noches —manifestó ella con voz cantarina—. ¿Cómo te va?

—Bien, aunque veo que no tanto como a ti. Para mí también son buenas noches, aunque es porque he estado trabajando.

—Había que dar una buena bienvenida a la primavera —se justificó ella.

Se había portado mal con Ismael, había permitido que él conociera más de ella de lo que estaba dispuesta a mostrar, y lo había resuelto liándose con su amigo delante de él. De ese modo, había dejado claro que lo suyo no había significado nada, aunque no era cierto. Ismael la había escuchado y aconsejado como un amigo; si ella no hubiera sido tan cautelosa, su relación podría haber llegado a algo.

Rememorando lo agradable que fue hablar con él, osó intentarlo.

—¿Tienes tiempo para ponernos al día? Hace mucho que no nos vemos —preguntó. Ismael pareció sorprenderse ante su petición y Eva cambió su expresión por una súplica silenciosa, en un intento de ablandarle.

—Esto… yo… Hoy… Estoy acompañado —respondió él señalando con la mirada hacia el fondo de la cafetería.

Eva siguió su mirada y observó a una preciosa morena sentada sola esperando en una mesa. Una cita. Bien, se sintió como una mierda y quiso que la tierra la tragara.

—Se llama Amaya, llevamos poco tiempo juntos, pero la cosa parece que va bien. De todas formas, no tengo problema en que nos veamos como amigos. Así que llámame y quedamos para ponernos al día, ¿OK? —propuso amablemente.

Tras ello desapareció portando su bandeja hacia el fondo de la sala. Eva entró en *shock*, no porque quisiera algo más con él de lo que este había propuesto, sino porque era otra persona de su entorno que había seguido adelante. Pidió un café descafeinado, ya que ese golpe de realidad le elevó el ritmo cardiaco, y sintió una ligera opresión en el pecho.

Pese a la llegada de la primavera, y con ella los primeros días soleados, los primeros brotes verdes en los árboles y las primeras flores, aquella semana fue excesivamente cruel. Como si de una plaga se tratase, perdieron pacientes a un ritmo más rápido del habitual. El lunes la familia de Carlos avisó de que este no iría a su tercera fase de quimio, ya que una neumonía atroz se lo había llevado por delante ese fin de semana. El martes fue la señora Gómez, que a sus ochenta años se encontraba ya en cuidados paliativos. El miércoles no fue el cáncer, sino un infarto al doctor Vals; el día anterior habían estado bromeando porque iba a ser abuelo demasiado joven y, de pronto, no iba a ver a su nieto porque había muerto con cincuenta y tres años por un infarto fulminante. El jueves, otro de los pacientes de paliativos había entrado en coma y su familia había decidido acabar con su agonía desconectándole de las máquinas que lo mantenían con vida. Odiaba el protocolo en esos casos, apoyar a los familiares en su decisión, ayudarlos a firmar todo el papeleo y acompañarlos durante el proceso de desconexión, y lo peor…, luego, cuando lentamente el corazón del paciente dejaba de latir.

Una semana dura, con Lucas desaparecido, en la que se encontraba mal, pero no tenía con quién hablar de ello. Conforme avanzaron los días, las palpitaciones y la sensación de ahogo habían ido en aumento. Tras la muerte de cada paciente, había sentido una fuerte opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Y sus

obligaciones le habían impedido salir a buscar un sitio tranquilo para desahogarse un poco.

Desesperada, llamó a Sol y quedó con ella para comer el viernes, pero Eva no llegó a la cita.

El viernes por la mañana se escapó para asistir al entierro del doctor Vals. Fue muy duro ver a su familia rota por el dolor de la pérdida. Habló con su hija y su mujer para darles el pésame y volvió rápido al hospital. Cuando llegó, se enfrentó a otra mala noticia, un caso muy parecido al de Rosa. No pudo terminar de escuchar a su compañera contar cómo Maite había llegado muy grave a Urgencias y había fallecido casi en el momento. De nuevo, sintió el ahogo, la opresión en el pecho, el retumbar del corazón en sus oídos y la sensación de aturdimiento… Corrió a los vestuarios y se mojó la cara intentando despejarse y limpiar el sudor frío que había perlado su rostro. Respiró hondo, cerró los ojos y se recuperó un poco.

Su casaca estaba empapada y, cuando se encontró mejor, decidió cambiarse. Abrió su taquilla y rebuscó en el fondo una limpia. Al hacerlo palpó algo pequeño y blando, lo cogió para observarlo. Era el regalo de Reyes que Rosa no llegó a ver. Sintió curiosidad por el contenido de aquel sencillo paquete envuelto en un papel de color rosa pálido que había quedado olvidado. Lo desenvolvió con cuidado.

Un gorro rosa hecho a mano, con un bordado de un sol que al ponerlo quedaría en la parte delantera, de un tejido suave y fresco. Y una nota: «Mamá, lo conseguiremos juntas».

Quince años tenía aquella niña, y con su corta edad pretendía ser el apoyo de su madre para superar de nuevo esa terrible enfermedad. Una niña a la que esperaban años de pruebas para el control de sus marcadores tumorales y con gran probabilidad histerectomía y mastectomías preventivas, y su madre no estaría con ella. Rosa solo sería la evidencia de que el cáncer puede ser mortal.

Los síntomas del ataque de ansiedad volvieron, esta vez tan rápido que Eva no pudo controlarlo y terminó desmayándose en el

suelo del vestuario de enfermeras sujetando con fuerza el gorrito rosa.

Capítulo 4

Cuando abrió los ojos estaba aturdida, la luz que entraba por la ventana se le antojó demasiado molesta y volvió a cerrarlos perezosamente. Alguien se dio cuenta y bajó la persiana dejando la habitación en penumbra. No sabía quién era.

Intentó hacer memoria. Recordó el gorro rosa, y sobresaltada lo buscó entre sus manos. No estaba. En cambio, se percató de que llevaba una vía y una pulsera de ingreso; siendo consciente por primera vez de lo que había ocurrido, cerró los ojos de nuevo pensativa.

Recordó que había quedado con Sol. Estaba desorientada. Saber qué hora era la ayudaría a centrarse. Volvió a abrir los ojos intentando identificar a su acompañante en aquella habitación; una silueta borrosa entró en su campo visual. Lucas se acercó, se sentó a su lado y le tomó la mano con suavidad.

—Hola, princesa… Menudo susto nos has dado —le susurró con el cariño de quien habla a un niño.

Eva sonrió e intentó responderle, pero le costó articular palabra ya que tenía la garganta seca. Lucas le acercó un vaso de agua y ella se enjuagó la boca.

—Ya sabes lo poco discreta que soy. Era la única manera de tener tu atención, hombre ocupado —bromeó—. ¿Qué hora es? He quedado con Sol a comer, estará preocupada.

—Te llamó cuando te estaban atendiendo porque te retrasabas, está avisada y viene de camino. En nada tendrás aquí a tus cuatro amigas preocupadas por ti. —A pesar de que intentó restarle importancia, se le notaba serio y en su voz se apreció la desazón cuando continuó hablando—: Has tenido un ataque de ansiedad, Eva. —Ella asintió, lo sabía. Lo había visto venir y pensaba que podía controlarlo, pero fue más fuerte que ella—. No puedes seguir así, preciosa… Te está matando. Tenemos que buscar una solución.

—Lo sé, pero… ¿qué hago? ¿Abandono?

—No. Por el momento olvídate de todo, vas a estar un par de días aquí, hasta que te estabilices, ya han empezado a tratarte con ansiolíticos. Quiero que te recuperes y no te preocupes por nada. Yo encontraré una solución. Confía en mí.

Aunque no era mucho mayor que ella, sentía a Lucas como ese padre que nunca había tenido, su amigo, su protector… Intentó incorporarse un poco para abrazarle, necesitaba sentirse reconfortada, ya que con la recuperación de su conciencia habían llegado también todos los recuerdos y las razones que habían desencadenado el ataque.

Lucas estaba en lo cierto, sus amigas lo dejaron todo para acompañarla, aunque no habría sido necesario porque, por el efecto de los medicamentos, Eva tuvo pocos momentos de lucidez y estuvo durmiendo casi todo el tiempo que pasó en el hospital.

Cuando llegó a casa, se turnaron para que no estuviera sola. Una vez que su trabajo había dejado de formar parte de su vida, poco a poco Eva fue volviendo a la normalidad. Lentamente, su médico comenzó a reducir la dosis diaria de Lorazepam. Ella no quería depender de ese medicamento y le indicó su deseo de dejar de tomarlo, pero él consideró que era demasiado pronto y le pidió que mantuviera el tratamiento durante un tiempo más. Así que, a regañadientes, aceptó.

Su vida se volvió demasiado tranquila, como la de una jubilada. Paseaba por las calles de Madrid por las mañanas, y por las tardes, para no volverse loca, se apuntó a yoga y a baile. Los fines de semana los pasaba con sus amigas, unas veces en familia, otras como antes, ellas solas, recuperando sus tardes de peli y *pizza*. Poco a poco, el color regresó a sus mejillas y su felicidad y sus ganas de aprovechar su vida, también.

Con ello llegó la Eva de siempre, la Eva del *carpe diem*, y, como era de esperar, no dejó pasar la oportunidad de mantener una aventura con su pareja de baile, y más tarde con su profesor de yoga.

Pero esa forma de vivir no podría durar siempre, ya que en algún momento tendría que plantearse qué hacer con su carrera y la incorporación al trabajo le daba miedo. Era tan endeble su estado…

Lucas le había pedido que confiara en él, que encontraría una solución, pero, hasta el momento, las veces que se habían visto no habían hablado de ello.

Dos meses después de su ataque, Lucas la invitó a su casa. Aún seguía alejada del hospital, aunque, casi recuperada, su baja estaba llegando a su fin. Tras la cena, Sandra no le permitió ayudar a recoger y los dejó solos. Lucas la instó a que le acompañara al jardín y allí fue donde le planteó una solución que, aunque al principio le pareció descabellada, poco a poco comenzó a tomar forma.

Uno de los motivos que hacían que Lucas en los últimos meses viajara tanto era que estaba inmerso en varios proyectos de investigación con otros hospitales y universidades. La lucha contra el cáncer requería probar todos los avances posibles, se lo debían a sus pacientes y era la única forma de ganar aquella guerra.

La propuesta vino de la mano de uno de esos proyectos. Lucas colaboraba con la unidad de oncología del UCLA Medical Center de Santa Mónica, en California. Habían estado investigando con éxito en animales una nueva aplicación de la electroquimioterapia, hasta ahora solo utilizada para el tratamiento de tumores cutáneos y subcutáneos. Basándose en la idea de los implantes de Gliadel para el tratamiento de glioblastomas multiformes tras su extirpación, habían realizado pruebas, implantando unos conductores ramificados tras extirpar tumores pancreáticos, en aquellos casos que no requerían la resección total del órgano. El estudio de investigación contaba con los permisos para la realización de ensayos clínicos en humanos. Estaban constituyendo el equipo médico implicado y seleccionando a los pacientes aptos para entrar en el programa. Lucas había tenido que renunciar a operar, porque deseaba estar en España el mayor tiempo posible, para no dejar sola a Sandra, pero quería a alguien de confianza en California. La quería a ella.

Capítulo 5

Eva observó pensativa cómo su ciudad se hacía cada vez más pequeña mientras volaba hacia un nuevo futuro. Había accedido a viajar a Santa Mónica durante un tiempo, con una excedencia de seis meses en su actual puesto de trabajo, ilusiones renovadas y los mejores deseos de sus amigas como equipaje.

La esperaban por delante doce horas y media de vuelo, Lucas ya estaba allí y la recogería en el aeropuerto para llevarla a su hotel. No pudieron viajar juntos por un problema con su pasaporte, así que ella llegaría justo para el inicio del ensayo clínico, sin tiempo para aclimatarse. El no poder organizarse antes de empezar era lo que más le preocupaba. Debido al cambio horario y al lío con la documentación, apenas habían podido hablar, y no sabía si Lucas había encontrado algún sitio económico donde ella pudiera alojarse. Tampoco conocía la zona, dónde comprar, qué compañía de teléfono usar y esas cosas que cuando llegas a un nuevo lugar debes aprender para sobrevivir.

No obstante, excitada por su pequeña aventura, sin sueño, tomó su *e-reader* e intentó leer hasta que los auxiliares de vuelo pasaron con el menú para que eligieran su comida, momento que aprovechó para levantarse, estirar las piernas e ir al aseo. Al regresar, su compañero de viaje, que había estado dormitando, se encontraba despierto y comenzaron a hablar.

Tomás resultó ser un chico amigable con el que enseguida congenió. Procedente de una pequeña aldea gallega y bailarín de profesión, se había enamorado en un viaje con amigos de un californiano de ascendencia latina. Repudiado por sus padres por su condición sexual, decidió liarse la manta a la cabeza y marcharse con Jon, y les había ido bien. Llevaban casados un par de años y regentaban un local de moda que hacía poco habían reformado, el Cumbia Hispana, que no solo era un club de música latina las noches

de los fines de semana, sino que los días laborables funcionaba como academia de baile.

Tomás, con su extraño acento gallego-latino, le puso al día de todo lo que le podía resultar interesante saber para sobrevivir en Santa Mónica como una experta californiana: horarios de autobuses, compañías de teléfono, zonas de marcha, mejores restaurantes, tiendas de moda, supermercados, playas…

Cuando el avión inició el aterrizaje en aquel país desconocido, Eva ya contaba con un amigo, un número de teléfono al que llamar si necesitaba cualquier cosa, una propuesta de continuar con sus clases de baile y una invitación a uno de los locales con más fama de la ciudad. Apenas había dormido, pero había merecido la pena conocerle.

Se despidió de Tomás y su marido, que había ido a recogerle, con la promesa de verse en cuanto estuviera organizada, bajo la atenta mirada de Lucas, al que no le extrañó la nueva amistad que había surgido en el avión. Algo muy de Eva.

De camino al hotel no pudo dejar de admirar el paisaje desde la ventanilla del taxi, aquellas calles llenas de palmeras tan cerca del mar y tan parecidas a las que había visto en las series de televisión de su adolescencia. Los californianos rubios y bronceados, con sus bicicletas, patines y coches descapotables… Lucas se mofó de su expresión embobada y sus ojos curiosos, pero aquello no evitó que ella se empapara de todo lo que la rodeaba con la ilusión de una niña.

Cuando llegaron al hotel a la hora del almuerzo, tomaron algo ligero en la cafetería antes de dejar las maletas.

—No esperaba menos de ti. Sabía que bajarías de ese avión sabiendo más de Santa Mónica que cualquier autóctono —dijo Lucas después de que ella le contara todo lo que había aprendido en el vuelo.

—Ha sido solo la suerte de sentarme junto a Tomás.

—La verdad es que me quedo más tranquilo sabiendo que no te dejo completamente sola aquí.

Lucas habló con la boca llena del sándwich club que estaba masticando. Luego le contó los avances que había hecho en cuanto a su alojamiento. Era un tema resuelto porque el hospital había puesto un apartamento a su disposición, muy cercano al centro médico, de cuyos gastos se haría cargo el proyecto. No se lo dijo, pero aquella noticia le supuso una gran tranquilidad.

Aunque era la hora de comer, para Eva se trataba de su cena, ya que la comida la había hecho en el avión. Estaba agotada después de un largo día, así que, una vez en la habitación, no perdió el tiempo con la maleta, porque al día siguiente se mudaría al apartamento del hospital, y se metió en la cama.

Le costó horrores levantarse, ya que apenas había dormido cuatro horas cuando sonó el despertador. Su cuerpo reclamaba una noche entera de descanso, pero tenía que adaptarse al nuevo huso horario. Once horas de diferencia con España. Hizo un cálculo mental de la hora que sería en Madrid y le pareció demasiado pronto para llamar a sus amigas, así que tomó una imagen del paisaje soleado que se veía desde su ventana, se conectó al wifi del hotel y se la envió por WhatsApp a las chicas con el mensaje de que estaba sana y salva y que ya tenía un amigo en la ciudad. Tras hacerlo se metió en la ducha.

Esa noche iban a cenar con el jefe de cirugía, su mujer y parte del equipo médico del ensayo clínico, así que, con la intención de causar buena impresión, se puso un precioso vestido. Al día siguiente comenzarían con el ensayo y aquella cena era una manera perfecta de celebrar el inicio de su aventura.

Un chófer los recogió en su hotel y los llevó al The Lobster, un lujoso restaurante ubicado en la famosa calle Ocean Street, en primera línea de playa. Desde el salón del local, a través de sus cristaleras, Lucas y Eva gozaron de una maravillosa puesta de sol mientras esperaban la llegada del resto de los comensales tomando un café.

Jessica, la cirujana que formaría parte de uno de los equipos del estudio, fue la primera en hacerlo, y Lucas procedió a las

presentaciones. Ambas mujeres enseguida entablaron una alegre conversación. Los siguientes en aparecer fueron Peter, el jefe de cirugía y director del proyecto, y su esposa Doris. Observándolos se cumplía el cliché de la típica pareja americana, él un señor maduro de tez morena marcada por las arrugas de la edad y el pelo rubio canoso, con un aspecto que a Eva le pareció serio y conservador. Doris, aproximadamente de la misma edad que él y que, pese a ir vestida con un traje de Chanel y un peinado muy a lo *Chicas de oro*, no podía esconder su carácter afable y maternal. Con la llegada del matrimonio les hicieron pasar a la mesa que tenían reservada, momento en que Eva aprovechó para disculparse e ir al aseo.

Al igual que solía ocurrir en España, el aseo femenino estaba ocupado y su ocupante debía de haberse muerto dentro, porque después de esperar largo rato y llamar un par de veces, seguía sin salir. Mientras que el de hombres estaba libre y no había entrado ni salido nadie en todo el tiempo que Eva llevaba allí. Le pareció de mala educación hacer esperar a sus acompañantes de mesa y vaciar su vejiga se estaba volviendo urgente, así que sin pensárselo dos veces decidió pasar, como había hecho tantas veces, al aseo de caballeros. Cuando se estaba lavando las manos alguien llamó a la puerta.

«Mierda, ¡qué mala suerte!», murmuró y salió del servicio sin avergonzarse.

—Perdone, señorita, este es el servicio de caballeros —dijo un enorme americano, cuadrado como un armario, en un inglés con acento extraño.

Eva pasó a su lado sin hacerle el menor caso, pues pensó que era mejor ignorarlo que entrar en explicaciones innecesarias.

—¿Señorita? ¿Me ha entendido? Se ha confundido de aseo —insistió el hombre hablando más despacio.

La intención de Eva de marcharse sin polémicas se fue al traste cuando el rubio le cortó el paso obligándola a mirarle. Podría haberse disculpado, pero Eva no era así. Agachar la cabeza obviando el tono exigente de aquel armario no iba con ella. Había pasado intencionalmente al servicio de hombres. ¿Acaso era un pecado?

—¡Qué más da! ¿Es que vosotros hacéis algo distinto a nosotras ahí dentro? —respondió ella en su perfecto inglés.

El tipo, que hasta el momento había sido educado, mostró una expresión seria, ofendido claramente por su respuesta. A Eva le recordó la altivez del típico británico de Oxford y le miró desafiante, pero el hombre no entró a discutir. Con los labios apretados, una mirada de hielo y el rostro enrojecido de ira, dio por concluida la discusión y entró en el aseo, murmurando algo sobre la mala educación latina.

—Vete a la mierda —respondió Eva en castellano antes de que este cerrara la puerta.

Sin dar más importancia al incidente con aquel estirado, Eva se dirigió a la mesa, donde le presentaron a Sarah, la acompañante del doctor Mäkinen, una mujer bonita y engreída que le recordó a su hermana. Sonrió al pensar en lo amigas que serían si Catalina estuviera allí. Tomó asiento entre Lucas y Jessica, quedando el hueco que ocuparía el misterioso doctor frente a ella.

Les servían los entrantes cuando el doctor Mäkinen hizo acto de presencia, excusándose por haber tenido que atender una llamada importante. Eva levantó la mirada del plato que el camarero acababa de dejar delante de ella, esbozando una sonrisa de bienvenida al que iba a ser su compañero que no llegó a materializarse, pues Mäkinen resultó ser el armario empotrado con el que se había encarado en el aseo masculino. El rostro del doctor se mantuvo inexpresivo, no hubo ningún atisbo de sorpresa por encontrarla sentada frente a él. Con una simple mirada, de apenas unas milésimas de segundo, desencadenó un escalofrío que recorrió la columna de Eva de principio a fin. La enfermera sintió cómo la temperatura bajaba de valores negativos y deseó, con todas sus fuerzas, que en el reparto de tareas del día siguiente le tocara trabajar en el equipo de la otra cirujana.

La cena fue fría y aburridísima, y no porque hablaran de trabajo, cosa que no hicieron demasiado por deferencia a Doris y Sarah, que

no formaban parte del gremio, sino porque todos eran tan extremadamente serios y educados que Eva creyó volver a estar entre sus propios familiares.

El tal Mäkinen resultó llamarse Mikka, y era cirujano general, como Lucas y Jessica, procedente de nada más y nada menos que Finlandia. Alguien le preguntó qué se le había perdido a un finlandés en aquella calurosa parte del mundo.

«Busca el calor para no congelarse de dentro afuera», pensó Eva y sonrió ante su propia ocurrencia.

Mientras charlaba amigablemente con Doris, que resultó ser una amante de los perros caniches y de la comida española, no pudo evitar observar de reojo al nórdico. Si no fuera por el palo que tenía metido por el culo, que le hacía entrar en la categoría de suspenso, Eva lo habría considerado muy atractivo. Con su piel dorada por el sol californiano, su pelo rubio y liso, que llevaba más bien largo —no lo suficiente para hacerse una coleta, pero sí para poder darle un buen tirón—, y esa barbita recortada que enmarcaba su sensual boca, podría pasar por modelo o actor de Hollywood. Aunque lo que verdaderamente llamaba la atención eran sus ojos, de un azul tan claro que parecían casi transparentes, apenas visibles si no fuera por el anillo oscuro que rodeaba su iris. Pero aquellos preciosos ojos miraban a Eva como si fuera el ser más despreciable que había sobre la faz de la Tierra, razón que comprendió al escucharle hablar con Lucas a lo largo de la cena.

—¿Y cómo lo lleva Sandra? —le preguntó Mikka a Lucas en un perfecto español.

—Pues tiene bastantes dolores en la sínfisis púbica. El niño parece que viene demasiado grande y lo está llevando regular —respondió este.

—Eso debe de ser una «mierda». —El finlandés arrastró la última palabra mirando a Eva fijamente.

Consciente de que la había cagado, pero también de que aquel tipo y su novia no merecían la pena, Eva decidió obviar la conversación de esa parte de la mesa y se dedicó a la entrañable cháchara de Doris y Jessica.

—¿Qué te ha parecido Santa Mónica? —se interesó Jessica.

—La verdad, he aterrizado hace apenas unas horas y me he dedicado a dormir, cosa que no debería haber hecho porque ahora no creo que haya forma de acostarme. Para mi cuerpo aún es mediodía.

Doris aprovechó la oportunidad para enumerar de manera maternal varias formas infalibles para conciliar el sueño de forma rápida.

Cuando la cena llegaba a su fin, Peter propuso salir a la terraza a tomar una copa alargando la velada. Con Doris, Eva había tratado todos los temas comunes posibles y se negaba a intentar conversar con la tal Sarah, que solo cacareaba halagos sobre el doctor Mäkinen de forma empalagosa, eso sin contar con que el propio doctor era insoportable.

Así que, de camino a la terraza, Eva, con una mirada, suplicó a Lucas que la salvara de aquel horror, y este la entendió a la perfección y le echó un guante.

—Jessica, ¿conoces un sitio que se llama Cumbia Hispana? —preguntó a la cirujana.

—Claro, ¿quién no? Está muy de moda, ¿por? —respondió interesada.

—Porque Eva es amiga de los dueños y ha prometido ir a verlos en cuanto aterrizara.

—No me digas, pues tengo muchísimas ganas de ir, y no creo que debas hacer esperar a tus amigos, a partir de mañana empezará el trabajo duro y apenas tendremos tiempo libre. Pienso que deberías acercarte ya. ¿Quieres que te acompañe? —Jessica se dirigió a Eva con una complicidad que constató que la cirujana estaba tan aburrida como ella de aquella velada.

Eva asintió con timidez, aunque en su interior solo deseaba abrazar y besuquear a Lucas y a Jessica, agradecida.

Con la excusa que Lucas les había puesto en bandeja, las dos mujeres se disculparon y salieron del restaurante seguidas de una mirada crítica de Mikka y otra envidiosa de Lucas. Este último conocía al doctor Mäkinen desde hacía años y, aunque sabía que su origen finlandés le hacía parecer un tipo reservado y taciturno, al

conocerle no era tal, por ello no entendía por qué su amigo esa noche estaba siendo tan estúpido.

Capítulo 6

En cuanto se sintió lejos de las miradas de sus futuros compañeros de trabajo, Eva paró en seco y, bajo la interrogante mirada de Jessica, comenzó a girar la cadera siguiendo el ritmo con los brazos extendidos al frente, haciendo un bailecito que solía usar cuando quería celebrar algo.

—No creí que pudiera soportar aquello ni un minuto más. Yo que pensé que el aburrido iba a ser el director… Menos mal que Doris y tú habéis animado la cena un poco con vuestra conversación —explicó Eva al terminar el baile, poniendo los ojos en blanco—. ¿Es así siempre?

—¿Te refieres a Mikka? —preguntó Jessica a la par que abría su coche. Ambas entraron y la cirujana escribió en el navegador la dirección del local—. Normalmente no es así. Es un tipo agradable y, aunque tiene un carácter muy nórdico, ya lleva muchos años en Los Ángeles y lo ha suavizado bastante. Pero es cierto que hoy estaba un poco raro —continuó diciendo.

—No me lo creo. ¿Es posible que en algún momento se saque el palo del culo?

Jessica rio ante la ocurrencia de Eva.

—La verdad es que no ha parecido que le cayeras muy bien.

Eva observó durante un tiempo el paisaje, pensativa, antes de volver a hablar.

—Bueno, es probable que de eso haya tenido yo la culpa… Quizá le haya sentado mal lo de que le mandara a la mierda en el baño antes de saber quién era, aunque no creo que sea una razón para comportarse así. —Jessica la observó curiosa y Eva procedió a explicar en detalle el encuentro, previo a las presentaciones, que había tenido con el doctor. Jessica no paró de reír imaginando al serio Mikka aguantando tal contestación.

—Mikka lleva cinco años trabajando conmigo en el UCLA de Santa Mónica y, aunque se ha integrado bien, hay cosas que no ha

cambiado, como su pulcro sentido de las normas —explicó Jessica—. Es obsesivo a la hora de seguir los protocolos y, como buen finlandés, cumple las reglas al pie de la letra. Así que colarse en el baño masculino le habrá parecido un comportamiento irreverente y lo de enviarle a la mierda, algo imperdonable.

—Pues crucemos los dedos para que en el reparto de mañana me toque en tu equipo. Cuéntame algo más sobre él para saber a qué atenerme —pidió Eva.

Jessica lo describió como un buen compañero, siempre dispuesto a ayudar, con un carácter que inicialmente parecía serio, pero que, cuando se le conocía, uno se daba cuenta de que lo era solo en su trabajo.

Le comentó que antes ambos salían con el mismo grupo de amigos y que era un tipo divertido, por lo menos hasta hacía más o menos un año, cuando empezó con Sarah. Ella sí que era una estirada y no había congeniado con ellos, por lo que Mikka poco a poco había dejado de sumarse a sus planes.

—Sarah es neoyorquina y su padre un importante cirujano proctológico allí. El hombre lleva tiempo intentando fichar a Mikka en su equipo, aunque hasta el momento él se resiste —contó Jessica—. Pero creo que, si la relación con Sarah avanza, Mikka acabará cediendo.

Cuando llegaron al Cumbia Hispana, la cola de la puerta era larguísima y, a menos que Tomás saliera a buscarlas, el gorila no las dejaría pasar. Así que Eva rebuscó en su bolso la tarjeta que este le había dado hacía algunas horas y desde el móvil de Jessica le enviaron un mensaje.

Jon enseguida salió a recogerlas y las guio por el local hasta la zona VIP, donde bailaron, conocieron gente interesante y tomaron alguna copa con buena conversación.

A Eva el lugar le resultó similar a las discotecas que había visto en sus vacaciones en Marbella, con paredes blancas, jardines y mucha vegetación. La zona VIP estaba en la segunda planta, y desde ella se podía ver tanto el patio interior como unas preciosas vistas de la

zona exterior. Se divisaba desde allí a toda una multitud sudorosa bailando música latina y divirtiéndose.

Tomás y Jon tuvieron tiempo para tomarse con ellas una copa, incluso se marcaron algún baile. Seguir el ritmo latino guiada por la experiencia de Tomás y poder practicar lo que había aprendido en sus clases tiempo atrás le resultó muy divertido y prometió repetir en cuanto pudiera.

Cuando Jessica dejó a Eva en la puerta del hotel, era muy tarde, tanto que apenas tuvo tiempo de darse una ducha y rehacer la maleta antes de bajar a desayunar con Lucas.

—¿Una noche larga? —preguntó él bromeando al ver su cara de trasnochadora.

—Odio el *jet lag* —refunfuñó ella.

—Piénsalo bien, cuando te acuestes esta noche te habrás adaptado al nuevo horario, porque vas a dormir como un bebé.

Eva suspiró resignada como respuesta.

—Vosotros, ¿acabasteis muy tarde?

—Más o menos una hora después. Mikka dijo que quería estar fresco para la reunión de esta mañana.

Era tan predecible que Eva puso los ojos en blanco. Cuando *don Recto* viera su cara de juerga, imposible de ocultar, tendría otra razón para reprobarla.

Al llegar al hospital, Lucas, en un acto de caballerosidad, tomó la maleta de Eva y la llevó a la recepción para dejarla allí y recoger las llaves del apartamento en el que ella se alojaría a partir de esa noche. Eva se permitió analizar el que sería su nuevo *hogar*. El olor no era muy distinto al de cualquier hospital del mundo, ni siquiera la distribución o la decoración eran diferentes, pero había algo. ¿El silencio? Eva cerró los ojos y respiró el ambiente. Se dejó embargar por el murmullo suave de voces en un idioma distinto al suyo. En España no sería un murmullo, sino un ruido. Pero no solo era eso. ¿La luz? Abrió los ojos despacio. El hospital era muy luminoso, el sol se colaba por los ventanales, lo que hacía innecesaria la luz artificial de los fluorescentes. Los hospitales en España eran oscuros y

lúgubres en comparación con este. Concentrada, no se percató de que Lucas estaba a su lado respetando su momento, ni de que Jessica y Mikka se acercaban a ellos procedentes de la cafetería. Por la sonrisa de Jessica debían de haber estado hablando de forma animada, o al menos eso fue lo que le pareció a Eva, porque cuando Mikka la miró a ella, toda señal de bondad de su cara se borró dando paso a esa gélida mirada que el finlandés parecía tenerle reservada. Y viniendo de esos extraños ojos azules, gélida era quedarse corta.

Capítulo 7

Jessica, tan amigable como siempre, se acercó a darles la bienvenida y enseguida entabló conversación con Lucas. Aquello dio pie para que Mikka pudiera observar a la española de cerca. Jessica le había comentado que las dos habían estado en el Cumbia Hispana hasta muy tarde. Y mirándola dudó de que aquella mujer pudiera mantenerse despierta en la reunión y mucho menos aguantar todo el día. El numerito de cerrar los ojos en medio de la entrada le había puesto enfermo, pero cuando a su lado Eva disimuló un bostezo, no pudo evitar resoplar y entregarle su café de mala manera.

—¡Bébetelo! A ver si al menos consigues llegar despierta a las presentaciones —siseó, y se marchó con paso firme y la sangre hirviendo en su interior, preguntándose cómo aquella minúscula niña le sacaba tanto de quicio.

No entendía la relación que unía a Lucas con aquella enfermera tan poco profesional. Cuando su amigo la propuso para el equipo, les había dicho que era experimentada e ideal para el puesto, pero viendo su comportamiento hasta el momento, Mikka lo dudaba.

Ante el gesto brusco del doctor Mäkinen, Lucas y Jessica, que habían estado manteniendo una conversación ajenos a ellos, dirigieron una mirada interrogante a Eva. Ella no sabía qué había hecho para que el *doctor Recto* actuara de ese modo tan grosero, así que solo pudo encoger los hombros y agachar la cabeza, avergonzada.

Centró su atención en el café que tenía entre manos, pensó que sería concentrado, amargo y sin azúcar como su dueño. Sonrió ante su ocurrencia y bebió un sorbo para comprobar si estaba en lo cierto. Le sorprendió que aquel café fuera dulce, quizá demasiado, con un toque amargo, pero por el chocolate que le habían añadido. ¿El doctor Mäkinen tomaba moka? Jamás lo hubiera adivinado.

Entraron en la sala donde ya empezaba a congregarse todo el equipo humano encargado de llevar a cabo el ensayo clínico. Estaba constituido por unas veinte personas entre cirujanos, anestesistas, enfermeros, auxiliares, responsables de los fármacos y personal administrativo. Todos ellos escogidos cuidadosamente para asegurar el éxito de la importante prueba.

Eva eligió un discreto asiento en un extremo de la sala, junto a Jessica y Lucas.

Peter Jenkins, el director del proyecto, realizó una pequeña presentación y dio paso a la doctora Gemma Sandoval, que explicó en detalle en qué habían consistido las pruebas preliminares y los ensayos en laboratorio con animales. Planteó los antecedentes que los habían llevado a comenzar esa locura y cómo, poco a poco, habían visto que no era tan descabellada porque aumentaba la efectividad del postratamiento quirúrgico con más de un noventa y cinco por ciento de casos en los que el tumor no se volvía a reproducir.

Fue Lucas el siguiente en hablar, y lo hizo con el entusiasmo que le caracterizaba. En su ponencia explicó el fundamento del ensayo en humanos. Hasta el momento la electroquimioterapia se había llevado a cabo con éxito solo en tumores localizados en la zona cutánea o subcutánea, pero ¿qué pasaría si se pudieran llevar las descargas a tumores en órganos internos?

El cáncer de páncreas suponía el dos por ciento de los casos detectados a nivel mundial, con una esperanza de vida, en el mejor de los casos, de cinco años. Era la cuarta razón de muerte por cáncer en Estados Unidos. En la mayoría de los casos se requería la extracción completa del órgano, pero cuando era viable una resección parcial, la probabilidad de metástasis en el duodeno, vesícula y conductos biliares era muy alta, al igual que la reaparición del tumor.

Durante la exposición miró a Eva en varias ocasiones, buscando su aprobación, y esta no le defraudó sonriendo, porque lo estaba haciendo genial, pese a que se tenía que expresar en un idioma que no era el suyo.

Habían seleccionado cien pacientes con tumores en estadio I o II en páncreas, para los que se recomendaba una resección del tumor que sacrificaría solo una parte del órgano. Algunos de esos pacientes recibirían el tratamiento convencional, mientras que los otros entrarían en un programa experimental, aunque todos ellos serían tratados por el mismo equipo médico.

A los pacientes de este programa se les implantarían unos electrodos al extraer el tumor, que facilitarían la aplicación de electroquimioterapia localizada como tratamiento posquirúrgico.

Las descargas permitirían que la dosis de los fármacos usados para la quimioterapia fuera menor, al volver permeable la membrana celular y facilitar la acción de estos. Todo ello suponía que los efectos secundarios serían menos agresivos y permitirían la rápida recuperación del paciente intervenido.

Después de una parada para un pequeño desayuno, fueron Jessica y el doctor Mäkinen los que procedieron a explicar las fases del ensayo.

Eva permaneció atenta e interesada durante toda la exposición, incluso cuando habló el *doctor Recto* con su profundo tono de voz, no flojeó en ningún momento. Lo que estaban diciendo le parecía muy interesante y estaba emocionada por poder formar parte de ello.

No obstante, durante la ponencia, este no paró de hacer alusiones a la importancia de tomarse todo aquello en serio, seguir los protocolos e involucrarse al doscientos por cien. Cada vez que lanzaba un aviso en esa línea, miraba descaradamente en su dirección, por lo que pronto todo el mundo comenzó a mirarla, y Eva se sintió incómoda.

Mikka se detuvo a explicar en detalle los procedimientos destinados a las enfermeras, cuando su compañera había dicho que se los facilitarían y tendrían una semana de formación a partir del día siguiente. En cada punto que explicaba se dirigía a Eva, como si ella no fuera capaz de entender esas sencillas instrucciones. Eran protocolos que usaba en su trabajo y que ella misma había ayudado a diseñar, así que no pudo evitar ponerse a la defensiva y resoplar.

—¿Pero este tío es tonto? —le susurró a Lucas cuando ya no pudo más.

Lucas no llegó a responder porque el *doctor Recto* interrumpió su disertación dirigiéndose a ella con su potente voz:

—¿Tiene algún problema, señorita Ponce?

Eva debería haberse quedado callada, pero no era de las que agachaban la cabeza ante un ataque.

—Simplemente no creo que el personal de enfermería que se encuentra en esta sala necesite explicaciones tan detalladas de los protocolos a seguir. Solo he comentado eso con Lucas.

—Soy consciente de ello, señorita Ponce —dijo remarcando su apellido—. Todos los aquí reunidos hemos sido cuidadosamente seleccionados por nuestra formación y cualidades. No obstante, no confío en que «ciertas personas» se tomen esto con la seriedad que requiere. Por eso he considerado oportuno señalarlo.

Eva cometió el error de contestar de nuevo, pero ese hombre la ponía enferma:

—Con «ciertas personas», ¿se está usted refiriendo a mí?

Un murmullo de voces se oyó en la sala. Al parecer, nadie le hablaba así al buen doctor.

—Ya que lo dice, sí, desde que nos conocemos no ha tenido una actitud muy profesional, la verdad.

Eva resopló.

—¿Esto es porque usé el baño de caballeros cuando estaba vacío? ¡Por Dios! ¿Es esa la razón por la que me considera poco profesional?

Los asistentes comenzaron a reír y a comentar entre ellos. Lucas hizo un amago de intermediar, pero ella le frenó posando la mano sobre su brazo. Fue Jessica la que, tras pedir el silencio en la sala, habló:

—Todos los aquí reunidos cumplimos los requisitos necesarios para llevar a cabo el ensayo. Entiendo que la señorita Ponce también, Mikka —dijo dirigiéndose a él, apaciguadora—. No obstante, si lo prefieres ella puede trabajar en mi equipo.

—No —respondió tajante—. Prefiero que lo haga en el mío. De ese modo podré asegurarme personalmente de que no se desvía de lo

establecido.

«¡A la mierda! Empiezo genial», pensó Eva.

La reunión duró todo el día y Eva se aseguró de no coincidir con el *doctor Recto* en ningún momento. Finalmente, los asistentes se presentaron, se constituyeron los equipos y se repartió la documentación, la planificación y los horarios. Al día siguiente comenzarían las formaciones y tras esa primera semana los preoperatorios. El cometido de Eva sería el de enfermera de seguimiento, y sería una de las encargadas de acompañar al paciente en todo su recorrido, desde el preoperatorio, quirófano, REA, electroquimio y análisis de resultados, asegurando que sus compañeros seguían los protocolos y reportando directamente al cirujano jefe, que en su caso sería el *amable* doctor Mäkinen.

Al terminar, Lucas la acompañó al apartamento y, antes de irse de nuevo a España, la animó pidiendo que demostrara a Mikka por qué estaba allí y lo que valía.

—Dale una lección de profesionalidad española, pequeña —le dijo.

Lucas la conocía y sabía que lo ocurrido solo había servido para azuzarla a hacer mejor todavía su trabajo, si cabía. Iba a hacer al buen doctor comerse cada una de sus palabras, costase lo que costase. Eso le hizo sonreír, no sabía Mikka a quién había subestimado.

Pese al cansancio que tenía, una vez estuvo sola, Eva encargó una *pizza* y, luchando contra su agotamiento, se puso a repasar los protocolos de trabajo que le habían facilitado, hasta que se quedó dormida rodeada de ellos.

Capítulo 8

Mikka no le dio tregua en toda la semana. Pasó todo el tiempo tras ella, preguntando, buscando el error, pero no lo consiguió. Eva conocía lo suficientemente bien los protocolos como para que eso no pasara, y tenía el aliciente de hacerle comer sus palabras.

Enseguida, por su forma de ser, Eva congenió con el resto del equipo y, pese a que la semana de formación fue terriblemente dura, consiguió hacer de los pocos ratos libres momentos agradables, pero el doctor Mäkinen siempre estaba detrás, pendiente, haciendo que cada broma o cada risa pareciera una falta de respeto y no un momento de distensión.

—Ese hombre necesita que le saquen el palo del culo, ¡te lo juro! —declaró Eva a Sol mientras hablaban por Skype una tarde de domingo.

—No puede ser para tanto —alegó esta.

—¿No te lo crees? Ven y verás —la animó—. El equipo en general está bien, pero cuando paramos a tomar un café o en la hora que tenemos para comer, no admite ninguna desviación, todo son protocolos, protocolos y más protocolos. ¡Joder! Si la mayor parte los he elaborado yo.

—¿Y cómo es? Dime que es un orco.

—¡Ojalá! Encima el tío podía ser modelo. Es enorme y ancho, pero porque está cachas; si a eso le sumas que es rubio con el pelo muy liso, algo largo, lo suficiente para sujetarlo tras la oreja, y que está morenazo… ¡Buff! Pero los que son flipantes son sus ojos, que parecen transparentes de lo claros que son, aunque te hielan en cuanto te mira. ¡Qué pena que sea un gilipollas!

—¡Vaya! Por tu descripción debe de estar buenísimo.

—Lo está. Un finlandés para mojar pan, pero… Me busca, está pendiente de mí cada minuto para verme caer. Siento que si cometo el mínimo error me va a crucificar y eso me estresa. No estoy a

gusto en su equipo, no me siento segura siendo yo misma y creo que mi forma de trabajar es la que Lucas quería para este ensayo, no solo seguir protocolos, sino aportar una parte humana.

—Se tú misma. Lucas ha confiado en ti para esto y sabes lo que haces. Olvídate del *doctor Macizo* y dedícate a los pacientes. ¿Empiezan a llegar mañana?

—Sí, mañana empezamos el estudio de forma oficial. Esta semana aún no hay operaciones y va a ser más tranquila, pero la siguiente, cuando se junten las admisiones con las operaciones, la cosa comenzará a complicarse, y no te cuento las siguientes cuando comencemos con los tratamientos de apoyo.

—Bueno, ánimo, chica… ¡Tú puedes!

—Y tú, ¿cómo lo llevas? —Solo habían hablado de ella y tenía interés en saber qué se cocía por España.

—Bien, aunque un poco estresada por el trabajo y las obras de la casa. Voy muerta de sueño.

—Ya. Lo que te quita el sueño es el no dormir, que tu nadador tiene mucha energía. —Eva sonrió al ver cómo Sol se había puesto colorada ante su insinuación—. Eres muy predecible, Sol, pero, bonita…, me lo has puesto en bandeja.

—Siempre estás con el mismo tema. Búscate un lío, que comienza a notarse en tu voz la desesperación por la falta de…

—Quiero cambiar algunas cosas, Sol —interrumpió Eva—. Quiero hacer las cosas mejor aquí, y esa es una de ellas.

—Entonces, ¿se acabaron los líos?

—No he dicho eso —aclaró Eva riendo—. Más bien los voy a reducir a un número razonable.

—¿Y cuánto es un número razonable?

—No sé. ¿Tú qué crees? ¿Uno al mes?

—Me imagino que para ti, sí… Para mí sería más bien uno al año.

Tras hablar un poco más, colgaron, y Eva pensó en sus amigas ya con sus vidas encauzadas y en ella, que había tenido que marcharse al otro lado del mundo para encontrarse. Buscó en su interior aquella sensación de frustración que la había acompañado hasta hacía poco y se dio cuenta de que no estaba. Pese al estrés se

sentía feliz, volvía a estar animada y a levantarse cada mañana con ganas de comerse el mundo.

Dispuesta a darlo todo, esa semana su objetivo fue conseguir que el doctor Mäkinen dejara de cuestionar su profesionalidad.

Mientras, en otra parte de la ciudad, una pareja discutía.

—No entiendo por qué tienes que quedarte. Esta semana no operas y no haces nada aquí. Podías venir a Nueva York como habíamos quedado.

—No puedo porque tengo que supervisar a mi equipo, es muy importante que no cometan ningún error y sigan las pautas establecidas para evitar desviaciones en los tratamientos y que estos sean comparables, desde el inicio hasta su final.

—Pero si llevas trabajando con la misma gente desde hace cinco años, tú mismo los elegiste. ¿Crees que no van a saber cómo quieres que hagan las cosas?

—No todos —respondió Mikka escueto y pensativo, rememorando el efecto que causaba aquella mujer en su cuerpo. Le hacía hervir de ira.

—Te quedas por la española. Muy bien. Jessica te dio la oportunidad de no tener que tratar con ella, después de cómo te respondió en la ponencia, delante de todos. ¡Menuda falta de respeto! Y tú no solo lo consentiste, sino que decidiste que formara parte de tu equipo. —En ese momento Mikka se arrepintió de haberle contado nada, después de un año con Sarah, no aprendía que cualquier cosa que dijera se podía volver en su contra a la mínima—. Hasta ha sido la comidilla en Nueva York. El otro día mi padre me llamó para preguntarme por qué no habías puesto a esa chica en su lugar. Deberías haberla echado del programa de forma inmediata.

Mikka suspiró, sabiendo que nada que dijera haría cambiar de opinión a Sarah.

—Te he dicho muchas veces que solo soy una pequeña parte de este estudio. Un colaborador. Yo no decido, y en este caso tengo a

Lucas y a Jessica en mi contra, y no tengo claro que Gemma y Peter estén conmigo. Parece que ninguno ve lo que yo veo.

—¡Vaya! Lucas y Jessica, los que han perdido la cabeza con la niña mona. Te dije que Lucas y ella tienen algo, y Jessica… ¡Si se fueron de fiesta juntas la primera noche! No te digo que esa tal Eva no juegue a dos bandas, tiene una pinta de… Ya sabes.

Aunque Eva pudiera aparentar ser una vividora, Mikka no creía que tuviera con Lucas más que una profunda amistad. Había tenido ocasión de conocer a Sandra y había envidiado la complicidad que existía entre ellos. No, Lucas no le sería infiel a su mujer. En cuanto a la otra teoría, aunque ahora Jessica no tenía pareja, tampoco creía que entre ellas hubiera nacido nada. Algo le decía que Eva era muy hetero, no solo por cómo se comportaba, sino porque la había sorprendido mirándolo en alguna ocasión como si fuera comestible. Sonrió, pero enseguida Sarah volvió a ocupar su cabeza con ese repiqueteo molesto. Bla, bla, bla, siempre lo mismo.

—Venga, ven a Nueva York, mañana ceno con mis padres y quieren verte, y el viernes hay una fiesta a la que quiero que me acompañes. No puedo ir sola a la exposición de Michael el miércoles. Van a pensar que no te trato lo suficientemente bien para que dejes un poquito de lado tus obligaciones.

—No puedo. Ya te lo he dicho, y no voy a cambiar de idea. Sabes lo importante que es este estudio para mí, y no quiero que nada salga mal.

—¡Buff! Eres insoportable cuando te pones así. Me voy a casa, que tengo que prepararlo todo, y recuerda que, cuando acabes este estudio, me prometiste que nos iríamos a vivir juntos, pero en Nueva York, no en este desierto infernal.

Sarah se fue a su ciudad amada y él se quedó en la casa que adoraba, con las vistas que no quería dejar marchar, sin comprender qué le había llevado a prometerle aquello.

Tenía treinta y ocho años, su cuerpo pedía asentarse y formar una familia, aunque no estaba seguro de que Sarah fuera la persona indicada para hacerlo. Habían llegado a un punto en su relación en

el que solo podían avanzar en una dirección. Mikka se había dedicado en cuerpo y alma a su trabajo hasta ese momento y, a excepción de ella, no había tenido ninguna relación seria. En el UCLA no tenía más proyección, al jefe de cirugía le quedaban aún muchos años para jubilarse y tenía muchos competidores; en Nueva York le sería más fácil ascender, sobre todo de la mano de su suegro.

Se sentó en la tumbona con una cerveza en la mano y permaneció en silencio observando la playa, intentando concentrarse en el que sería el último proyecto profesional, ya que tras él se dedicaría a la parte personal y a encontrar un buen puesto en el que jubilarse.

Capítulo 9

Eva había estado pensando en la forma de arreglar la situación con el que a partir de ese día sería su nuevo jefe; a pesar de que estaba claro que nunca se llevarían bien, había llegado el momento de enterrar el hacha de guerra. Tenían que trabajar juntos y tal y como estaba el ambiente les iba a resultar muy complicado. Decidió llegar en son de paz, por lo que antes de entrar en el hospital pasó por una cafetería y compró un moka para llevar. Se lo daría al doctor Mäkinen y le pediría que confiara en ella.

Entró sonriente con su café en la mano y se dirigió, decidida, al despacho de Mikka, segura de que estaría allí desde antes del amanecer analizando los casos de los pacientes que esa semana pasarían por admisión. Ella había hecho lo mismo, conocía a cada uno de ellos en detalle, incluso sabía cómo se llamaban sus familiares y toda la información personal que habían anotado en los formularios.

No se había confundido, el doctor estaba sentado a su mesa con la mirada fija en los papeles que estaba leyendo, su pelo caía hacia los lados tapándole el rostro.

Discretamente, Eva llamó a la puerta y este levantó la cabeza. Si se sorprendió al verla, no lo pareció.

—Buenos días —saludó él con su seriedad característica—. ¿Qué quieres tan temprano?

—Buenos días —respondió ella—. Un detalle, en son de paz, para arreglar el mal inicio que tuvimos —añadió mientras dejaba el vaso sobre su mesa.

Mikka frunció el ceño sopesando si debía o no aceptarlo.

—Te juro que no lleva nada raro —se atrevió a decir Eva, al detectar la sombra de la duda en los ojos del hombre. Mikka decidió arriesgarse y tomó un sorbo de la bebida mientras ella esperaba su reacción.

Le sorprendió comprobar que se trataba de un moka justo como a él le gustaba. Con un gesto de cabeza asintió agradeciendo el detalle a la chica.

—Yo… Siento que no empezáramos con buen pie —dijo ella—. Pero quería decirte que me tomo muy en serio mi trabajo y que estoy aquí para darlo todo, como el resto del equipo. Me gustaría que olvidaras el pasado y me dieras la oportunidad de demostrarlo.

El doctor Mäkinen observó a su enfermera. Era cierto que durante la semana anterior había trabajado duro aportando buenas ideas, pero no podía evitar sentir recelo ante esa sencillez con que parecía tomárselo todo, como si su trabajo fuera un juego. Las bromas, los dobles sentidos y las risas que provocaba entre su personal, eso no le gustaba. Su trabajo era serio, trataban a pacientes que ponían la vida en sus manos cada día, y no era una broma.

—Está bien, queda olvidado —respondió tras unos minutos que a Eva le parecieron eternos—. Recuerda que esto no es un juego, tómate tu trabajo con la seriedad que requiere, sigue los protocolos pulcramente y nos llevaremos bien.

Eva asintió, ¿había creído que se arreglaría así tan fácil? Esperaba que con seriedad el *doctor Recto* se estuviera refiriendo a hacer las cosas bien y no a no trabajar alegre y sonriendo, porque esa era su forma de hacer las cosas, no sabía entrar en una sala llena de pacientes recibiendo quimioterapia y no sonreír o bromear. Si no era así, iban a tener un problema. La vida es muy triste de por sí para ser gris también en el trabajo. Eva era un rayo de luz y ese era su punto fuerte, por esa razón Lucas había querido que formara parte de ese proyecto.

Sin apenas darse cuenta, el estudio clínico comenzó a rodar. El hospital había destinado cuatro camas para cada grupo de trabajo, dos quirófanos y dos salas de quimioterapia de día, una para el tratamiento convencional y otra para el avanzado. A lo largo de los próximos cuatro meses, cien pacientes serían sometidos a uno u otro tratamiento. Con un tiempo tan ajustado, el ritmo sería tremendo y apenas realizarían rotaciones. Mikka siguió supervisando

a la española trabajar, y pudo comprobar que era minuciosa en su tarea. Eva verificaba todo siguiendo el protocolo, incluso hasta dos veces, pero de una forma casi imperceptible. Observándola, se había percatado de cómo seguía siempre el mismo patrón mientras charlaba con el paciente, de forma que este apenas se daba cuenta de si ella estaba comprobando el medicamento administrado, la bolsa de la orina o la temperatura. Pero lo hacía completamente concentrada, sin cometer ningún error.

Conocía a cada enfermo, a sus familiares y sus circunstancias personales, además de su situación médica, y si dudaba en esto último, lo revisaba en el informe que siempre acompañaba al paciente. El trato con el resto del equipo era correcto y actuaba creando un buen ambiente entre ellos. Hasta él, que llevaba un ritmo bestial de operaciones que agotaría a cualquiera, se sentía más vivo y animado a su lado.

Mikka había empezado a convencerse de que Eva no era tan inepta como había imaginado.

Después de tres semanas de trabajo sin descanso, Eva no había parado de hablar de lo que iba a hacer sus próximos días libres, que estaban a la vuelta de la esquina. Llevaba preguntando en tono de broma desde hacía días a todo el mundo, médicos, pacientes y familiares: «¿A que no sabes qué pasa el jueves?». Mil veces, a todas horas, y ya todos lo sabían… «Empiezan mis tres días libres y voy a dormir, tomar el sol hasta quemarme y alquilar unos patines para recorrer Ocean Drive», siempre la misma respuesta, con la misma entonación y la misma sonrisa. La verdad es que había trabajado sin descanso y lo merecía.

Mikka también tenía el fin de semana libre, pero no se lo había dicho a Sarah, no quería que le arrastrara a Nueva York con aquel calor húmedo y el aire viciado típico de aquella ciudad en la época estival; había omitido que el viernes no tenía que operar y soñaba en silencio con hacer algo similar a lo que Eva gritaba a los cuatro vientos. Había conseguido incluso que Sarah se fuera a ver a su familia, de forma que estaría solo.

Se lavó las manos siguiendo el método que siempre utilizaba antes de operar, tres veces, y pasó al quirófano, dispuesto a intervenir a su último paciente de esa semana. Entraba en la sala cuando la señora Wilson tosió con un ruido y un espasmo que puso de manifiesto una posible infección respiratoria. La paciente lo miró culpable, él interrogó al anestesista en silencio, que revisó el historial y procedió a monitorizar la temperatura, confirmando lo que se temían.

«¿Qué narices hace esta paciente en mi mesa de operaciones con fiebre?», se preguntó notando cómo la ira se iba concentrando en su interior.

Consultó el historial para ver si la fiebre había sido detectada en la evaluación preoperatoria, y sí, ahí estaba anotado con bolígrafo, con la bonita letra de Eva, que la paciente tenía treinta y siete coma nueve grados centígrados.

—¿Qué mierda es esto? —interpeló enfadado.

El doctor Anderson verificó la medida y confirmó que la paciente no tenía la normotermia corporal adecuada para proceder a la intervención de forma segura, así que se procedió a la anulación de esta.

Con la firme creencia de que Eva había bajado la guardia pensando en sus días libres y había pasado por alto la febrícula de la paciente, salió del quirófano en su búsqueda como un huracán.

Sus sospechas iniciales se habían confirmado y, al final, la española no era tan profesional como aparentaba ser. Tanta conversación amigable con los enfermos finalmente le había pasado factura y había cometido un gravísimo error a los ojos del doctor Mäkinen.

Eva, ajena a todo aquello, se había quitado la mugre y el cansancio de las últimas catorce horas con una ducha relajante en el vestuario de enfermeras. Salía envuelta en su toalla soñando con cenar algo y meterse en la cama cuando Mikka irrumpió como un energúmeno en la estancia.

—Tú —la amenazó con un largo dedo y el rostro rojo de ira—. Te quiero fuera de este hospital esta misma noche —siseó.

Eva no entendía qué podía haber hecho para que Mikka reaccionara así con ella. En los últimos días parecía que las cosas entre ambos se habían relajado, incluso hasta había conseguido sacarle alguna sonrisa.

—Tu error podría no solo haber complicado la cirugía, sino que hubiéramos tenido que sacar a la paciente del programa. ¿Cómo has podido pasar eso por alto?

No había cirugías pendientes, por eso ella se estaba duchando, no tenía que supervisar la reanimación de la señora Wilson porque había anulado la operación y podía marcharse antes. No obstante, observando el rostro enrojecido de Mikka, prefirió callar esperando a que este aportara más información sobre lo que sucedía, pero eso no pasó. El doctor Mäkinen repitió que no consentía esos fallos en su equipo y que la quería fuera, y dicho aquello se marchó tan rápido como había llegado, dejándola en medio de la sala, con una toalla de baño como única ropa, en chanclas y con el pelo mojado escurriendo sobre sus hombros.

«¿Qué mierda ha pasado?», pensó mientras se secaba y vestía con rapidez, dispuesta a descubrirlo.

Dio mil vueltas a su día sin entender la reacción del *doctor Recto*, aunque, conociendo su afán por los protocolos, el error del que la acusaba podría ser ínfimo, pero ella los había seguido como siempre, minuciosamente, y estaba segura de no haber fallado.

Decidida a aclarar la situación, una vez presentable, fue tras él. Lo encontró en su despacho ya cambiado, rellenando bruscamente unos documentos que apostó serían los de su despido. Llamó a la puerta con suavidad y este la miró congelándola.

—Recoge tus cosas y desaparece. Tu aventura en California ha llegado hasta aquí.

Pese a la forma tan despectiva en que él dijo aquellas palabras, Eva no se amilanó.

—Muy bien, lo haré. Pero creo que merezco saber de qué se me acusa.

—Si todavía tienes que preguntarlo, es que es más grave de lo que pensaba.

—¿Es por la operación de la señora Wilson? —se atrevió a preguntar—. Le pedí a Claire que te avisara.

Mikka recordó que la enfermera le había hecho señas mientras hablaba con Sarah por el móvil y que él había asentido sin entender nada, absorto en su conversación.

—Siento si no te llegó el mensaje, pero la paciente parecía tener una infección en vías aéreas y no consideré que fuera adecuado someterla a la intervención, sobre todo por su edad.

Eva hablaba con tal seguridad que le hizo dudar.

—Entonces, ¿qué hacía la señora Wilson en mi mesa? —preguntó él más calmado.

—No lo sé. Tenía una ligera febrícula y anulé la operación. Le pedí a Claire que te avisara mientras yo llevaba los papeles a Administración, lo borré del panel al pasar también.

No había mirado el panel, Claire le había dicho algo, pero no le había hecho caso. Con esos datos Mikka decidió indagar más, porque por la reacción tan segura de Eva esta no parecía haber obrado mal.

—Espera aquí, que ahora vuelvo. No te muevas —le dijo saliendo del despacho.

Eva se quedó sola en aquella habitación, había estado allí en otras ocasiones, pero siempre bajo la atenta mirada del hombre, por lo que no había podido curiosear. Era un espacio limpio y pulcramente ordenado. El único objeto personal que había era una foto de un paisaje nevado. Un pequeño pueblecito con casitas de madera y tejados picudos, que imaginó sería su hogar.

Poco había para fisgar, así que se dedicó a observar por el gran ventanal. El buen doctor tenía unas vistas impresionantes, aunque dudaba de que se hubiera dado cuenta. Siempre tan estirado, serio y sumido en su trabajo. Mikka no sabía disfrutar de la vida y le daba pena, porque bien sabían ellos que la vida era algo tan efímero que se podía desvanecer de un momento a otro.

Tomó asiento en el cómodo sofá y volvió a mirar las pequeñas casitas de la foto, se imaginó a un niño feliz corriendo entre ellas

jugando con la nieve, con los mofletes enrojecidos por el frío y aquellos ojos azules compitiendo con el hielo.

Cuando el doctor Mäkinen volvió, unos cuarenta y cinco minutos después, Eva, agotada y aburrida, había cerrado los ojos sucumbiendo al cansancio. La encontró dormida en su sofá, en el mismo lugar en el que él había reposado en tantas ocasiones.

Se dio cuenta de que había movido la foto de Porvoo que su hermana le había enviado cuando se mudó a Estados Unidos, y que era el único objeto personal que le había acompañado en todos sus despachos. Dormida y relajada, con sus curiosos ojos cerrados y los brazos encogidos bajo la cabeza, en posición fetal, Eva parecía una niña pequeña. Le supo mal despertarla, pero tenía que disculparse: ella había seguido el proceso tal y como estaba estipulado, había sido la familia Wilson la que había forzado la operación, haciendo desaparecer el documento de anulación del historial. Y engañando a la enfermera de planta, haciendo que bajaran a la señora a quirófano. Él no había mirado el panel y no había escuchado a Claire, pero en Administración estaban las dos copias que Eva había realizado de los documentos de rechazo. Ella había obrado bien y él se había portado como un idiota.

Se arrodilló a su lado, acercando el rostro al de ella. Inhaló su aroma y cerró los ojos. Olía tan bien… A la canela que su madre usaba en la mayoría de sus postres. Extendió la mano y le acarició la mejilla. Era tan suave que sintió la necesidad de acercar los labios y casi lo hizo, pero quedó a medio camino…

«¿Qué narices haces?», se reprendió.

Aunque se mantuvo quieto, no tuvo fuerzas para retirarse y le susurró al oído que despertara. Ella lo hizo, pero no de una forma brusca, como habría sido de esperar, sino que abrió los ojos lentamente, le miró, sonrió y, con una suavidad que le fascinó, se desperezó.

Mikka tuvo que separarse de forma violenta, ya que su impulso natural fue de posar la boca sobre la de ella, y casi cedió a él.

—Lo siento —se justificó Eva—. Tardabas y estaba muy cansada. ¿Has podido aclarar lo sucedido?

—Sí. Siento haber dudado de ti —se disculpó avergonzado—. Pensé que lo habías pasado por alto porque estabas centrada en tus próximos días libres. Haces las cosas de forma tan natural que parece que vas por libre, y eso me desconcierta.

Eva se incorporó y le miró a los ojos. Estaba tan cerca que pudo observar su arrepentimiento. Quiso alargar la mano y acariciarle la barba cuidada que cubría su mentón, pero no sería lo correcto, de forma que mantuvo las manos quietas, sujetando una a otra. Había sido suficientemente impulsiva en el pasado como para saber lo importante que era mantenerse al margen de hombres comprometidos. Él no estaba libre y ella no podía interponerse entre este y Sarah, por más ganas que tuviera de enseñarle a disfrutar de la vida.

—Ese es mi toque. Los pacientes son personas con sentimientos, asustados, tristes, felices… Se pueden llevar a cabo todas las comprobaciones del mundo sin que se sientan como un objeto, yo solo intento eso. No olvido nunca lo que son.

El doctor se incorporó incómodo y ella, aún sentada, pudo apreciar su inmensidad, sus grandes manos con dedos largos y ágiles, que eran mágicas manejando el instrumental quirúrgico. Él le tendió una ofreciéndole su ayuda para incorporase y ella la tomó, estaba fría y suave, y era fuerte.

—¿Y bien? ¿Cómo llegó la paciente a tu mesa?

—Te lo explico cenando. Déjame invitarte por lo mal que te he tratado.

—Muy bien, pero te saldrá caro, tienes mucho que compensar —bromeó ella.

Capítulo 10

Acabaron en un pequeño restaurante americano comiendo una hamburguesa con patatas fritas, servidas en esos cestitos con papel absorbente de cuadritos que salen en las películas. Eva había pasado por allí en alguna ocasión y le había llamado la atención la terraza con mesas de pícnic siempre ocupadas, a cualquier hora del día, y tenía ganas de probarlo.

Mikka, al ver el lugar, pensó en que la cena le costaría apenas unos dólares, y que eso a Sarah le habría horrorizado. Hacía tanto tiempo que no comía en un restaurante normal, sin pretensiones de ningún tipo, que se sintió cómodo y relajado nada más tomar asiento.

Al ver que estaba receptivo, Eva creyó que era un buen momento para disculparse por su mala contestación la primera vez que se vieron. Le explicó que en España no estaba tan mal visto entrar en un baño masculino, siempre que este estuviera libre y el femenino ocupado, y luego le pidió perdón por mandarle a la mierda. Él aceptó sus disculpas y aclaró que en Finlandia era inaudito que aquello pasara, ya que los finlandeses tenían la fama ganada de seguir las normas rigurosamente.

—¿Y cómo acaba un finlandés en California? —fue la pregunta, obvia, que a ella se le ocurrió.

—La verdad es que, de forma fortuita, aunque no sé si «acabaré» aquí o solo estoy de paso.

Ella recordó que Jessica le había comentado que Sarah quería que se trasladaran a Nueva York.

—¿Es que no te gusta?

—Al contrario, me encanta. Poder disfrutar del sol todo el año, pasear por la playa… El ambiente es muy distinto al de mi tierra, pero no tengo claro que sea lo que quiero para el futuro. Sarah es neoyorquina y quiere volver a su ciudad. Esto no le gusta. Puede que cuando acabe el estudio lo intentemos, parece que es el siguiente paso en nuestra relación.

A Eva no le pareció muy entusiasmado con la idea, pero se abstuvo de comentar nada.

—¿Y a qué te dedicarías allí?

—Su padre es gerente en un centro proctológico y quiere que opere con él.

Eva no pudo evitar reír por la ironía: en Nueva York, Mikka sería el perfecto *doctor Recto*.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó un poco molesto.

—Te lo digo, pero no te enfades, ¿vale? —Él asintió—. Promételo.

—Pero ¿qué somos ahora?, ¿niños?

—Promételo.

—Prometido —aseguró él, cediendo.

—Vale… Como eres tan exhaustivo con los protocolos, te llamo, a veces, *doctor Recto*. No he podido evitar relacionar eso con la parte del cuerpo que operarías en Nueva York, y me ha parecido gracioso. Solo eso.

Le miró buscando su reacción y se sorprendió al verle reír.

«¿Es que el doctor es capaz de eso?».

Comprobó que sí y que cuando lo hacía se le formaban unas pequeñas arruguitas en las comisuras de los ojos y estos brillaban. Jamás le había visto hacerlo, a lo sumo alguna tímida sonrisa. ¡Menos mal que no lo hacía a menudo! Porque de ser así el personal femenino dejaría de pensar.

Sintió envidia de Sarah, que tenía eso para ella, y dudó que supiera aprovecharlo.

Tras la cena decidieron dar un paseo, rodearon el acuario y tomaron la pasarela de madera que los llevaría hacia Pacific Park. Turistas y lugareños se concentraban en esa zona, unos con sus

cámaras y otros entrando y saliendo de las tiendas de *souvenirs* o parando en los puestos de comida instalados a lo largo de todo el paseo. El ruido de las atracciones del parque y las voces de los niños y adolescentes, que excitados se divertían, competían con los músicos callejeros, que amenizaban el momento, mientras el sol se ocultaba por el horizonte dejando una estampa impresionante. Al llegar al muelle ambos se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos, observando desde la barandilla cómo desaparecían los últimos rayos del sol y poco a poco se iban encendiendo pequeñas luces por toda la costa. Aquella ciudad, que Eva había conocido en sus series de adolescente, le parecía mágica y no entendía cómo él sería capaz de cambiarla por Nueva York.

Hacía mucho tiempo que Mikka no se sentía tan relajado, una sencilla cena, un paseo, una puesta de sol… Sintió la necesidad de compartir con ella todos los rincones que había descubierto y que sabía que valoraría. Tenía tres días libres y quiso pasarlos con Eva.

—¿Qué planes tienes para estos días?

—Pienso dormir hasta que me duela el cuerpo, mañana quiero alquilar unos patines y recorrer el paseo marítimo, tomar el sol… Por la noche he quedado con unos amigos y espero bailar y reír hasta acabar rendida, y al día siguiente más sol y playa.

—Buen plan —fue su respuesta, aunque en su mente deseó verla hacer todo aquello. Eva iba a recargar pilas para empezar el siguiente bloque de trabajo con la misma sonrisa de siempre, y él permanecería tranquilo en su casa, ya que no era correcto acompañarla—. Aquella zona es Malibú. Yo vivo allí —explicó señalando las tímidas luces que bordeaban la costa.

—¡Guau! Malibú es la zona de los ricos y famosos, ¿no?

Mikka negó sonriendo.

Al día siguiente, Eva se desvió muy poco de sus planes de desconexión. Durmió, disfrutó del sol y hasta fue de tiendas a Santa Mónica Place, donde se compró un top y una minifalda que decidió estrenar esa noche.

Por su parte, Mikka se levantó pronto, salió a correr por la playa antes de que fuera ocupada por los bañistas y desayunó al sol. Cuando el calor comenzó a ser insoportable, entró en casa, conectó el aire acondicionado, puso música clásica y hojeó aquellos artículos médicos que nunca tenía tiempo de leer. Recibió la llamada de Sarah cuando esta se disponía a salir a cenar con sus amigos y en California aún era media tarde. Charlaron sobre el trabajo, y Mikka eludió decirle que el día anterior había salido antes de lo previsto. La relajación aún perduraba y no quería estropearla con un enfado caprichoso. Viajar a Nueva York con una diferencia horaria de tres horas y un clima tan húmedo para ir a exposiciones, cenas o comidas familiares no se le antojaba la mejor forma de desconectar cuando solo tenía unos pocos días libres, y aunque sabía que acabaría cediendo a las exigencias de Sarah, por el momento se resistía intentando disfrutar de su independencia. No tenía idea de salir; su plan, como le había dicho a ella, era ver algo en la tele y acostarse pronto, pero su hermana le llamó un par de horas después.

—*Hey,* Pilha. ¿Qué haces levantada tan temprano? —saludó Mikka.

—No me acosté, estaba inspirada y quería terminar el trabajo.

—Esos horarios tuyos no son buenos, *pieni sisko*[1]. ¿Qué estas creando ahora?

—Estoy montando las imágenes para el documental que tengo que entregar esta semana. Hace tan bueno que no he sido capaz de encerrarme en el despacho hasta ayer. Después de navegar un rato empecé con ello e iba saliendo todo rodado, así que decidí sacrificar unas horas de sueño. ¿Y tú? ¿Ya has salvado el mundo?

—Estoy reponiendo fuerzas tranquilo, sin hacer nada.

—No me lo creo, ¿esa arpía a la que llamas novia te ha dejado?

—Pilha —protestó Mikka.

—Vaaale… ¿«Tu Sarah querida» te ha dejado solo? —replanteó la pregunta.

Su hermana y Sarah se llevaban a matar, así que lo dejó estar.

—Está en Nueva York. Yo tenía que trabajar.

—En invierno iré por allí. ¿Estarás?

—No lo sé, pero ya sabes que esta es tu casa, ven cuando quieras.

—Al final vas a irte a Nueva York, ¿verdad?

—Pilha… Ya hemos hablado de esto. No quiero discutir. Aún no está decidido, pero creo que es muy probable.

—Nueva York está bien para ir a pasar un fin de semana. No te va a gustar, Mikka. Nosotros necesitamos abrir la ventana y respirar aire puro, ver un poco de naturaleza por ella, no un paisaje de rascacielos.

—Pilha, tú no sabes lo que yo necesito ni lo que quiero. Hace mucho que no vivimos juntos y he cambiado.

—Engáñate si quieres. En Nueva York te vas a amargar. Y no sé qué le ves a Sarah.

—Vale… ¿Podemos hablar de otra cosa? Si no, voy a colgar.

Pilha cedió y cambió de tema, hablaron del trabajo, de la familia, de sus próximos viajes y proyectos.

Al colgar, Mikka se quedó pensativo, con el teléfono aún en la mano. En el fondo su hermana tenía razón, la idea de vivir en Nueva York no le convencía en lo más mínimo, pero suponía un futuro seguro. Una vez allí podrían comprar una casa en los Hamptons, quizás un barquito, y permanecer allí el mayor tiempo posible.

Se miró las manos que tanto cuidaba; pronto cumpliría treinta y ocho, no era tan mayor, aunque se sintiera viejo y cansado.

«¿Voy a pasar la noche solo leyendo?».

Pensó en Eva, si había cumplido sus planes estaría preparada para salir de fiesta.

«¿Cuántos años tendrá? ¿Veintitantos?».

Tan llena de vitalidad y con tantas ganas de disfrutar…

«En alguna época pasada yo he sido así, pero ¿cuándo cambió todo?».

En un acto de rebeldía, llamó a su amigo Charlie, que era cirujano como él, aunque se había decantado por la docencia y operaba en el hospital universitario, pero principalmente daba clases en la universidad. Estaba recién separado y de vez en cuando le llamaba, para ver si Sarah le daba permiso para salir juntos a tomar algo como en los viejos tiempos. Hasta el momento, Mikka siempre le había dado largas, pero pensó que estaría bien salir esa noche.

Esa fue la razón por la cual Mikka acabó en la barra del Cumbia Hispana con una copa en la mano, observando a la gente que bailaba y se divertía.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Charlie, ya que Mikka no había parado de mirar tras él.

—No, es poco probable que conozca a nadie de los aquí presentes. ¿Por qué? —se defendió.

—Nada, es que estas un poco disperso y no haces más que vigilar alrededor. ¿Va bien todo con Sarah?

—Sí, todo igual.

Cansado por la aburrida charla de Mikka, Charlie decidió pedir otra copa e intentar entablar conversación con la preciosa morena que tenía al lado. Eso le permitió observar discretamente a Eva, que bailaba de forma insinuante con un guapo latino.

«¿Será su amigo?».

Estaba preciosa. Su pelo, que normalmente recogía con horquillas sobre la cabeza, esa noche lucía suelto, cayendo a los lados de su rostro. La ropa que vestía no gustó mucho al nórdico, ya que dejaba poco a la imaginación, y permitía que la mano del latino se posara directamente sobre la suave piel de su cintura sin ningún impedimento. A pesar de la luz estroboscópica, se apreciaba por el tono de su piel que había estado tomando el sol como había previsto.

Cuando acabó esa pieza, otro hombre se acercó a ellos y le dio un pequeño beso en los labios a su compañero de baile, lo que confirmó que eran los amigos de la enfermera. Mikka sintió que la tensión que le había acompañado mientras la observaba desaparecía.

Los tres se acercaron a la barra, muy cerca de donde estaba él, y tuvo que darse la vuelta para pasar desapercibido. No escuchó las voces, pero sí la risa fresca de Eva, que denotaba que se estaba divirtiendo. Tras unos minutos, vio a la pareja de latinos, que hasta el momento la habían acompañado, alejarse, y con disimulo se volvió para asegurarse de que ella seguía allí.

Se escondió tras Charlie, por lo que tuvo que agacharse un poco. Eva no estaba sola, charlaba amigablemente con otro hombre.

«¿Pero es que esta mujer no tiene amigas?», pensó Mikka mientras la tensión regresaba.

No le gustó cómo ella tocaba al hombre ni cómo él le sonreía, y mucho menos cómo la miraba. Sin percatarse había empezado a resoplar y murmurar, lo que hizo que Charlie se volviera molesto.

—Pero, tío, ¿qué te pasa?

Mikka le pidió disculpas, menos mal que este era su amigo, no quería pensar en qué habría pasado si el tío al que gruñía en la nuca hubiera sido otro. Tomó su copa y se desplazó a otro lugar desde donde poder observar mejor, sin ser visto. Alguna mujer le entró en el camino, pero con su mirada de hielo la ahuyentó.

Desde su nueva posición, entre las sombras, pudo ver cómo aquel tío había hecho avances y cómo estos eran bien recibidos por ella. Eva cerró los ojos mientras el tipo le acariciaba el cuello con los labios y le susurraba algo al oído. Al final, este siguió el contorno de su barbilla con la lengua, lamiendo hasta encontrar su boca. Se besaron ávidamente mientras las dos grandes manos del hombre agarraron el trasero de Eva de forma posesiva, atrayéndola hacía él.

«¡Por Dios! ¿Es que no piensa en las enfermedades que puede tener ese tipo?».

Cuando fue obvio dónde la chica iba a pasar la noche o, mejor dicho, con quién, Mikka se largó sin poder soportarlo más. Eva era una descerebrada, liándose así con el primero que le entraba, por muy sano que pareciera. ¡Y en un lugar público!

Mikka regreso a casa enfadado, con una erección que no bajaba y que se vio obligado a aliviar mientras se duchaba.

[1] *Pieni sisko*: hermanita, en finés.

Capítulo 11

La despertó el sonido del agua corriendo en la ducha de su vecino, serían las cinco y media de la mañana, ya que ese tipo era como un reloj. Después de un fin de semana perfecto, se había acostado temprano y estaba descansada. Se desperezó y saltó de la cama, llena de energía.

Decidió que empezaría su semana con una buena sesión de yoga, y dado que su piso era minúsculo, tomó su esterilla y se dirigió a la playa.

Las primeras luces del amanecer la acompañaron durante sus ejercicios. Llevaba haciendo yoga muchos años, antes con monitora, pero debido a sus horarios era complicado mantener una rutina, de modo que comenzó a hacerlo sola.

Se decantó por una secuencia de *asanas* sencillas para despertar su energía, iniciando y terminando con *surya namaskar*[2].

Mikka estaba en el *hall* del hospital hablando con Jenkins, charlaban de cómo iban a afrontar unos problemas que habían detectado en las cirugías y que tendrían que corregir en las siguientes operaciones para reducir el rechazo a los implantes en algunos pacientes. El hombre se quedó sin habla cuando Eva hizo su aparición por la puerta principal, descansada y fresca, cargando un café y la bolsa de deporte, en la que llevaría el uniforme.

Jenkins siguió la mirada de su compañero hasta la preciosa mujer que le había dejado mudo, y le pareció lógico, pues la chica estaba radiante. Llegó a California pálida y seria, y en el mes que llevaba trabajando con ellos, se había convertido en una mujer alegre y había tomado un color muy favorecedor. Jenkins intentó retomar la

conversación con Mikka, pero a este parecía habérsele frito el cerebro, de modo que quedó en hablar con él más tarde y continuó su jornada. Cuando Peter se marchó, el doctor Mäkinen aún permaneció quieto unos segundos más, intentando recomponerse, lo que hizo sonreír a su jefe.

«Tengo que contárselo a Doris luego porque, como siempre, tenía razón», pensó Peter.

Eva, rebosando energía positiva, no fue consciente del efecto que su presencia había ocasionado en el finlandés. A paso rápido, atravesó el *hall* con destino al vestuario de enfermeras, saludando a todo el mundo con una sonrisa.

Una vez cambiada, se puso al día de lo acontecido en el hospital durante su breve descanso, hizo una ruta comprobando que los pacientes ingresados evolucionaban sin complicaciones, ayudó a preparar a los que serían operados ese día y colaboró en las sesiones de electroquimioterapia previstas esa mañana, trasmitiendo su felicidad a compañeros y pacientes.

Cuando entró a operar con el doctor Mäkinen esa tarde, tras haber comido un ligero sándwich, su buen rollo no había disminuido, y el estrés de las cinco operaciones que tuvieron tampoco lo consiguió.

Al día siguiente, Eva conoció a una persona especial, de esas que te encuentras pocas veces en la vida, la señora Cruz. Olivia era una mujer mayor, en cuyo rostro se apreciaban los surcos de tristezas y pesares de una vida dura, pero también de las alegrías que había sabido disfrutar. Porque Olivia, a pesar de haber sufrido mucho, siempre había intentado ver el lado bueno de las cosas. Eso fue lo que hizo que de todos los pacientes que ingresaban esa mañana para ser intervenidos, a Eva aquella mujer le recordara a su abuela Helena.

De procedencia latina, la vida no le había puesto las cosas fáciles. Trabajos mediocres desplazaron sus sueños de ser actriz, pero su alegre forma de ser no dejó que se hundiera. Su vida también había tenido momentos felices. La acompañaban dos de sus tres sobrinos,

para los que Olivia había sido como una madre. Los hijos de su hermano pequeño, al que Olivia había adorado, eran como sus propios hijos.

La mujer había sacrificado su juventud trabajando para aportar dinero en casa, que sirvió no solo para mantener a sus padres y su hermano, sino también para que este se labrara un futuro prometedor como médico.

En cuanto este comenzó a ganar dinero, se ocupó de ella, llevándola a vivir a su casa, y cuando su esposa falleció, siendo los niños aún pequeños, Olivia ocupó el lugar de su cuñada como niñera de los traviesos mulatos.

Su hermano había fallecido unos años antes, pero Olivia estaba dispuesta a ganar la batalla al cáncer por sus sobrinos, que, aunque ya eran mayores, aún necesitaban la ayuda y los consejos de su nana. Así fue como se lo dijo a Eva, casi con las mismas palabras.

Olivia Cruz se convirtió, ya desde la entrevista inicial, en uno de esos pacientes que consideras único.

Durante la operación, Olivia también supo ganarse la simpatía del *doctor Recto*, arrasando su severidad.

—*Doctor Ojazos*, límpiese bien las manos antes de entrar, y si no quiere dormirme, no lo haga, es una pena perder la posibilidad de observar esos ojos suyos —dijo la señora Cruz desde su camilla, dejando a Mikka descolocado.

—El doctor Mäkinen es muy tímido. No está acostumbrado a esos piropos —intervino Eva en un susurro, justificando el silencio del médico.

—Olivia, tenemos que dormirte, pero te aseguro que mis ojos serán lo primero que veas al despertar —señaló Mikka mirándola fijamente con su mejor sonrisa.

—¡Santa Virgencita! —exclamó Olivia ante la cercanía del buen doctor—. Prométame que los veré cada mañana —suplicó la anciana, lo que provocó en él una sonora carcajada que dejó en *shock* a todo el quirófano.

—Si hubieras venido unos meses antes, sería todo tuyo, Olivia. Lamentablemente, ya estoy emparejado —aclaró él.

—Una pena, aunque no soy celosa, por si cambias de idea —dijo Olivia con una sonrisa pícara.

—Tranquila, Oli, estás en buenas manos —la tranquilizó Eva mientras terminaba de prepararla para la anestesia.

Unas horas después, el doctor Mäkinen, acompañado de Eva, explicó a los preocupados sobrinos de la anciana que la operación había sido un éxito.

Mikka no se marchó a casa tras la ronda de operaciones, sino que permaneció cerca de la zona de reanimación y pidió ser avisado cuando la señora Cruz mostrara síntomas de despertar. Así que, como había prometido, cuando Olivia abrió los ojos se encontró con los de su doctor y su enfermera mirándola con atención.

—No estoy celosa. Hacéis una pareja perfecta —dijo, sin venir a cuento, y con una voz demasiado clara para lo habitual en ese momento, en que los pacientes solían despertar desorientados y con la boca seca.

Ambos se quedaron descolocados ante dicha ocurrencia, situación que provocó risas y comentarios entre el resto de personal que había en la sala.

Eva, nerviosa, comenzó a anotar las constantes vitales de la paciente, esperando que fuera Mikka el que la sacara de su error, pero no lo hizo y se limitó a hacer sus propias comprobaciones, sonriendo.

[2] *Surya namaskar*: saludo al sol.

Segunda parte



Otro hilo equivocado

Capítulo 12

Eva mantuvo la misma rutina toda la semana, y aunque el cansancio fue haciendo mella en ella, su estado de ánimo no mermó.

Mikka, por su parte, comenzaba a ser consciente de las razones por las cuales Lucas había recomendado a su chica para el puesto, y es que Eva era como un rayo de sol tanto para el personal sanitario como para los pacientes. Su trato cordial, amable y personalizado a todo el mundo, su profesionalidad y eficiencia, hacían de ella un importante activo para el equipo.

Una mañana antes de comenzar la ronda de operaciones, lo llamó.

—*Hey*, Lucas. ¿Cómo va todo por Madrid? —se interesó Mikka antes de que la conversación se tornara profesional.

—Bien, mucho trabajo, como siempre, y con el embarazo de Sandra, muy liado, intentando ajustar horarios. Ya sabes que eres bienvenido cuando quieras.

—Ya veo que solo te intereso para trabajar. A ver cuándo me invitas a tu tierra para ver un buen partido de fútbol y tomar unas cervezas. ¿Sandra bien?

—Sí, está ya muy gordita, pero bien. Sabes que para eso no tengo que invitarte, amigo. Cuando quieras ven. ¿Cómo va por allí?

—Según lo previsto, con alguna complicación que te he enviado en un informe, pero que creo que podremos resolver rápido. Échale un vistazo y me dices si la forma que he propuesto para evitar el rechazo te parece correcta. Esta tarde tengo una operación en la que me gustaría aplicarlo, porque el paciente tiene muchas probabilidades de rechazar el dispositivo.

—Lo miro luego y te digo. ¿Y Eva? Dile que no me llama. ¡Menuda espía os puse!

—Tu chica está funcionando muy bien. Tenías razón —reconoció Mikka.

—Te lo dije. El cambio de aires le ha venido bien, como yo esperaba. La vas a echar de menos cuando vuelva conmigo.

Mikka fue consciente en ese instante de que la estancia de la chica en el UCLA era algo con fecha de caducidad, al igual que su trabajo en Santa Mónica. Pronto cada uno iría por su lado. Sin entender muy bien por qué, sintió una opresión en el pecho.

—¿Por qué renunciaste a ella? Seguro que tu equipo ha quedado cojo y en este momento, en el que tienes que pensar en tu familia, debe ser difícil afrontar eso.

—Eva no solo forma parte de mi equipo. También es mi amiga. Necesitaba un cambio y la ayudé a conseguirlo. No podía ser tan egoísta.

—¿Qué le pasó? —intentó averiguar Mikka.

—Es algo que debes preguntarle a ella —declaró Lucas después de un pequeño silencio, sin dar respuesta a la pregunta.

—Creo que es algo que debería saber si puede afectar a su trabajo. Como su jefe de equipo debo saberlo, Lucas.

—Nada va a afectar a su trabajo, te lo aseguro. Necesitaba el cambio por algo que te ha pasado a ti y a mí, y cada uno hemos afrontado a nuestra manera. En su caso, por su forma de ser, simplemente es más complicado. Solo espero que cuando regrese lo haya dejado atrás.

Seguro de que su amigo no le iba a contar nada más, Mikka decidió dar por terminada la conversación, ya que aún tenía un largo día por delante.

No vio a Eva en toda la mañana y no fue hasta la hora de la comida, en la que coincidieron en la cafetería, cuando pudo transmitirle el mensaje de Lucas.

—Tu exjefe te envía recuerdos y está enfadado porque no le llamas —le dijo.

—¿Has hablado con él? —se interesó Eva.

—Sí, esta mañana temprano.

—Llevo fatal lo del cambio horario, cuando más liados estamos aquí es cuando podría hablar con él, y viceversa. Además, es muy

poco amigo del WhatsApp. En cambio, con Sandra sí hablo diariamente por mensaje.

—Pues que sepas que estás perdiendo puntos para volver a tu trabajo en Madrid, lo mismo cuando llegue el momento no te quieren allí —bromeó Mikka.

Una sombra de tristeza nubló el rostro de Eva, lo que hizo preguntarse al hombre si se debía a volver o a que no la dejaran, pero no pudo preguntar porque Jessica llegó como una avalancha, haciendo planes para el fin de semana, que Eva secundó de forma inmediata.

—¿Te animas, Mikka? —consultó Jessica.

—No creo que pueda, me parece que Sarah ya tenía planes para el domingo.

—¡Tío! ¿Te das cuenta de lo calzonazos que pareces? —protestó la cirujana mientras Eva se mantenía al margen, pensando lo mismo.

—Cuando estabas con Mia ella era todo tu mundo, así que precisamente tú deberías entenderlo. Deberías pensarlo antes de hablar, y también la razón por la que ella te dejó —escupió Mikka enfadado, y tras sus duras palabras se largó, dejando a Jessica con aspecto de haber recibido un puñetazo.

Eva no sabía qué había pasado en la última relación de Jessica, pero sí que había sido muy intensa y que la había dejado un poco tocada, razón por la cual había decidido que en su vida no todo era trabajar.

Puso la mano en el hombro de su amiga transmitiéndole su apoyo, y esta la agarró, mientras evitaba que las lágrimas surcaran su rostro.

Acompañó a Jessica al baño más cercano, para que se lavara la cara y se recuperara de la puñalada del doctor Mäkinen.

Una vez allí, la cirujana se desahogó.

—Mia es artista, tiene unos horarios complicados como los míos, y al principio los cuadrábamos bien. Todo fue genial mientras ella estuvo creando, pero cuando tuvo que promocionar su obra, yo no pude seguir el ritmo de inauguraciones y falté a alguna. Ya sabes cómo son las urgencias. Pensé que era la mujer de mi vida, pensé que era la definitiva, pero la cagué. Puse por delante mi trabajo en

demasiadas ocasiones y ella se cansó. No acabamos bien y no nos hemos vuelto a ver.

—El doctor Mäkinen no tenía derecho a decirte eso. Para nada es la misma situación. Estábamos hablando de una simple excursión el domingo por la mañana, un paseo en barco, al que su pareja podría venir perfectamente. Olvídale. Ha sido un cabrón.

Mikka se arrepintió de lo que había dicho cuando la última palabra abandonó su boca y le dolió el daño que había hecho a su amiga al ver cómo se transformaba su rostro, pero no pudo hacerle frente en ese momento y decidió huir. Se prometió a sí mismo que más tarde se arrastraría para pedirle perdón.

No era una persona impulsiva, al contrario, lo habitual era que las palabras que salían de sus labios hubieran sido meticulosamente elegidas con anterioridad. Era algo que formaba parte de su carácter finlandés, pero el tema con el que ella había bromeado era delicado para él.

Lo cierto era que se moría de ganas de acudir a la excursión que le habían propuesto. Un paseo en barco con sus compañeros de trabajo, unas cervezas con amigos en el mar, un baño en alguna cala y las risas que acompañarían la jornada le parecieron un plan perfecto, pero Sarah no querría ir. Habría organizado algún *brunch* en el club de golf con gente poderosa a la que tendría que idolatrar. Trabajo, trabajo y más trabajo.

Era cierto que era un calzonazos, no quería discutir con Sarah, ni tener que soportar sus lágrimas por no hacer lo que ella quería, por lo que, para evitarlo, siempre cedía.

«¿Realmente es el futuro que quiero?», se preguntó.

Deseaba establecerse, formar una familia, y a su edad sentía que el tiempo se le estaba acabando. Sarah quizá no fuera la mujer de su vida, pero no estaba mal, era preciosa, educada, culta, una persona con la que poder conversar durante horas, sería una madre estupenda, pero lo mejor era que era predecible. Con Sarah no había sorpresas, todo estaba cuidadosamente estudiado y le era fácil anticiparse. Nunca le montaría un numerito en público, lo dejaría

para la intimidad, y siempre que él se ajustara a sus normas y gustos, ella sería feliz.

Cuando pensaba en un futuro con Sarah, veía un par de niños rubios educados en los mejores colegios, llegar de trabajar a una hora decente y encontrar una casa ordenada y una cálida cena familiar, fines de semana de golf y, si conseguía que ella cediera, una casa en los Hamptons con un barquito en el puerto, en el que enseñar a sus hijos a navegar. Y en cuanto a lo laboral, una jefatura en una importante clínica, sin contratiempos, sin malos horarios y sin sorpresas.

Dejarlo con ella porque no quisiera salir con sus compañeros actuales sería una pérdida de tiempo. Su tren partiría y sería demasiado mayor para tener una familia, un puesto estable y una vejez tranquila. Quizá fuera egoísta, pero Sarah también salía ganando, él no se consideraba un mal partido, era la persona ideal para continuar el legado de su padre y ella también quería tener hijos y a sus treinta y cuatro años no debería esperar mucho.

Eva le recordó lo mal que se había portado con Jessica durante la primera, la segunda y la tercera operación, con una mirada asesina y un repertorio de frases que se repitieron durante todas ellas. «Sí, doctor Mäkinen», «No, doctor Mäkinen», «¿Lo quiere así, doctor Mäkinen?», que le volvieron loco. Antes de empezar la cuarta se dirigió a Eva mientras se lavaban las manos:

—Sé que debo pedirle disculpas, y lo haré en cuanto terminemos. No es preciso que me lo recuerdes más, con tus actos y tus palabras —le dijo desesperado.

—Deberías arrastrarte —siseó Eva—. No ha dicho nada más que la verdad, *doctor Calzonazos*. —Mikka quiso replicar, pero la mirada helada de la chica le disuadió de hacerlo—. Si quieres venir, pero ella no te deja, eres suficientemente mayor para decidir por ti mismo.

—No entiendes nada, así que es mejor que no te metas en ese jardín —amenazó el hombre.

—Creo que sí. Se ve a la legua, parece que el único ciego eres tú.

—Si no vas a parar y estarte calladita, quizás es mejor que no entres en quirófano. Hay un paciente en la mesa que requiere toda mi concentración y estás consiguiendo que pierda la paciencia.

—Me callo, pero más vale que te arrastres ante Jessica, porque ella no lo merece. Te considera su amigo, ¿sabes? Y no entiendo muy bien por qué.

Cuando Mikka llegó a Santa Mónica, perdido y desorientado en un país y un clima tan distinto al suyo, fue Jessica quien le ayudó a integrarse. Y cuando vio que no tenía ningún problema con su inclinación sexual, le incorporó a su grupo de amigos. Se habían desahogado juntos, se conocían perfectamente y él sabía de primera mano lo que ella había sufrido tras la ruptura con Mia. Había estado muy mal que usara eso para defenderse de algo que había sentido como una amenaza, pero que no era nada más que una broma.

Habló con ella ese mismo día, cuando terminaron la ronda de operaciones, le propuso tomar algo al salir y Jessica aceptó.

—Lo siento mucho —se disculpó antes de entrar en el bar—. No sé por qué reaccioné de ese modo. Lo sentí como un ataque y perdí el control.

—No lo entiendo. Sabes que te lo he dicho otras veces y nunca has reaccionado igual. De todas formas, si te molesta que bromee con eso, solo tienes que decírmelo.

—Lo sé. De verdad que siento mucho lo que he dicho. Y tampoco sé por qué me ha molestado tanto.

—Estas perdonado, pero me preocupa tu reacción. El hombre comedido y prudente que yo conozco no se exalta con facilidad. ¿Qué es distinto ahora?

—Te juro que no lo sé.

—Sabes que yo entiendo que cedas el control del tiempo libre a Sarah, aunque me meta contigo por eso. Tenemos muy poco y una forma de compensarlo es dejar que lo gestione la persona a la que queremos. Si yo hubiera hecho lo mismo, quizá Mia y yo seguiríamos juntas. —El camarero les sirvió lo de siempre en la mesa que habían elegido—. ¿Puede ser que te sientas atrapado?

—Sarah me está atosigando con lo de mudarnos a Nueva York, quiere que el próximo fin de semana vea un ático que ha encontrado.

—Pero ¿tú quieres ir?

—No quiero ir, pero si no lo hago, será el fin de la relación. Habré tirado un año y pico de mi vida en otra relación sin futuro. Nueva York tiene muchas cosas buenas, creo que lo que me pasa es que me da miedo salir de mi zona de confort.

—¿Tú crees? Yo creo que un finlandés que se muda a Santa Mónica no tiene miedo a salirse de su zona de confort, Mikka. —Puso la mano sobre la del cirujano—. No te enfades, pero estás intentando forzar algo que no tiene futuro. Sarah no es una mujer para ti. Desde que estas con ella, te has vuelto taciturno y triste, demasiado serio para ser tú.

—Sarah…

—Sarah es una mujer maravillosa —Jessica le interrumpió—, pero no es tu media naranja. No te das cuenta de que estas forzándolo. Si no lo frenas a tiempo, vais a sufrir los dos.

—No creo en medias naranjas, tengo una edad en la que se me acaba el tiempo. Al principio por el trabajo, ¿y ahora por qué debo retrasarlo? No somos cien por cien compatibles, ¿alguna pareja lo es? Las parejas se adaptan, liman las aristas que los separan de forma que encajan mejor. El truco está en ceder en las cosas poco importantes para hacer feliz al otro.

—Puede ser, pero Sarah es una persona caprichosa, y tú cedes siempre.

—Sarah es predecible, y no me importa ceder.

—Eres como un león enjaulado. Lo curioso es que tienes la puerta abierta, pero te obligas a mantenerte en el interior.

—Porque quiero un futuro que ella puede darme.

—OK, como quieras. Solo te deseo lo mejor. Y que cuando estés en Nueva York te acuerdes de los amigos, aunque estemos lejos. Sabes que siempre podrás contar conmigo, ¿vale?

—Todavía no he decidido lo de mudarme, pero si llega el momento, lo tendré en cuenta.

—¿Crees que no está decidido?

Capítulo 13

La experiencia de navegar desde el puerto de Marina del Rey, bordeando las costas de Venice, Santa Mónica y Malibú, hasta llegar a las playas del parque nacional Mugu, en el que el paisaje terrestre cambió por completo, fue inolvidable. Un día agradable con gente que Eva había conocido hacía poco, pero con la que había entablado amistad. El doctor Morris, propietario de la preciosa embarcación, le iba explicando junto a su mujer las nuevas zonas de costa que iban avistando.

Prácticamente todos los pasajeros ya habían navegado con la familia Morris en alguna ocasión, a excepción de Eva, de forma que todas las atenciones fueron dirigidas hacia ella.

No pudo evitar imaginar a un aburrido doctor Mäkinen desayunando en la preciosa terraza con vistas al océano de su carísima casa, cuando bordearon la costa de Malibú.

«¿Cuál de todas aquellas edificaciones será la del buen doctor?».

Pero la inmensidad del océano, por un lado, y las preciosas montañas, por el otro, le hicieron olvidar pronto al nórdico. Sobre todo cuando una manada compuesta por unos cuatro o cinco delfines acompañó al barco en parte de su recorrido. Poder ver tan entrañables animales de cerca fue la mejor parte de aquella experiencia, eso y la preciosa puesta de sol que el día les regaló.

Aún excitada por los acontecimientos, Eva regresó a casa cansada, se dio una ducha y envió las fotografías que había tomado con el móvil al grupo de sus amigas. A pesar del cambio horario, antes de que Eva se acostara recibió la llamada de Sol.

En España ya era domingo por la mañana y Sol y Daniela se encontraban juntas en Mazarrón con sus respectivos hermanos Cano.

—Buenos días, chicas —saludó Eva.

—Estamos muertas de envidia —anunciaron ellas casi a dúo.

—Hoy ha sido un día genial y me he acordado muchísimo de todas vosotras. ¡Ojalá pudierais venir antes de que yo me vaya! Y si no, tenemos que organizar un viaje aquí después.

—¡Es tan complicado con los niños! Pero cuando sean un poquito mayores… —manifestó Daniela, haciendo referencia a su hija Ángela y a Maya, la pequeña de Marta.

—Pues, Sol, aprovecha tu libertad y ven con Eduardo. Creo que esto os va a encantar.

Un gran silencio se hizo al otro lado del aparato.

—¿Chicas? —preguntó Eva—. ¿Se ha cortado?

—No, no… Estamos aquí.

—¿Ha pasado algo? —se interesó Eva, intuyendo que el silencio se debía a algo importante.

De nuevo otro silencio, en el que imaginó a ambas chicas mirándose la una a la otra, animándose a hablar.

«¿Qué mierda pasa?», pensó.

—Chicas… Me estáis preocupando. Decidme qué pasa. ¿Es que lo has dejado con Eduardo, Sol? —se temió Eva.

—No, siguen tan bien como siempre —aclaró Daniela—. Quizá demasiado bien. Venga, díselo, no pasa nada, está tan lejos que es imposible que se lo diga a él antes que tú —animó Daniela a Sol.

—¿Estás…? ¿Estás embarazada, Sol? —intentó averiguar Eva. Sol se mantuvo en silencio.

—Sí, acaba de hacerse la prueba y aún no se lo cree —respondió Daniela.

Eva fue la que se quedó callada en ese momento, intentando asimilar la noticia.

—¿Eva? Di algo —pidió Sol—. Necesito una de tus frases optimistas.

Eva se alegraba por Sol, muchísimo. A esta le encantaban los pequeños y siempre habían pensado que sería la primera en lanzarse, pero… Se quedaba sin aliada y eso era duro. No obstante, se olvidó de sus dudas y le dio a su amiga lo que necesitaba. La parte buena de que en una conversación de teléfono no se viera el rostro del interlocutor era que se podía no ser del todo sincera.

—¡Enhorabuena! —gritó, quizá demasiado efusiva—. Me alegro un montón por vosotros. Ser mamá, como siempre has querido. Y llevándose tan poco tiempo con sus primas. Voy a llevar algo de aquí para todos mis sobrinos.

—Ya…, pero Eduardo y yo, nuestra relación… Llevamos tan poco tiempo…, y aunque ahora va muy bien… ¿Y si no es el definitivo?

—No pienses eso. ¿Estáis bien ahora?

—Sí —respondió Sol segura.

—¿Habíais hablado de niños?

—Sí, pero nada concreto. Imagino que la idea era de cara a más adelante. No ahora.

—Bueno, pero ha venido ya. Esos Cano, ¿atinan a la primera o qué? —La ocurrencia de Eva provocó risas nerviosas en sus amigas —. Mira, Sol, estoy convencida de que a Eduardo le va a encantar la noticia, piensa en cómo reaccionó con su sobrina. Esos hermanos son muy familiares y protectores, va a ser un padrazo, lo sé. Recuerda la habitación que hizo para Ángela. —Sintió a Sol asentir al otro lado—. Y si más adelante las cosas no van bien entre vosotros, que lo dudo, vas a tener un bebé precioso porque lo que no podemos negar es que los genes de esa familia son espectaculares.

—Quedan dos hermanos libres —bromeó Daniela.

—Muchas gracias, Eva. Necesitaba tus palabras —expresó Sol con emoción.

—Ya me cuentas luego cómo reacciona el papá de la criatura. Os voy a dejar, chicas, que aquí es muy tarde y he tenido un día intenso.

—Con tu cirujano, ¿bien?

—No es mi cirujano. Ya está emparejado. Y es demasiado serio y aburrido para mí. Guardadme al Cano primogénito, que el pequeño todavía tiene que adquirir experiencia.

—Bueno, seguro que ya tienes algún semental californiano localizado.

—Me gustan más los latinos. «Tú ya sabes» —manifestó Eva usando acento cubano en su última frase.

Tras despedirse, se tumbó en la cama. Sus tres amigas con pareja estable y niños, ¿y ella? Ella seguía estancada en el mismo punto.

Llevaba tres meses en California en los que solo había tenido un lío, una noche que no había estado mal, pero… Esa forma de vida loca ya no le gustaba. Envidiaba a sus amigas, que tenían a alguien con quien compartir y disfrutar su vida. Alguien que se preocupaba por ellas. Pensó en Lucas, que en breve tendría a su esperado hijo en brazos, en la forma en que, preocupado y a la vez ilusionado, hablaba de ello. No creía que nadie, a excepción de su abuela, se hubiera preocupado por ella de ese modo; con una familia atípica y su rebeldía, había ido quedándose sola.

Tumbada en una cama de matrimonio de un apartamento minúsculo, cedido por el hospital, al otro lado del mundo, no solo estaba sola. Se sintió sola.

El lunes regresó a su rutina en el hospital menos alegre que de costumbre, lo que no pasó desapercibido. Sol había respondido unas horas después de la conversación diciendo que tenía razón y que la reacción de Eduardo había sido preciosa. Se casarían antes de que el bebé se notara en su barriga. Se alegraba mucho por su amiga, eso era real, pero no podía evitar sentirse sola. Todo avanzaba, menos su vida, que permanecía inmutable, y lo que antes consideraba que estaba bien ya no se lo parecía. Quería más.

Entró en la sala de electroquimioterapia y saludó a los pacientes con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Mi niña… ¿Qué te pasa hoy que estás tan triste? —se interesó la señora Cruz, que esperaba para su primera sesión.

Sintió como los ojos de Olivia escrudiñaban su alma buscando la razón de su tristeza. Aquella mujer le recordaba tanto a su abuela que decidió encargarse de administrar su tratamiento personalmente, de modo que así se lo indicó a su compañera. A su lado se sentía bien, y aunque sus problemas para una paciente de cáncer resultarían nimiedades, de pronto se encontró hablando sobre sí misma a Olivia, como si de su abuela Helena se tratara.

—El destino tiene un plan para cada uno de nosotros —afirmó Olivia convencida—. A veces tarda en llegar, pero lo hay. Yo tuve mi intensa historia de amor muy joven, pero acabó mal. Experimenté lo

más dulce y doloroso del amor en muy pocos meses, mi destino no era ese tipo de amor, mi destino era poder ayudar a mis sobrinos. ¿Hubo momentos en los que me hundí? Muchos, mi niña, pero cuando llegues a mi edad y mires atrás, verás que cada cosa tiene sentido. Cada tropiezo, cada alegría, tiene un porqué.

—No estoy segura, Olivia. Me siento tan sola… —expuso Eva.

—Mira a tu alrededor.

La enfermera observó a cada uno de los pacientes que recibían su tratamiento, a sus compañeras trabajar yendo y viniendo. Desde el gran ventanal se veían las palmeras mecidas por el fuerte viento de ese día que era tan desapacible como su estado de ánimo. Miró interrogante a Olivia.

«¿Qué quiere que vea? Todo es normal».

—Efectivamente, hija. La vida sigue y no podemos hacer mucho para cambiarla, solo vivir lo que nos da. Vuelve a mirar, pero esta vez empápate de ella.

Eva observó de nuevo, esa vez más detenidamente. El señor Smith le contaba a Clarita que ese fin de semana habían celebrado su cincuenta cumpleaños y que todos sus hijos, nietos y amigos le habían organizado una fiesta. La señora O´Neil permanecía sentada con los ojos cerrados, centrada en sus auriculares, escuchando su audionovela, esa que luego contaría con pelos y señales a la enfermera que le retiraría la medicación.

En la sala donde se encontraba la máquina para administrar las descargas eléctricas, el doctor Morris trataba a la señora Rosarito, que aguantaba con cara de dolor cada una de las descargas que recibía, y que sentiría como quemazón en la piel, mientras su marido vigilaba a sus pequeños, que jugaban en el pasillo. En la calle, el viento no solo movía las palmas, sino que también arrastraba las nubes a gran velocidad.

Era cierto que la vida seguía, los cuatro pacientes de esa sala, sus compañeros y los familiares que esperaban tranquilos en el pasillo estaban viviendo, interactuando entre ellos, sin preocuparse de qué vendría luego. No sería nada reseñable para escribir una historia, pero no por eso dejaba de ser su vida.

—Vivir no solo es hacer algo especial o fantástico, también es disfrutar lo cotidiano, hija. Una ducha relajante al terminar el trabajo, un café con amigos, regalarte la vista observando pasar a un guapo doctor…

Al decir aquello último, Olivia realizó un gesto con los ojos indicando a Eva que mirara en su dirección. El doctor Mäkinen, vistiendo un polo azul claro y unos Dockers color crema, caminaba por el pasillo con paso firme. Al pasar por el ventanal de la sala de tratamiento, se percató de la mirada de las dos mujeres y les regaló su mejor sonrisa, acompañando esta de un sutil saludo, cerrando los ojos y agachando ligeramente la cabeza. Pasó de largo y la visión trasera del hombre ocasionó una mirada cómplice entre ambas.

—¿Ves, niña? La vida hay que disfrutarla poco a poco. No puedes pretender que todo llegue a la velocidad que tú quieres. Habrá días especiales y la mayoría serán cotidianos. Las pequeñas cosas no son menos importantes.

Terminó de preparar a Olivia para el tratamiento con el doctor Morris y la abrazó, agradeciendo sus sabias palabras.

Capítulo 14

La fase de operaciones del ensayo clínico llegaba a su fin. En dos semanas terminarían las cirugías. Jessica se iría de vacaciones y Mikka, finalmente, había cedido y probaría suerte en la Gran Manzana.

Sarah, feliz por haber conseguido su objetivo, se dedicó a prepararle una fiesta sorpresa a su pareja con la excusa del cumpleaños de Mikka y para celebrar la última vez que se relacionaría con su panda de paletos californianos. Después, avanzarían en su relación, rodeados por el *glamour* de su ciudad, sus exquisitas fiestas, exposiciones, espectáculos, y Mikka, con unos horarios controlados por su padre, estaría siempre disponible para ella.

No tenía el teléfono de los compañeros de su novio, de forma que para entregar las invitaciones tuvo que desplazarse al hospital. Le dio una sorpresa y comieron juntos; lo hicieron, por supuesto, en un restaurante cercano, ya que consideraba la comida de la cafetería asquerosa, llena de carbohidratos y grasas saturadas.

Tuvo la suerte de encontrarse con Jessica al despedirse de Mikka tras la comida.

—Buenas tardes, Sarah, ¿cómo tú por aquí? —dijo la cirujana por compromiso.

—He venido a darle una sorpresa a Mikka, mañana es su cumpleaños y quería comer con él, ya que mañana me será imposible. Además, estoy organizando una fiesta para este fin de semana y he venido a decíroslo. —Sarah le dio los detalles a Jessica y le pidió que lo trasladara al resto de amigos de Mikka en el centro médico.

Terminaban la conversación cuando Eva se acercó a las dos mujeres con la intención de avisar a Jessica de que la necesitaban en quirófano. Sarah observó a la enfermera con desprecio, la pálida

española había cogido color y sus ojos azules resaltaban en su cara, el pelo lo tenía más largo y le afinaba su ordinario rostro. Últimamente Mikka había hecho algún comentario alabando la labor de aquella en el ensayo que estaban realizando, y a Sarah le había molestado el cambio de actitud de su novio, pero, en fin, formaba parte del equipo y tendría que invitarla a la fiesta, aunque le cayera como una patada en el estómago.

Tras despedirse de Jessica, que volvió al trabajo, se dirigió a Eva:

—Le estaba diciendo a Jessica que le estoy organizando una fiesta a Mikka este sábado en su casa, porque mañana es su cumpleaños. Si te apetece venir, esta es la dirección —dijo tendiéndole una tarjeta —. Será una barbacoa informal en la terraza, pero trae algo de abrigo, que por la noche la brisa puede ser fresca.

—Genial. Allí estaré.

Eva se despidió pensando en qué regalarle a un hombre que seguramente lo tenía todo.

Hasta el momento de la fiesta, Eva estuvo tan liada que no pudo hablar con nadie. El viernes salió corriendo a recoger el regalo de Mikka, que había llegado a un *locker* cercano, y la mañana del sábado pasó por el hospital para ver cómo evolucionaban los pacientes operados la tarde anterior.

Aunque Sarah la había avisado del fresco nocturno en la zona de Malibú, decidió ponerse un pantalón vaquero corto y una camiseta de tirantes. Dudó entre llevar el bikini bajo la ropa o no hacerlo. Al final se decantó por llevarlo, ya que, según le había comentado Mikka, su casa estaba a pie de playa, con un acceso a la misma desde la terraza trasera. Una barbacoa en la playa sin un baño nocturno no era una barbacoa. No se le olvidó coger una chaqueta, y en su gran bolso metió un chal que le serviría de toalla si se bañaba y para protegerse del frío si se hacía tarde. Dispuesta y solo un poquito más tarde de la hora prevista, tomó un taxi hasta Malibú.

No había tenido ocasión de ir a esa zona y le pareció preciosa. Conforme entraron en el territorio de aquella ciudad, las casas comenzaron a cambiar dando paso a chalets de ensueño que debían

costar un dineral. No estaba lejos del hospital, apenas a unos treinta o cuarenta minutos, pero el cambio de paisaje era impresionante, Malibú era una zona residencial de gente rica.

«¿Cuántos famosos tendrán casa aquí?», se preguntó.

Tras un corto trayecto, el taxi la dejó frente a una casa impresionante de líneas rectas y arquitectura sencilla. En el exterior había un pequeño terreno en el que en ese momento había aparcados un par de coches. Un gran portón de garaje se alzaba a la izquierda, y a la derecha, un modesto porche donde se encontraba la puerta de acceso principal. La vivienda, construida en dos plantas, contaba con un balcón sobre el acceso principal, que Eva pensó sería de una habitación de invitados o del despacho de Mikka. Sobre el garaje había una ventana alargada y opaca que, intuyó, sería un baño. Los colores blancos predominaban en la fachada salpicada de acero, cristal templado y madera oscura. Aún impresionada se dirigió a la puerta y llamó, esperando que el ruido del interior permitiera a alguien escuchar el timbre.

Mikka fue el encargado de recibirla, sonriendo, vestido con un elegante traje de Armani en color gris oscuro y una camisa un par de tonos más clara, sin corbata. Muda, apenas alcanzó a saludar con un gesto de cabeza. Observó lo que pudo tras el hombre. Los invitados vestían trajes de noche; los hombres, similares al de Mikka, y las mujeres, vestidos largos de hombros descubiertos.

El cirujano observó su aspecto.

«¿Qué coño haces vestida así?», preguntó con la mirada.

Eva dio un paso atrás y se justificó por su aspecto.

—Sarah me dijo… Yo entendí… Una barbacoa… Pensé… —Estaba avergonzada, pero no tardó en recomponerse—. No pasa nada. Toma tu regalo. Muchas felicidades. Cogeré un taxi de regreso.

Mikka odió a Sarah por lo que había hecho. No había organizado una barbacoa, sino un cóctel, pero estaba claro que había querido dejar en evidencia a la española. Últimamente se ponía a la defensiva cuando Eva salía en alguna de sus conversaciones.

—No. Has venido hasta aquí. Es mi cumpleaños y quiero que te quedes.

—Pero Mikka… No puedo entrar ahí así vestida. Yo entendí una barbacoa… —manifestó haciendo un mohín.

El hombre cogió algo de la entrada y salió cerrando la puerta a su espalda con suavidad. Tomó de la mano a Eva y tiró de ella para acceder por el garaje, cuya puerta se abrió poco a poco dejando vislumbrar el morro del deportivo del médico.

Mikka esperó a que el portón se cerrara de nuevo antes de continuar, lo que dio tiempo a la chica para observar a su alrededor.

—Pones cara de sorpresa, ¿qué ocurre?

—Nada, simplemente que habría jurado que aquí tendrías una moto de gran cilindrada.

Aquello sorprendió al finlandés. Una moto era algo que siempre había querido tener, pero por unas u otras cosas lo había ido retrasando hasta hacerse demasiado mayor. Le chocó que aquella mujer fuera tan intuitiva.

No respondió, sino que la guio con discreción hasta la habitación de invitados. Allí Mikka deslizó una puerta corredera, y un impresionante vestidor, lleno de ropa de mujer, se abrió ante los ojos de Eva. Buscó a Mikka sorprendida, y él con un gesto de cabeza la invitó a entrar.

—Escoge.

—No puedo ponerme ropa de Sarah —argumentó Eva con reticencia.

—No es de Sarah. Es ropa de mi hermana Pilha. En nuestro país no puede ponerse este tipo de ropa y tiene aquí su propio armario. Es un poco más alta y corpulenta que tú, pero seguro que algo te sirve.

Eva cedió y comenzó a buscar algo que ponerse para la ocasión. Los zapatos que encontró eran un par de números mayores, así que sus sandalias deberían servir para acompañar al conjunto final.

Él se retiró dándole intimidad, pero antes de hacerlo ella le frenó.

—Muchas gracias, Mikka. No me hubiera importado irme, de verdad.

—Cuando te he dicho que quería que estuvieras en mi fiesta, lo he dicho en serio. ¿Sabes la cantidad de gente que no soporto que hay en ella?

—Es tu fiesta, eso no debería pasar.

—Por eso tienes que estar tú.

La mirada de Mikka se volvió intensa y Eva lo achacó a que estaba enfadado con su chica, pero lo cierto era que el finlandés estaba luchando contra su deseo de entrar con ella en el vestidor, cerrar la puerta y no salir de allí en mucho mucho tiempo.

Asustado por sus pensamientos, el hombre se obligó a marcharse, pero ella le retuvo sujetándole la mano. A punto estuvo de, al volverse, ceder al impulso de probar sus labios, pero Eva, ajena a sus lujuriosos pensamientos, sosteniendo un pequeño paquete en la mano, le alejó de sus deseos.

—No creo que se ajuste mucho a los regalos que vas a recibir hoy, así que prefiero dártelo en privado. Feliz cumpleaños, Mikka —declaró dulcemente a la vez que le tendía el paquete.

Mikka lo desenvolvió con paciencia, era pequeño y blandito. El papel de regalo desapareció, dando paso a una suave tela de color azul moteada con la imagen de pequeños narvales blancos. Inicialmente pensó que se trataba de ropa interior, escandalizándose un poco, pero al desdoblarlo pudo comprobar que era un divertido gorro de quirófano.

—Cumples treinta y ocho, pero eso no significa que tengas que renunciar a tus sueños ni a tu niño interior —aclaró ella.

Sin apenas hablar, aquella mujer había descifrado sus miedos y sus anhelos. Emocionado, la abrazó fuerte y le dio las gracias. Le costó gran esfuerzo separarse de ella y cuando lo consiguió salió de la habitación intentando poner tierra de por medio. Eva, con su forma de ser, sus largas piernas y sus dulces gestos, se estaba convirtiendo en una deliciosa tentación.

Mientras decidía qué vestido ponerse de los múltiples que había colgados en aquellos armarios, pensó en la rara reacción del doctor Mäkinen a su regalo. Su intención había sido obtener una sonrisa, pero jamás se le habría ocurrido que reaccionara emocionado. El color azul claro lo escogió porque hacía juego con los llamativos ojos del hombre, y el dibujo de los narvales por su origen nórdico.

Inicialmente buscó unicornios, pero al ver aquel animal que los vikingos habían cazado para vender su cuerno como si de los seres imaginarios procediera, le pareció perfecto.

Eligió un vestido largo de corte romano de un color marfil que resaltaba su moreno, y que ajustó a su altura haciendo un doblez en la cintura, que un cinturón de pedrería disimuló a la perfección. No pudo ponerse sujetador, pero dado que tenía poco pecho no resultaba escandaloso. Sus sandalias no eran la combinación perfecta, pero el conjunto final era pasable.

Dejó su ropa y su bolso dentro del vestidor, y salió. Una pena no poder maquillarse y peinarse un poco, pero por lo menos había salvado la noche y le daría a Sarah una lección.

Cuando salió no había ni rastro de Mikka, lo que le permitió observar aquella planta con atención. El interior de esa parte de la casa también estaba decorado en blanco combinando este con maderas nobles. Un tipo de decoración minimalista que le recordó a las casas noruegas. La habitación de invitados tenía un baño propio, como había adivinado desde el exterior. Un pequeño recibidor separaba esa estancia de otra de mayor tamaño que debía de ser el dormitorio principal. La puerta estaba entornada y con la excusa de ver si Mikka la esperaba en su interior, se asomó.

El dormitorio del hombre era espectacular, una amplia sala diáfana sin puertas. El baño y el vestidor estaban separados por tabiques permitiendo el acceso desde dos lados. Pero lo realmente impresionante era la pared que daba al mar. Bueno, mejor dicho, la falta de pared, ya que era un gran ventanal, de arriba abajo, sin marcos ni cortinas que impidieran la vista.

Se asomó discretamente, confiando en que la gente que se divertía en la terraza trasera no la vería. La terraza de la planta baja se proyectaba hacia la playa; fabricada en madera rojiza con barandillas de cristal templado, quedaba integrada sobre la arena como si formara parte del entorno. En ese momento estaba llena de gente que charlaba de forma amigable y, aun así, pudo imaginar cómo sería acomodarse en aquel sencillo mobiliario para observar la puesta de sol.

Sintió que alguien carraspeaba a su espalda llamando su atención. No se disculpó por la intromisión en su intimidad, como habría sido lo adecuado, todavía extasiada por la majestuosa estancia.

—Esto… Esto es… precioso, Mikka —expresó aún emocionada.

—No me había dado cuenta hasta que te he visto a ti ahí.

El doctor Mäkinen había llegado unos minutos antes, pero no había sido capaz de romper el momento en que la mujer observaba las vistas desde su habitación. A contraluz, con el mar y la puesta de sol de fondo, la silueta de Eva vestida con esa ligera tela se vislumbraba al completo. No pudo evitar imaginar que se trataba de una sábana de seda en la que ella se había envuelto tras hacerle el amor para poder disfrutar del atardecer desde el ventanal, mientras él observaba satisfecho desde su cama. Deseó que su fantasía fuera real. Anheló ahuyentar a la multitud que se divertía en la planta baja y hacerlo efectivo.

Movido por esa ambición, se acercó poco a poco para no asustarla. Cuando la tuvo frente a él, le acarició la mejilla con los dedos, casi sin contacto, y se agachó ligeramente buscando la altura perfecta para probar su boca. La besó, al principio con un leve roce entre sus labios, pero no fue suficiente y necesitó más. Su lengua exigió adentrarse en su boca y buscar la de ella. Lo hizo de forma suave, incitando a la chica a abrirse para él. Cuando por fin cumplió su objetivo, lo saboreó, cerrando los ojos y dejando que sus sentidos ocuparan su mente, vaciándola de todo lo demás.

Su nombre pronunciado desde la planta baja los sacó de aquel trance en que ambos se habían evadido. Se separó lentamente, bañándose en sus ojos ebrios de necesidad. Y, desazonado, se dirigió abajo, donde su pareja esperaba seguramente para presentarle a alguien.

Eva tuvo que tomarse unos minutos antes de bajar tras él, su cuerpo vencido ante aquella muestra del doctor. Deseaba tumbarse en aquella cama de sábanas blancas y esperar a que él regresara a terminar lo que había empezado.

Fue la imagen de la arpía de Sarah levantándose perfecta y satisfecha de esa misma cama esa mañana lo que le obligó a entrar en razón. El doctor Mäkinen, a pesar de su flaqueza en ese

momento, no era un hombre para ella. La próxima vez, si ocurría de nuevo, debería ser fuerte y no ceder, él tenía pareja y no podía interponerse entre ellos.

Eva bajó y se mezcló entre la gente con disimulo, recibió la ovación de sus compañeros masculinos y la cara de sorpresa de Sarah, a la que, tras su copa de champán, saludó con sonrisa vencedora.

Si la planta superior era impresionante, la inferior no se quedaba corta. Con el mismo diseño minimalista, la cocina americana se integraba perfectamente en el salón desde una esquina. Los sofás de tela blanca resaltaban sobre un suelo de madera de tonos grises, sobre el que imaginó a Mikka andar descalzo. El comedor negro se extendía frente al ventanal de acceso a la terraza, que, al igual que en el dormitorio principal, carecía de tabiques, ocupando el espacio de lado a lado y de arriba abajo. En aquel momento se encontraba abierto, dejando paso libre desde el salón a la terraza, y viceversa.

Mikka, acaparado por sus invitados, apenas tuvo ocasión de hablar con ella, lo que por un lado agradeció, ya que no sabía cómo explicar su reacción en la planta superior.

Cuando, tras soplar las velas y repartir la tarta, Sarah anunció a todos los presentes que por fin habían decidido dar un paso más en su relación y mudarse a la ciudad que nunca duerme, Mikka no pudo evitar mirar a la enfermera. Ella asintió con un gesto de cabeza, levantando su copa brindando como el resto de los presentes, y en su mirada pudo distinguir que pese a que pensaba que su decisión era errónea, le deseaba lo mejor. Se sintió culpable por ser tan cobarde, por buscar la salida que le parecía más predecible, y deseó de todo corazón que todo saliera bien y que en la cárcel segura que se estaba fabricando al menos fuera feliz.

Capítulo 15

La última semana de Mikka en el UCLA comenzó entregando las pocas cajas que había preparado en la agencia de mensajería. Las mismas que Sarah recibiría en su nuevo apartamento dos o tres días después. Ella estaba organizando la casa. Bueno, más bien supervisando los trabajos de la empresa de decoración que habían contratado por un módico dineral. Mikka había dejado en sus manos todo ese tema porque no se encontraba preparado para discutir con ella detalles como los colores de las habitaciones o cuántos cojines tendría su cama. Y no era que no le gustara decidir esas cosas. De la decoración de la casa de Malibú se había encargado él mismo, poco a poco, con ayuda de su hermana, consiguiendo traer un poquito de su tierra a California. Pero no sentía el ático como su hogar definitivo, así que la única petición que le había hecho a Sarah había sido que tuviera cierto toque nórdico y que pudieran dejar los zapatos en la entrada, ya que aquella era una costumbre de la que le costaba deshacerse.

Cuando ese lunes atravesó las puertas del hospital, sintió un pellizco de nostalgia que le encogió el corazón como si fuera a desprenderse de algo importante. El próximo lunes no atravesaría esas puertas, sino otras muy diferentes. Todavía no estaba seguro de que la decisión que había tomado fuera la correcta, y se negaba a cerrar del todo su vida en California.

Sarah se había ido enfadada por esa razón. Mikka, reacio a poner su casa en venta, no había querido contactar con una inmobiliaria aún, y ella le había echado en cara no esforzarse al cien por cien en que su relación en la ciudad funcionara, dejando una vía de escape. Él no lo veía así, simplemente le costaba deshacerse de un sitio que

había sido su hogar y que, además, era un lugar perfecto para ir de vacaciones. A todo ello se sumaba que a su hermana le encantaba recargar pilas allí durante el frío invierno del norte de Europa, y él no tenía necesidad de disponer del dinero de la venta de forma urgente. No, estaba decidido a mantener su casa en Malibú por el momento, y no había cedido en eso. Esperó que Sarah olvidara pronto su enfado, ilusionada con los arreglos de su nuevo hogar, sus amigos neoyorquinos y la incorporación a su nuevo trabajo.

Decidido a apartar de sus pensamientos a Sarah y Nueva York, y dispuesto a disfrutar al máximo del final de su etapa en California, se dirigió al despacho de Peter para liquidar los detalles de su renuncia.

—Buenos días, doctor Mäkinen. ¿Preparado para la última semana?

—Sí, Peter, pero… Tengo que confesarte que me da miedo —reconoció el finlandés.

—Dime que eso significa que no vas a renunciar, que te has planteado mi propuesta —afirmó el doctor Jenkins esperanzado.

Mikka sabía que Peter pensaba que su decisión de abandonar el UCLA para ir a trabajar a Nueva York no era acertada y que esperaba que pronto estuviera de vuelta intentando recuperar su vida. Por eso le había propuesto una excedencia.

—Sarah se ha marchado y me ha echado en cara que no esté cerrando mi etapa aquí del todo —dijo, y tomó asiento—. No he querido vender mi casa, he preparado apenas unas cajas con lo imprescindible y lo cierto es que, mientras decidía qué llevar y qué no, en el fondo lo de Nueva York me parece algo provisional —explicó—. Me está costando hacerlo, Peter.

—Es normal, hijo. Cambios como el que vas a hacer deben ser graduales, mira a ver cómo te va allí, y si va bien poco a poco irás olvidando tu vida aquí y acabarás por cerrar esta puerta, pero si no… Te ofrecí una excedencia de un año porque es tiempo suficiente para saber si quieres volver.

—Lo he pensado y, aunque no he querido decírselo a Sarah porque se lo tomaría como una falta de confianza con respecto a

nuestra relación, creo que voy a aceptar tu propuesta, Peter, si aún sigue en pie.

—Claro que sí. Me gustaría que todo te fuera bien allí, pero soy egoísta y no quiero perder a uno de mis mejores cirujanos.

—Muchas gracias por todos estos años —declaró Mikka emocionado.

—Gracias a ti, hijo —respondió el hombre conmovido—. Por cierto, chico, Doris te espera el jueves a cenar, y no va a aceptar un no por respuesta. Va a hacer el asado que tanto te gusta. Pensaba que Sarah estaba aún aquí, y la invitación era para ambos, trae acompañante, que, si no, estaré comiendo restos todo el fin de semana.

El doctor Mäkinen se despidió prometiendo asistir acompañado a la cena y pidiendo que trataran lo de su excedencia de forma confidencial, sobre todo de cara a Sarah y su familia.

Más seguro, sabiendo que la puerta del UCLA de Santa Mónica quedaba abierta si las cosas no iban bien, se quitó un peso de encima. Ya solo tendría que buscar pareja para su cena del jueves.

Desde la fiesta en casa del doctor Mäkinen la vida de Eva había sido una locura. Apenas le había visto y aquel intenso beso había quedado en el olvido. Él se iba, había decidido adentrarse en esa vida que, a todas luces, no le haría feliz, pero ¿qué sabía ella si apenas le conocía? Mikka al principio le había parecido un estirado, muy similar a su padre o sus hermanos, pero, en esa ocasión, su primera impresión no había sido la correcta. Se había dejado llevar por los rasgos del carácter nórdico del hombre, pero en el fondo Mikka era un alma libre sometida a las obligaciones sociales. Le parecía una pena que no se soltara un poco la melena de vez en cuando y disfrutara de la vida. Le habría gustado poder enseñarle a sacar el Peter Pan que todos llevamos dentro, pero él se iba ese viernes y ella lo haría un par de meses después. El destino no tenía planes para ellos.

Repasó la lista de pacientes que esa mañana llegarían para sus sesiones de electroquimioterapia, y se alegró de que la señora Cruz

estuviera entre ellos. Era su última sesión, tras la que volvería a casa y le harían las pruebas para comprobar si el cáncer había desaparecido por completo tres semanas más tarde.

Pero Olivia no se presentó a su sesión, lo que extrañó a Eva, así que, cuando estuvo todo controlado, se dirigió a la oficina para llamar a su paciente.

En el teléfono fijo no respondió nadie. Consiguió contactar llamando al móvil de su sobrina.

Mantuvo la compostura durante toda la conversación, animando a la joven y pidiendo que le informara de cualquier cambio, no a nivel profesional, sino personal.

Tras colgar, aún sentada en la silla giratoria de su pequeña mesa, sintió un nudo en la garganta, los sonidos procedentes del pasillo se amortiguaron, escuchó solo los fuertes latidos de su corazón, como si alguien le hubiera tapado los oídos. Percibió cómo la sangre no le llegaba a la cabeza y el color abandonaba su rostro. Si se levantaba, estaba segura de que caería al suelo. Se avecinaba otro ataque de ansiedad y no podía permitirlo.

Sacó a Olivia de sus pensamientos, puso la cabeza entre las piernas para evitar que su cuerpo decidiera hacer *reset* como la última vez, y se concentró en calmar su respiración, que se había vuelto agitada.

Se centró en inspirar, espirar, inspirar, espirar… Hasta que, poco a poco, sus constantes se normalizaron, y fue en ese momento, ya fuera de peligro, cuando se percató de que estaba llorando.

Pasó largo tiempo en esa posición, sin ser consciente de cuánto. A esas horas todos sus compañeros se encontraban ocupados y estaba sola en aquella triste oficina, sintiéndose pequeña, sintiéndose impotente.

Mikka, como doctor de Olivia Cruz, había recibido aviso del hospital de Long Beach de que su paciente se encontraba ingresada allí. No había podido ser trasladada al UCLA, ya que por su estado había requerido atención urgente. Pero no había sido suficiente y

yacía asistida hasta que la familia procediera a firmar los documentos para su desconexión.

Otro paciente que perdían esa semana, el primero había sido el señor River por un infarto el lunes, y solo tres días después, Olivia por un ictus cerebral. Luchaban por salvarlos cada día, y no siempre tenían éxito. La mayor parte de las veces, como en los casos de esta semana, por causas ajenas al cáncer, otras por la propia enfermedad, pero eran humanos, no dioses, y tenían que asumir las pérdidas.

Buscó a Eva en la cafetería, en la sala de quimioterapia y en el vestuario de enfermeras sin éxito, y cuando miró en la oficina, casi pasó de largo. Le extrañó ver la luz encendida y por eso se adentró en la pequeña sala, pero convencido de que en la habitación no había nadie decidió seguir buscando. Cuando ya salía, un ligero ruido llamó su atención y volvió a entrar. Observó la estancia de nuevo, a simple vista parecía vacía, pero no lo estaba. Bajo una mesa, encogida, se encontraba Eva, con el rostro entre las piernas, emitiendo unos casi inaudibles sollozos. Aquella visión sobresaltó a Mikka, que se acercó preocupado. Eva parecía un ratoncito asustado. Se arrodilló junto a ella y le habló bajito:

—*Hiiri*[3], ¿qué te pasa? —Gateó acercándose más y le acarició con suavidad la cabeza—. Nada merece tus lágrimas, *suloinen tyttö*[4].

Eva levantó el rostro y observó los ojos de Mikka, casi irreales. No respondió a la única parte que había entendido de lo que él había dicho, se mantuvo en silencio y él lo respetó. Observó cómo se introducía con dificultad bajo el pequeño escritorio, junto a ella. Dada la imposibilidad de entrar por completo en el reducido espacio, tuvo que encogerse y dejar las piernas extendidas hacia fuera, apoyando la espalda en uno de los lados de la mesa. El escritorio no era lo suficientemente alto, lo que, además, requirió que Mikka mantuviera la cabeza inclinada. Una vez medio acomodado, se aseguró de tener la atención de Eva y volvió a preguntar:

—¿Por qué lloras, *hiiri*?

—La vida es a veces tan dura, Mikka… —dijo ella cuando tuvo fuerzas para hacerlo.

—Lo es, pero tú eres fuerte. ¿Qué ha pasado?

—La señora Cruz no ha venido hoy a su tratamiento. He llamado y…

—Lo sé. Te buscaba para contártelo. Como su doctor, me han llamado para informarme. —Las lágrimas volvieron a inundar los ojos de la chica—. Somos humanos, Eva.

—Pero… Es tan injusto… Oli… Oli estaba tan llena de vida, tenía tantas cosas que hacer aún…

—A todos nos llega la hora, *hiiri*. A todos. —Mikka comprendió la razón por la que Lucas había renunciado a ella. Eva era una persona empática, un punto fuerte para con sus pacientes, pero un arma de doble filo a la hora de superar las pérdidas—. Es por eso por lo que estás aquí, ¿verdad?

Eva asintió.

—Lo llevaba más o menos bien al principio, los éxitos me hacían superar los fracasos, hasta que no fueron suficiente. Creo que se unieron otros factores, empecé a pensar que mi vida no tenía sentido y cada vez que pasaba era más difícil reponerme. Me derrumbé. Ese es mi secreto. Ahí tienes mi error, ese que tan incasablemente buscaste al principio. Ya puedes despedirme por algo. Madrid me estaba matando y Lucas me dio otra oportunidad, pero acabo de darme cuenta de que da igual dónde esté o lo que haga. No puedo con ello. Lucas hizo bien en alejarme.

—Lucas no quería perderte, pero te aprecia y consideró que este sería un buen cambio. En un estudio de este tipo, al estar los pacientes seleccionados, las pérdidas son menores. Quiso darte un tiempo para recuperarte, para vaciar el vaso, que inevitablemente se volverá a llenar. No sé qué decirte. A todos nos duelen las pérdidas, pero aprendemos a sobrellevarlas, cada uno a nuestra manera.

—Quizás es mejor que lo deje ahora.

—No, Eva. Te he visto trabajar y los pacientes te necesitan. ¿No eres consciente del bien que les haces? —La chica negó con la cabeza—. Pues deberías observar, como he hecho yo estos meses. Cuando entras en una sala la llenas de energía. Das fuerzas no solo a los pacientes, sino también a nosotros, *hiiri*.

El nórdico miró su reloj, ya no tendría tiempo para comer antes de operar, pero no le importó. Alargó sus grandes manos y recogió con los pulgares las lágrimas de Eva.

—He de irme. Mi última operación empieza dentro de un momento y tengo que prepararme. Tómate tu tiempo, pero me gustaría tenerte en ella con tus bromas y tu alegría. Operar sin ti alrededor no será lo mismo. —Eva sonrió—. Luego vamos a ir juntos a despedirnos de Olivia. Partir debe ser una alegría, no una tristeza. Va a un lugar mejor porque morirá luchando como una guerrera, y tenemos que celebrarlo.

Dicho aquello, el doctor Mäkinen se levantó con dificultad. Una vez en pie, miró a aquel ratoncito escondido bajo la mesa y buscó en sus ojos la confirmación de que saldría de su escondite y acudiría al quirófano. Eva solo pudo asentir, sorprendida aún por las palabras de aquel que cuando llegó parecía odiarla.

La operación fue un éxito y, aunque no al nivel de siempre, Eva cumplió su promesa y le acompañó en ella. En quirófano se compenetraban a la perfección, se anticipaba a sus necesidades sabiendo en cada momento qué iba a pedir. La echaría de menos, y no solo a ella. Era consciente de que el trabajo en la Gran Manzana sería monótono y aburrido y que le costaría mucho bajar el ritmo. Estaba dispuesto a compensarlo con todas aquellas cosas que siempre había querido hacer y para las que no había tenido tiempo. Aprender yoga, apuntarse a un gimnasio, a clases de cocina… eran algunas de las ideas por las que tenía intención de comenzar.

[3] *Hiiri*: ratón, en finés.

[4] *Suloinen tyttö*: dulce niña mía, en finés.

Capítulo 16

Mikka terminó antes y, hambriento, pasó por una cafetería a comprar unos sándwiches. Cogió alguno para Eva, ya que imaginó que se habría saltado la comida como le había pasado a él.

Ella aún tuvo que hacer una ronda de rutina para asegurarse de que todos los pacientes evolucionaban estables, de forma que, cuando acabó, él ya estaba esperando.

Se dirigieron en el coche del doctor Mäkinen a Long Beach, otra ciudad del condado de Los Ángeles, situada más al sur, en un trayecto por el interior que duró apenas cuarenta minutos y en el que predominó el silencio. Eva comió sus sándwiches despacio saboreando cada bocado, mientras Mikka conducía tranquilo escuchando la radio que había puesto bajito para no resultar molesta. Ambos sabían qué iban a encontrar una vez allí, y era algo para lo que necesitaban prepararse.

No era la primera vez que Mikka acudía a ese hospital, y lo conocía a la perfección. Guio a Eva, con la mano apoyada en su cintura, y de forma eficiente, desde la recepción, por sus escaleras y pasillos, que a ella le parecieron como cualquier otro lugar, hasta, finalmente, llegar junto a Olivia y su familia. El doctor del centro habló unos minutos con Mikka, poniéndole al día de lo sucedido, de colega a colega, ya que luego tendría que incluirlo en su informe. Eva no se quedó a saber los detalles del ingreso, se dirigió hacia la familia, que ya esperaba el doloroso momento en que su tía dejaría de respirar.

Apoyó la mano sobre el hombro de la sobrina, que lloraba en silencio, haciéndole ver que no estaba sola.

Había pasado por eso varias veces a lo largo de su carrera, distintos pacientes, distintas familias sufriendo… Jamás se acostumbraría. Sabía lo que iba a pasar, Olivia permanecería inmóvil un tiempo indeterminado, el que su cuerpo tardara en agotarse. La familia esperaría en silencio a su alrededor, manteniendo el contacto

físico. Tomándole una mano, tocando su pierna o su pecho, una forma de comunicarle que no estaba sola, que estaba acompañada en su marcha. Algunas veces, la tensión provocaba que algún familiar rompiera el silencio con su llanto o sus palabras de agonía. Negación, ira. Las primeras fases de un duelo. Si eso pasaba, el resto de familiares acudirían a consolarle con palabras de apoyo y ánimo.

El momento siempre llegaba, al principio con la duda de los familiares, que se preguntaban si ya había ocurrido. El personal sanitario confirmaba la defunción, y la familia, que había soportado el sufrimiento en silencio por respeto al paciente, dejaba de aguantar y rompía a llorar.

Esa vez no fue distinta, la única diferencia fue que Eva, en esa ocasión, se rompió con ellos, lloró por Olivia, por sus sobrinos que quedaban solos, por su abuela y por ella misma. Mikka la abrazó en todo momento, envolviéndola con su cuerpo y susurrándole palabras en su lengua natal que jamás entendería. No fue profesional. Esa vez no pudo serlo. Estaba allí en calidad de amiga y no de enfermera.

Tras la dura despedida, Eva, avergonzada y en silencio, se dejó guiar de nuevo. Centró su mirada en el impoluto y desgastado suelo del centro médico, de color azulón apagado. Observó el avance de sus pies, primero uno, después otro, y repetir. Su cerebro estaba en modo automático. Cuando Mikka paró para esperar el ascensor, ellos pararon. Cuando avanzó para entrar, avanzaron. Su primer pensamiento fue que el suelo del elevador, un linóleo grisáceo, necesitaba un cambio. Luego observó la diferencia entre sus pequeños pies, embutidos en las bonitas sandalias que compró hacía algunas semanas, pensando en que Sol se moriría por ellas, y los del hombre que estaba a su lado. Los pies de Mikka eran anchos y grandes, lo normal para alguien de su tamaño, los zapatos informales, pero apostaría cualquier cosa a que, a pesar de ello, serían obscenamente caros. Nunca le había visto descalzo, pero estaba convencida de que tendría unos pies bonitos, de esos con las uñas cuidadas, huesudos, pero fuertes. Sabía que corría por la playa. Bueno, no recordaba que él se lo hubiera dicho, pero seguro que lo

hacía. Decidió que serían unos pies preciosos pese a su tamaño, ya que, en su conjunto, todo él lo era. A ella los suyos le gustaban, siempre había creído que sus delicados pies eran uno de los puntos fuertes de su cuerpo, algún hombre los había adorado hacía tiempo. Se dio cuenta también de que tenía que repasar su pedicura.

Permaneció en silencio y cabizbaja unos minutos más, y cuando por fin habló, le sorprendieron sus palabras.

—¿Cuánto costaron tus zapatos?

Mikka le devolvió la mirada asombrado, sin entender a qué venía esa pregunta, pero respondió:

—No sé. Los compré junto a varias cosas para Sarah. Ella los eligió, me los probé, me gustaron, y los incluyeron en la cuenta.

—Debió de ser una compra costosa.

Mikka asintió, recordando aquel día. El coste económico de la compra lo fue, con Sarah siempre lo era. Las mejores tiendas, las mejores marcas. Pero lo que en realidad le costó más fue soportar aquella jornada dedicada a comprar vestidos y trajes que no necesitaba, algunos de los cuales aún no le había visto puestos. Sarah era una niña rica, consumista y caprichosa, y en dos días estaría en su mundo. Sintió ganas de huir, pero su yo responsable le obligó a centrarse. Al día siguiente por la tarde su vuelo con destino Nueva York saldría, y él estaría dentro, dispuesto a comenzar un futuro seguro y tranquilo.

Se acomodaron en el vehículo, Mikka condujo esa vez por el interior, bordeando la costa. Ella podía ver el mar a través de la ventana del conductor. Conducía serio y concentrado, y se vislumbraba de perfil esa arruguita que se le dibujaba en la frente cuando estaba pensativo o enfadado. Eva sintió la necesidad de disculparse por su falta de profesionalidad.

—Lo siento —dijo cuando encontró el valor para hacerlo.

Desde el principio él había buscado en ella algo por lo que no era merecedora de ese puesto. Y con su comportamiento de ese día lo había demostrado. Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado o decepcionado, ya que en las últimas semanas Mikka

había comenzado a valorar su trabajo, y se lo había hecho saber. Era lógico que, tras lo de ese día, su comportamiento hubiera sido un desengaño. No era la profesional que parecía ser, tenía un fallo, una tara demasiado grande para obviarla.

—No tienes por qué disculparte, Eva. —Casi nunca usaba su nombre para dirigirse directamente a ella. Al principio la llamaba enfermera, luego la hablaba sin decir su nombre, y esa mañana la había llamado utilizando una palabra que no entendió.

—Aquí en Los Ángeles creí haber conseguido dejarlo atrás, pero hoy ha vuelto. Con más fuerza si cabe. Mañana te irás, pero te prometo terminar el trabajo aquí de la manera más digna posible. No voy a permitir que esto me afecte a ese nivel. Este periodo para la recopilación de los resultados…, sé que puedo afrontarlo —aseguró convencida.

—No lo dudo, *hiiri*. Lo que te ha pasado, lo que has sentido hoy, no es algo aislado. Muchos profesionales de nuestro sector lo sufren. Cuando nos enseñan a diagnosticar, a operar o a tratar a los pacientes, no nos enseñan a gestionar su pérdida. Es algo que aprendemos solos. Cada uno tiene un truco.

—¿Hay truco?

—Solo tienes que buscar el tuyo.

—Lucas y yo hemos hablado mucho de esto. Lo he comentado también con mis amigas y alguna compañera. Sé que hay distintas formas de afrontarlo, pero yo… No sé por qué yo no lo consigo.

Mikka tomó una pequeña carretera que parecía ascender y por un momento la costa dejó de verse, pero enseguida se abrió ante sus ojos la visión del océano Pacífico. Paró el vehículo, tomó algo de la guantera y salió del coche. Eva le siguió expectante.

Se apoyaron sobre el capó y se permitieron unos minutos para observar el horizonte. Eran tan pequeños, tan insignificantes…

—La pérdida de un paciente es algo con lo que tenemos que aprender a convivir. A lo largo de mi carrera he dejado mucha gente atrás. Nunca olvidas al primero, aprendes a asumirlo, pero siempre hay alguno cuyo recuerdo queda aquí para siempre —explicó señalando su corazón—. Puedo recordar en detalle cómo perdí a cada uno de ellos, qué personas había en la sala, el olor, la luz, los

colores… Todo. Cuando cierro los ojos regreso a ese momento de una forma vívida.

—Lucas me dijo que al principio sentía impotencia y frustración, pero que luego acabó por acostumbrarse y lo aceptó como parte de la vida. Unos van, otros vienen.

—Sí. Creo que cualquier cirujano se culpa de la pérdida de un paciente, sobre todo si se produce en tu mesa, o a consecuencia de la operación que has realizado. Siempre hay algo por lo que sentirse culpable. El «¿y si…?».

—Yo no me culpo. Creo que los enfermeros lo vemos de una forma distinta. A fin de cuentas estamos en segunda fila, ayudamos pero no somos los responsables. Yo, más que culpa, siento impotencia y, quizá, miedo.

—Puede ser. Imagino que depende de la situación concreta. —Se giró hacia ella, tomó sus manos y la obligó a perderse en sus ojos—. *Hiiri*, cuando me siento así, impotente, frustrado, miro hacia el horizonte. Hazlo. Dime qué ves. Dime qué sientes.

Eva no pudo dirigir la vista donde él le pedía, ya que sus extraños ojos azules mantuvieron agarrada su mirada. Fue él quien los desvió primero, rompiendo la unión que se había formado entre ellos.

Observó entonces el océano. Inmenso. Ancestral. De un azul intenso tan distinto a los ojos de aquel hombre.

—Me siento minúscula, ridícula, pequeña en un mundo gigante.

—¿Y crees que con toda esta inmensidad alrededor podemos luchar contra algo? —Ella negó con la cabeza, sin apartar la mirada del océano—. *Hiiri*, somos pequeños. Somos insignificantes en este mundo. No podemos cambiarlo, solo intentarlo. Asume tu impotencia. Acéptala.

En ese momento, con Mikka aún sujetándole las manos, mirando el océano Pacífico desde un acantilado, entendió lo que el hombre quería mostrarle.

—No somos dioses, somos humanos. Somos seres imperfectos con una capacidad reducida. Olivia ha podido vivir una vida, conocer a sus sobrinos, verlos crecer. Ha tenido suerte. Más suerte que su cuñada o su hermano. Pero ha llegado su momento. Ha escapado

por fin del sufrimiento, luchando hasta el final como una guerrera, y se ha ido a una vida mejor, más feliz.

El doctor Mäkinen, aquel hombre que pensó tenía complejo de dios, estaba reconociendo abiertamente que no lo era. Aquel que pensó se creía perfecto resultó ser humilde. ¡Cuánto se había equivocado con él!

—Esta es mi forma de soportarlo. Un baño de humildad observando algo inmenso y la firme creencia de que más allá hay algo bueno. Un *Valhalla*. Ese es mi secreto para seguir cada día adelante.

Los cirujanos, por regla general, eran prepotentes, endiosados en sus pedestales de oro, se creían superiores. Mikka no era así. ¿Estaría tan confundida con Sarah también?

Él la había elegido como pareja, a su modo de ver, a una rica mimada que se le antojaba tan similar a su propia familia que se sentía capaz de adelantarse a sus frases o actos. ¿Había sido también un error? ¿Tras esa fachada se escondía alguien tan sensible como él?

En ese momento Mikka le mostró una libreta encuadernada en piel de color negro, pequeña y manejable. Eva la tomó y siguiendo sus indicaciones la abrió. Escritas a mano, con una caligrafía cuidada, había frases que no pudo entender, ya que estaban en su lengua natal. Al inicio de cada página había un patrón que se repetía, una fecha y lo que parecía ser un nombre. En el reverso un poema, siempre el mismo. Conforme avanzó en las páginas los nombres fueron cambiando, pasaron de ser complejas denominaciones finlandesas llenas de consonantes y diéresis a nombres más reconocibles, latinos o ingleses. No había muchas hojas usadas y quedaban aún muchas por rellenar.

Mientras analizaba la libreta, él se mantuvo callado, y no habló hasta que ella levantó la mirada, interrogante.

—Es mi forma de despedirme. De asimilar su marcha. Hoy quiero decir adiós a Olivia, y me gustaría que me ayudaras a hacerlo, ya que la conociste mejor que yo. —Eva asintió—. Todos los nombres que ves en ella son pacientes que he ido dejando atrás a lo largo de

mi carrera. No están todos, obviamente. Solo los que, por una u otra razón, han marcado mi vida.

El doctor Mäkinen había resultado ser una persona sensible y muy espiritual. Eva le observó con respeto mientras anotaba el nombre y apellidos de Olivia y la fecha al inicio de una nueva hoja y esperó a que le indicara cómo ayudarle.

—Tras aceptar que soy humano y que no podemos luchar contra el ciclo de la vida, anoto las cosas buenas que creo que mi paciente disfrutó en su vida. Hay existencias cortas y otras más largas, pero creo que la duración no importa, lo importante es la calidad de lo vivido. —Eva estaba completamente de acuerdo con eso último. «No sabemos cuánto vamos a estar aquí, así que vamos a disfrutarlo»—. ¿Qué crees que debemos poner de Olivia?

De esa manera, juntos, anotaron lo que creían, en el poco tiempo que la conocieron, que habían sido los mejores momentos de la señora Cruz. Esa vez él escribió en inglés. Tras rellenar una pequeña lista, en el revés de la página, Mikka escribió el poema. Lo hizo en finlandés, pero mientras lo hacía lo tradujo para que Eva lo entendiera.

He aquí que veo a mi padre. He aquí que veo a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas. He aquí que veo el linaje de mi pueblo hasta sus principios. He aquí que me llaman, me piden que ocupe mi lugar entre ellos. Pero en los atrios del Valhalla, en el lugar donde viven los valientes para siempre.

Al terminar le explicó que aquello que había creído que era un poema en realidad se trataba de una oración fúnebre vikinga. Más tarde, ya de camino a Santa Mónica, le contaría que la oración era famosa por salir en el final de la película *El guerrero n.º 13,* en la despedida del rey.

El sol desaparecía por el horizonte, y casi podía imaginar el chisporroteo de sus llamas al apagarse en contacto con el agua. Era una vista mágica.

—Tenemos que marcharnos —mencionó él sin ganas—. Tengo que ir a cenar a casa del doctor Jenkins y ya llego tarde.

—El tiempo ha pasado muy rápido. Muchas gracias por todo, Mikka. Conocer tu forma de afrontarlo, tan en detalle, creo que me ha ayudado. Te debo una.

—Busca un lugar que te haga sentir pequeña en el mundo cuando te sientas mal. Y acepta que no podemos cambiar las cosas. Te ayudará a asumirlo. Ya lo verás.

—Lo haré, aunque desde mi ventana yo no tengo las preciosas vistas que tienes tú desde la tuya.

Eva entendió lo que unía a Mikka a su hogar en Malibú. No era su lujosa casa ni sus vecinos famosos, sino la cercanía a la inmensidad de la naturaleza. Le imaginó sentado en aquella terraza o en su cama, con unas vistas que le recordaban diariamente qué era.

—Sí, me debes una y sé cómo voy a cobrarla —anunció él de repente—. Acompáñame a cenar a casa de Peter. Le dije que iría con alguien. Había pensado hacer una encerrona a Jessica, pero con lo que ha pasado no la he visto. No puedo ir solo, se lo prometí. Además, necesito justificar mi retraso. —Retiró la vista de la carretera y miró a Eva con cara de niño bueno, de forma que ella solo pudo asentir—. Ya que estoy de suerte, te voy a pedir un favor más. —Eva puso los ojos en blanco. Eso era abuso—. Me gustaría que echaras un vistazo a mi casa. Solo tendrías que pasarte por allí alguna vez a la semana para asegurarte de que va todo bien el tiempo que estés en California. Puedes ir a tomar el sol, disfrutar de la playa, ver la tele o simplemente pensar. ¿Lo harás?

No estaba del todo convencida. «¿Es un favor para él o para mí?».

Obviamente, Eva le dijo que sí y tuvo que controlar sus ganas de hacer su baile de la victoria.

Capítulo 17

La cena en casa de los Jenkins fue más agradable de lo que Eva supuso cuando aceptó la propuesta de Mikka. Había imaginado al doctor Jenkins viviendo en una mansión con servidumbre, pero nada más lejos de la realidad. La pareja, con sus hijos ya independizados, vivía en una casa en una típica zona residencial americana en la que, una vez al mes, los vecinos se reunían en sus jardines para hacer una barbacoa. No era una casa enorme y no había sirvientes. Doris había cocinado un asado riquísimo, que comieron en un lujoso pero acogedor salón.

Trataban a Mikka con familiaridad y cariño, y no pareció sorprenderles que Eva fuera su acompañante.

—Le hablé a Eva de tu exquisito asado americano y no he podido dejar que volviera a su país sin probarlo —fue la forma en la que Mikka justificó su elección de acompañante.

En algún momento de la conversación, Peter se interesó por la razón que los había llevado a ambos hasta Long Beach esa tarde. Mikka respondió con sinceridad, pero en un tono profesional, evitando poner a Eva en un compromiso. Lo que no sirvió de mucho, pues en el rostro de la española se apreció con claridad su sufrimiento, y no pasó desapercibido para la observadora Doris.

—Peter antes también sufría cuando un paciente fallecía. Es normal, pequeña —aseguró con cariño, acompañando sus palabras con una caricia en la mano de Eva.

—Es cierto, niña, es algo duro para todos; no pienses, ni por un momento, que eres una excepción —declaró el doctor Jenkins con naturalidad, a la par que se introducía una buena porción de asado en la boca—. Con el paso del tiempo aprendes a superarlo, se convierte en algo que forma parte del trabajo y acabas por distanciarte —continuó diciendo después de tragar.

—Eva es una persona empática, Peter —observó Doris—. No puede distanciarse. Tú estás en tu oficina, en tus reuniones, entre

tus papeles, mientras que ella está atendiendo al enfermo y a sus familiares en primera línea.

—El Código Deontológico de Enfermería en España dice que debemos esforzarnos por prestar al paciente hasta el final de su vida los cuidados necesarios para aliviar su sufrimiento. También, que proporcionaremos a la familia la ayuda necesaria para que pueda afrontar la muerte cuando esta ya no pueda evitarse —recitó Eva casi de memoria—. Yo no sé hacer eso manteniendo las distancias.

A Eva mantener ese tema de conversación con el director del estudio y su mujer le habría parecido imposible si se lo hubieran dicho unos meses antes, pero una vez allí, tratando el asunto desde los distintos puntos de vista de cada uno…, a Eva le pareció cómodo.

En la despedida, Doris se emocionó ante la inminente marcha del nórdico, al que, según pudo comprobar Eva, quería como a un hijo. A ella los Jenkins le hicieron prometer que volvería a cenar en otra ocasión, antes de regresar a España, ya que tenía que probar otras delicias culinarias por las que Doris era famosa. Con una conversación menos íntima y más fluida, Mikka condujo hasta su portal.

Habían pasado apenas unos meses desde su encontronazo en aquel aseo, tiempo en el que se habían conocido y aprendido a respetarse. Eva le iba a echar mucho de menos y, en el fondo, se quedaba con las ganas de recordarle que todos tenemos dentro un Peter Pan que no debemos dejar marchar. Porque ahora que le comprendía mejor, estaba segura de que, a menos que Sarah fuera distinta a lo que parecía, él no sería feliz con ella. Incluso los Jenkins parecían opinar lo mismo.

La noche anterior se habían despedido con un abrazo. Eva sintió la necesidad de transmitirle su agradecimiento por todo lo que había hecho por ella esa tarde de ese modo. No sabía si los consejos de Mikka servirían para controlar su ansiedad la próxima vez que se produjera, pero lo intentaría. Acabaría por controlarlos de la misma forma que él hacía.

Ese día Mikka se marcharía y no se volverían a ver, al menos con tanta frecuencia. Quizá volvieran a coincidir en alguna ocasión, al final del estudio o en España, si él aceptaba las invitaciones de Lucas. Esa certeza embargó a Eva de una tristeza incomprensible, y el día, que había amanecido tan gris como su interior, no iba a ayudar nada. Así que, decidida a no sucumbir a ella, procuraría terminar pronto, llamar a sus amigas y quizá quedar con Tomás y Jon. Llevaban días tratando de que apareciera en alguna de sus clases de baile, y probablemente había llegado el momento de hacerlo. Sin operaciones, su trabajo se reduciría a los tratamientos de la mañana, y contaría con más tiempo libre. Desde el inicio había querido que llegara ese momento, pero teniendo a Mikka tan lejos, ya no le parecía tan divertido.

¿Qué había pasado en ese tiempo? ¿Cómo había llegado a colarse el *doctor Recto* en su alma? Aquello resultaba un problema. Había ido a California a arreglar lo que estaba roto, no a estropearlo más enamorándose de un hombre comprometido e inalcanzable.

La mañana de Mikka fue una locura, sin operaciones ya solo quedaba despedirse, poner al día sus papeles y recoger su despacho. Su vuelo salía a primera hora de la tarde y tenía que pasar por casa a dejar su coche en el garaje. Desde allí un taxi le llevaría al aeropuerto. Esa noche dormiría en su nuevo hogar junto a Sarah. Solo deseaba que esta no tuviera preparado ningún compromiso y le dejara descansar, aunque en el fondo sabía que no tendría tan buena suerte.

En el bolsillo llevaba la segunda llave de su casa de Malibú, en un principio había pensado dejársela a Eva en la recepción del hospital para que se la entregaran más tarde. De ese modo no tendría que despedirse de ella. Era un cobarde.

La noche anterior, cuando sintió su cálido abrazo, cada poro de su cuerpo deseó reconfortarla. Fantaseó con hacerla olvidar aquel desdichado día, ayudándola a vaciar su mente, amándola en su cama, para luego despertar con la luz de la mañana y divisar el mar desde el ventanal de su dormitorio. Sarah nunca había sabido

apreciar aquel momento, durmiendo con su antifaz de noche para evitar que los rayos de la mañana entorpecieran su descanso.

Eva sí lo haría. Pero la española no era el futuro que había elegido. Quizá hubieran disfrutado juntos cuando él aún era joven y rebelde, pero esa época había pasado y era tarde para eso. Él tenía otras prioridades que requerían sacrificios y pensar con la cabeza.

Antes de terminar el abrazo, Mikka había aspirado el aroma de su cuerpo, joven y lleno de vida, y se había prometido atesorarlo siempre.

Eva era una mujer especial y deseó que su aventura en Estados Unidos la ayudara a encontrar su camino.

La vio al final del pasillo. Se dirigía al vestuario de enfermeras, probablemente a cambiarse, ya que esa tarde la tenía libre. Una lucha entre su sentido de la responsabilidad y sus ganas de disfrutar la vida se desató en el interior de Mikka. La necesidad de comprobar si el olor que recordaba era real y la de verla por última vez fueron el acicate que descompensó la batalla y le hizo colarse en el vestuario tras ella.

La encontró sola, sacando un neceser y una toalla de su taquilla. Mikka carraspeó, se dijo que para llamar su atención, pero lo cierto es que fue porque tenía la boca seca. Estaba nervioso.

Eva inicialmente se asustó, pero, tras comprobar que se trataba de Mikka, se relajó.

—¿Siempre entra así en el vestuario de enfermeras, doctor? —bromeó ella—. Si no recuerdo mal, no es la primera vez que lo hace, ¿verdad?

—Solo tú consigues que rompa las reglas de este modo —respondió insinuante y recorrió la distancia que los separaba situándose muy cerca. Demasiado.

—¿Y qué le trae por aquí? —preguntó coqueta. Mikka fijó la mirada en su boca y ella fue consciente de la electricidad que unía sus cuerpos.

—Quería darte la llave de mi casa. Ya sabes… El favor que te pedí ayer —consiguió articular él.

—No creo que deba. ¿Cuándo me vaya qué hago?

—Sé que disfrutarás la casa. Tienes las tardes libres. Pásalas allí, usa mi coche. Hay muchos lugares en los que merece la pena perderse. —No retiró la mirada mientras hablaba, que siguió fija en la boca de la mujer—. Cuando te vayas, dásela a Jessica, ella se la entregará a mi hermana cuando venga en invierno.

Su intención era darle la maldita llave. No arrinconarla contra las taquillas bloqueando cualquier vía de escape. Aunque lo cierto fue que ella no intentó huir. Al contrario, descarada, lo desafió con la mirada. Aquello le volvió loco y le hizo perder el control. Mikka exigió su boca. Avasallándola. Imponiéndose a ella. Y Eva respondió… Se encaramó a él y le rodeó con sus bonitas piernas.

Llegados a ese punto, la capacidad de raciocinio de Mikka había desaparecido. Le arrancó la parte de arriba de su uniforme dejando al descubierto unos senos pequeños y firmes, embutidos en un sujetador de deporte, que extrajo sin miramientos. Sin obstáculos, se permitió disfrutar del calor de su cuerpo, saboreó no solo su boca, sino su piel. Y ella replicó enredando los dedos en su pelo y guiando los labios allí donde más los necesitaba. Mikka introdujo las manos por la parte trasera de su pantalón, abarcando su pequeño pero duro trasero, y la atrajo hacia él a la vez que empujó con las caderas, empotrándola contra la superficie metálica de las taquillas en un vano intento de calmar el fuego que sentía dentro. Todavía había varias capas de ropa que estorbaban. Eva le hubiera permitido apartarlas para tomarla allí mismo, estaba seguro. Ella era mil veces más valiente que él. Mikka se moría de ganas de perderse en su cálida estrechez y, pese a estar tan excitado, no supo cómo dejó que el sentido común se hiciera cargo del momento. El futuro que había elegido se impuso.

—No, no… —Mikka paró en seco. Intentó calmar una situación que se les había descontrolado. Apoyó la frente sobre la de Eva y enmarcó su rostro con las manos. Sin poder enfrentar su mirada, suspiró—. Yo…

Con una erección de elefante y la respiración agitada por la excitación, Mikka abandonó aquel vestuario sin mirar atrás.

Huyó asustado por la intensidad de unos sentimientos que le habían devastado.

«¿Qué mierda ha sido esto?», fue lo que pensó Eva cuando él la dejó en el suelo con cuidado y, con una mirada atormentada por la culpa, le puso la llave en la mano. Mikka se fue sin mediar palabra. Ni «adiós». Ni «lo siento». Nada. Solo el ruido de su agitada respiración y el repiqueteo de su acelerado corazón acompañaron a Eva en esa fría sala.

«Ha sido lo mejor», se engañó. Pero su cuerpo anheló correr tras él y exigirle que terminara lo que había empezado por segunda vez.

Capítulo 18

Cuando Mikka llegó al aeropuerto JFK de Nueva York, ya pasaba la medianoche. Estaba agotado y no conseguía quitarse la sensación de haber abandonado su vida en California. Nadie le esperaba. Al bajar del avión y comprobar su móvil, había recibido un mensaje de Sarah diciéndole que había habido complicaciones en su nuevo trabajo y que viajaba a Londres el fin de semana. Sarah, en su mensaje, le daba una serie de indicaciones para que el taxista le llevara a casa sin engaños y sin dar demasiada vuelta. En su nota también había incluido los códigos de acceso de las puertas y le recordaba que tendría que enseñar al guardia de seguridad algún documento que le identificara, ya que aún no le conocían.

Tardó casi dos horas en llegar a un ático vacío y frío en Tribeca. No encendió las luces, no miró por la ventana, simplemente se desnudó y se metió en aquella cama extraña que pronto compartiría con Sarah.

El primer fin de semana fue muy diferente a lo que había imaginado. Solo, se dedicó a explorar, a perderse por la gran urbe que era Nueva York como un turista más. Había estado allí muchas veces por trabajo o guiado por Sarah, que conocía sus calles como la palma de su mano, pero nunca había podido empaparse de la ciudad.

Aun estando solo, en Nueva York no te sientes solo, miles de personas con distintos destinos se cruzan en sus aceras a todas horas haciéndose compañía en su soledad.

Mikka pronto comenzó a apreciar las vistas desde el enorme ventanal del ático. Le gustaba viajar en metro hasta su trabajo cada día, leyendo un libro o algún artículo médico en el largo trayecto desde Tribeca hasta el Upper East Side. A veces se limitaba a

observar a los pasajeros de su vagón e imaginar cómo serían sus vidas.

Salía a correr por Central Park aprovechando la cercanía de la clínica al pulmón de la ciudad. No era como hacerlo por la playa, pero le mantenía en forma.

Volvía en el coche de Charles, el padre de Sarah, hablando de trabajo, durante un recorrido lleno de atascos, hasta la casa que este tenía en el Soho. Desde allí, Mikka regresaba a Tribeca dando un paseo de unas cuantas manzanas.

Aquella se convirtió en su rutina, agradecía tener unos horarios fijos, pero añoraba el carácter más abierto de los californianos y tener algo más que hacer; para qué engañarse, le faltaba un poco de acción.

En el trabajo todas las operaciones eran iguales, todos los pacientes le parecían idénticos, tipos ricos a los que el estrés y la mala alimentación habían pasado factura destrozando su sistema digestivo. Fístulas, hemorroides, colon irritable… Nada nuevo. Nada pionero.

De vez en cuando, recordaba con una sonrisa aquel mote que Eva le había puesto, el *doctor Recto*, y nada le parecía más acertado en aquel momento.

La monotonía no le disgustaba, no estaba mal, tomarse un descanso para hacer algo metódico que no requería ni mucha concentración ni mucha dedicación no era malo. Solo diferente.

Pero estaba decepcionado, había esperado que su relación con Sarah fuera de otra manera, que al pasar de nivel y vivir juntos hubieran establecido rutinas comunes o algo más de complicidad, pero no había sido así.

Sarah estaba dedicada en cuerpo y alma a su nuevo trabajo en Nueva York. Mikka no tenía claro en qué consistía en realidad, ya que ella era psicóloga en una gran empresa. Siempre había pensado que tendría un despacho por el que pasarían en su mayor parte empleados estresados, a los que ella ayudaría. Pero los viajes… Mikka no entendía que un psicólogo de empresa tuviera que viajar tanto. Cuando intentó preguntar, ella se enfadó creyendo que él menospreciaba su labor. Puede ser que, al interesarse Mikka por sus

frecuentes viajes, Sarah malinterpretara su pregunta. Puede ser que hubiera sonado a reproche por pasar tanto tiempo solo, pero la verdad era que a Mikka solo le había movido la curiosidad. Ante aquella reacción de Sarah, él no volvió a preguntar y siguió con su rutina.

En lo físico, su relación tampoco era demasiado afectiva. Mikka había creído que al vivir juntos el sexo sería más frecuente, pero ella se mostraba fría y distante, y cuando él intentaba un acercamiento le hacía sentir culpable por no dejarla descansar. Las relaciones se convirtieron en una cuota mínima que cumplir semanalmente. Y, poco a poco, cada vez fue más frecuente que su mente regresara a sus últimos minutos en el UCLA, a aquel vestuario de enfermeras, en el que casi se dejó llevar.

En cuanto a vida social, sí tenían mucha, demasiada para Mikka, que era un hombre casero y tranquilo. Prácticamente todo el tiempo que pasaban juntos, cuando no dormían, estaba lleno de cenas, fiestas, reuniones, exposiciones, obras de teatro, comidas con papá y con la gran cantidad de amigos del entorno de Sarah. Compromisos a los que Mikka ya no podía evitar asistir. Aunque tampoco lo intentaba, porque la única vez que sugirió que pasaran de uno de esos planes para hacer algo loco o divertido los dos juntos, Sarah se puso como una fiera echándole en cara que su intención siempre había sido aislarla de sus amigos.

¿Amigos? Bueno, en cuanto a eso, Mikka dudaba que hubiera algún amigo entre ninguno de ellos, ya que todos parecían moverse por el interés de conseguir algo, pero no lo sugirió. No estaba preparado para enfrentarse a su reacción.

Con California siguió manteniendo el contacto. Hablaba de forma frecuente con Peter y Lucas por el tema del proyecto, y con Jessica, aunque con ella también a un nivel más personal.

Por Jessica supo que Eva se encontraba bien, que estaba aprovechando las tardes y los fines de semana que tenían libres; como el trabajo era más tranquilo, le permitía disfrutar de la ciudad. También supo por el doctor Morris que habían salido con el barco un par de veces más, después de aquella primera en que él se había portado tan mal con Jessica.

A Eva no la llamó ni le envió ningún mensaje, pese a que ella sí le había enviado alguno interesándose por su vida en Nueva York. Sí le respondió, obviamente, pero de una forma educada y distante. No sabía si Eva estaba visitando su casa como le había pedido, suponía que sí; la imaginaba paseando por su playa, tomando el sol en su terraza y andando descalza en su hogar. Imaginarla así le hacía sonreír.

La vida con Sarah no era lo que había pensado, pero solo llevaba un mes allí, y ambos necesitaban tiempo para acostumbrarse. Ella se había intentado adaptar a sus horarios en California, y era consciente de que, inmerso en su trabajo, la había dejado tiempo sola, como él se sentía ahora en Nueva York. Habían pasado pocos días, y pronto comenzaría a conocer gente en la ciudad, de forma que los huecos que ella dejaba no le parecerían tan frecuentes. Pero eso no ocurriría si no se movía, así que decidió apuntarse a hacer yoga con un grupo al que vio practicar en Central Park. Allí conoció a Lewis, que era publicista y jugaba en un equipo de baloncesto los jueves por la tarde. Como necesitaban otro miembro y Mikka había practicado ese deporte en su época de estudiante, comenzó a jugar con ellos. Tras los partidos salían a cenar, y conoció a sus parejas y amigos, gente normal que vivía en otros barrios no tan exclusivos de Nueva York y con los que congenió mejor que con la élite. Poco a poco empezó a dolerle menos llegar a casa y encontrarla vacía.

Capítulo 19

Eva, después de varias semanas, aún esperaba verle entrar en la cafetería para pedir el moka que solía tomar a primera hora o andar por los pasillos con su paso urgente y seguro.

Cuando estaba en el vestuario, no podía evitar recordar su pelo despeinado, su respiración agitada o sus ojos atormentados por la culpa de aquella locura que estuvieron a punto de cometer. Y es que el doctor Mäkinen, pese al poco tiempo que se conocían, había dejado un gran vacío en su día a día.

Por Jessica sabía que le iba bien en su nuevo trabajo, que tenía mucho tiempo libre y lo estaba aprovechando. Se alegraba por él, aunque no era capaz de imaginarlo haciendo yoga en Central Park, subiendo a la estatua de la Libertad acompañado de miles de turistas o viajando en metro como un neoyorquino normal.

A pesar de echarle de menos, más de lo que habría imaginado, Eva también llenaba sus horas libres con miles de actividades que hasta el momento no había podido hacer por falta de tiempo.

Tras cinco meses trabajando en Los Ángeles, apenas lo conocía y necesitaba empaparse de ello, perderse y descubrirlo.

Comenzó a ir a casa de Mikka un par de tardes a la semana, aunque luego acabó haciéndolo casi a diario. Al principio se limitaba a bañarse en el mar para después secarse tomando el sol en la terraza; sin embargo, poco a poco fue cogiendo confianza y empezó a alargar su estancia tomando algo ligero, observando el atardecer. La casa era fantástica, pero eran las mágicas vistas las que la llevaban allí. Aunque el trabajo era mucho más tranquilo y la mayoría de los pacientes evolucionaban bien, sentarse en esa terraza, en silencio, recargaba su energía, depuraba su alma y hacía que se marchara en paz para afrontar un nuevo día. Era la casa de los mil atardeceres.

Algunas tardes investigaba curiosa aquel hogar, intentando conocer un poco más al finlandés. Había dejado fotos, cuadros,

libros e incluso un reloj apoyado en la mesilla de noche. Era como si el dueño de todo aquello fuera a regresar en cualquier momento.

Mikka le había dejado las llaves de su coche encima del mostrador de la cocina, junto a una nota en la que le ordenaba que lo moviera y lo usara para descubrir sus rincones preferidos. También había dejado un mapa, marcando algunos lugares, que Eva entendió que debían de ser sus recomendaciones.

La primera vez que lo cogió, no se atrevió a hacerlo sola y fue Jessica quien la acompañó. Visitaron uno de los lugares marcados, un acantilado muy similar al de la última tarde cuando regresaban de despedirse de Olivia, un lugar lleno de energía y paz, de esos que te incitan a pensar observando el ocaso. Ir allí con Jessica no le pareció correcto, ya que sintió como si hubiera violado la intimidad de Mikka. Él había dejado marcados unos puntos en un mapa; después de ver el primero, entendió que eran los lugares que él usaba para pensar y centrarse, para perderse, y se sintió mal al haber compartido algo tan íntimo con otra persona, aunque también fuera su amiga.

Jessica bromeó en el viaje de vuelta diciendo que, si había marcado esos puntos, Mikka le había dejado su coche claramente como picadero, y que estaba muy sorprendida por ello. Su amiga no entendía la profundidad de las intenciones del médico y Eva no se preocupó en aclarárselo.

Cuando tuvo más confianza, comenzó a buscar esos lugares tan cuidadosamente marcados, y, uno tras otro, fue conociendo más al hombre sensible y bueno que había bajo el recto doctor Mäkinen. Durante ese tiempo también descubrió otros lugares que pensó que le gustarían y los marcó, dibujando caras. Señaló sitios donde le recomendaba ir si era feliz o si estaba triste o si se sentía solo. Las dibujó también en los lugares marcados por él según fue descubriéndolos. Cada noche dejaba el mapa junto a las llaves sobre el mostrador de la cocina, sin saber si él volvería alguna vez. Pensó en que lo más probable era que regresara acompañado de su pareja, quizá mostrara algunos de esos sitios a Sarah, quizá los hubiera descubierto con ella, pero estaba segura de que necesitaría

lugares para estar solo y estaba dispuesta a dárselos, a cedérselos como había hecho él.

Además de salir con Jessica, también lo hacía con Jon y Tomás. Con ellos fue de excursión a Hollywood, callejeó por la ciudad de Los Ángeles, se fotografió con las estrellas en el paseo de la Fama y montó en un autobús turístico por Beverly Hills. Incluso durante su escapada pudieron ver a algún actor famoso. Envió las fotos a sus amigas y todas se prometieron volver juntas cuando los niños fueran un poco mayores.

Al Cumbia Hispana siguió yendo algún fin de semana de fiesta y un par de veces por semana a clases de baile con Jon. Eva había dejado de necesitar vivir la vida a toda velocidad, no tenía que hacer especial cada momento. Había entendido que la vida no solo era sexo desenfrenado con hombres desconocidos, fiestas, bailes o juergas. De su aventura californiana había aprendido a valorar la soledad, la posibilidad de disfrutar el silencio de un atardecer. Pronto esa aventura acabaría, no sabía si le serviría para afrontar sus problemas en España, sin embargo, estaba siendo una experiencia que recordaría siempre. Regresaría una Eva más madura y centrada.

Pensar en su vuelta a Madrid era duro, en aquel lugar se sentía como en casa, había congeniado con la gente, con sus costumbres y con la rutina. No quería regresar aún, pensar en la fecha en que se incorporaría a su antiguo puesto la aterraba. Lo único que le daba un mínimo de fuerza para emprender el regreso era volver a ver a sus amigas, a las que había echado mucho de menos, pero la vida de estas seguía evolucionando, no podía engañarse, y cuando regresara ya nada sería igual.

Sol y Eduardo se casarían antes de Navidad, porque a principios del próximo año iban a ser padres, y no de un bebé, sino de gemelos.

Al poco tiempo de la marcha de Mikka recibió la llamada desesperada de Sol. Esa misma tarde había ido a la primera ecografía para comprobar que todo iba bien, y todo era correcto, lo único malo era que tenían que asumir que venían dos bebés y no uno solo como habían esperado. Aún era pronto para saber mucho

más, pero su amiga estaba asustada porque no sabía cómo iba a hacer frente a aquello.

Eduardo, en cambio, había reaccionado mejor ante la sorprendente noticia, según le había contado Dani unos días después. Quería casarse con ella antes de la llegada de los pequeños y había puesto a trabajar a toda la plantilla en la construcción de su nueva casa para tenerlo todo listo en fecha.

Sol y Dani iban a ser vecinas. Hacía nada que Dani, Leo y Ángela se habían mudado a su nueva casa, muy cerca del colegio en el que habían admitido a la niña y al que iría ese mismo año. En octubre, Angie cumpliría tres años y sus padres le estaban organizando una fiesta a la que debía asistir toda la familia, los amigos y los primos.

A Eva le parecía mentira que ya hubieran pasado tres años desde el nacimiento de Ángela y dos desde el de Maya, que casi había nacido en el concierto de Pablo Alborán al que todas habían asistido gracias a Eduardo y su plan para reconquistar a Sol. Pronto habría dos niños más en el grupo. Cuatro sobrinos, nada más y nada menos.

«¡Qué barbaridad!».

Su experiencia en Estados Unidos, si bien no estaba segura de que le sirviera para hacer frente al dolor ante la pérdida de un paciente, estaba segura de que le había servido para poner en perspectiva su vida.

Bien.

No tenía pareja estable.

Vale.

No tenía hijos.

OK.

Pero tenía tres hermanas y tres cuñados, cuatro sobrinos y muchos amigos.

Tenía una verdadera familia.

Pero no quería envejecer sola, quería compartir con alguien el día a día. Así que se había propuesto buscar a esa persona, sin prisas, sin forzar la situación. Caminaría con paso firme y decidido, sin miedo a que dañaran su corazón, porque ese miedo era el que le había hecho perder mucha gente interesante en el camino.

Buscaría a alguien como Mikka. Quizá en otro momento, él podría haber sido esa persona.

Estaba segura de que, en alguna parte del mundo, su hombre miraba la misma luna soñando con que, por fin, el destino les permitiera un instante de felicidad.

Tercera parte



El proverbio se cumple

Capítulo 20

Mikka observaba la luna desde el ventanal de su ático cuando Sarah lo interrumpió con su llegada.

Había estado de viaje, otro de los muchos que realizaba últimamente. Pero ese regreso fue distinto. Llegó antes de que Mikka se acostara y lo hizo portando en su dedo anular un diamante del tamaño de una manzana.

A Mikka no le sorprendió, ya que hacía tiempo que compartían casa y poco más.

—He hablado con papá, y esto no tiene por qué cambiar nada. No tiene por qué afectar a tu trabajo —se apresuró a decir Sarah, antes incluso de explicar qué hacía ese anillo en su dedo. Mikka permaneció en silencio—. Poco a poco fue surgiendo y yo… Lo siento, pero lo nuestro hacía tiempo que no funcionaba, y no he podido dejar pasar esta oportunidad —se justificó ella.

El médico permaneció en silencio, lo que debió de poner aún más nerviosa a Sarah, que siguió dando explicaciones.

Que Sarah se hubiera liado con su jefe, el dueño de la empresa donde trabajaba como psicóloga, un tipo rico, bastante mayor que él, no le sorprendió ni le molestó. Al contrario, se sintió aliviado. Se mantuvo en silencio porque estaba sorprendido de sentirse así, no enfadado como pareció creer Sarah.

No le dolía el engaño, en el fondo lo había sabido desde el principio. Había estado viajando incluso en fin de semana desde que él llegó a Nueva York. ¿Qué psicólogo de empresa hace eso?

—¿No vas a reaccionar? ¿No vas a decir nada? —preguntó Sarah desesperada por terminar con aquello.

—La verdad es que no tengo mucho que decir, Sarah —observó él —. ¿Deseo que te vaya bien en tu nueva vida? ¿Te deseo lo mejor? —Ella pareció sorprenderse ante la tranquilidad con la que el hombre hablaba. Seguramente había esperado un ataque de celos, furia, incluso que le rogara otra oportunidad. Ninguno podía haber

predicho que Mikka reaccionaría de forma tan indiferente. En su eterno afán por ser el centro de atención, Sarah se sintió dolida, y lo demostró en el tono que usó a continuación:

—Puedes quedarte en el ático, pero me devolverás la mitad de lo que hemos invertido en su decoración.

—No quiero el ático, puedes realquilarlo. Puedes desmontarlo y venderlo por piezas. Quédate con mi parte invertida, Sarah. Eso no es un problema para mí. —La indiferencia con la que habló crispó a Sarah—. Mañana recogeré mis cosas, no quiero nada de lo que hay aquí.

—Si quieres gritarme o acusarme de haberte engañado, hazlo. No te guardes tus sentimientos.

Mikka sonrió. ¡Qué equivocada estaba! El único sentimiento que le desbordaba era el de libertad. Estaba feliz, pero no se lo aclaró.

—Mañana me iré para que puedas vivir la vida que has elegido —dijo simplemente.

—Pero… ¡tendrás que alojarte en algún sitio! No quiero echarte, Mikka. Encontrar un piso en Nueva York con estas características es muy difícil.

—Estaba aquí por ti, Sarah. Yo no necesito un ático en Tribeca. Y nada me ata a esta ciudad.

—Pero… ¿y el trabajo? Mi padre…

—Es un trabajo aburrido. Quiero hacer algo más que operar almorranas, aunque sea muy lucrativo hacerlo en el Upper East Side.

—Piénsalo bien, Mikka. No creo que mi padre te permita volver si te vas así.

—Vive tu vida. Sé feliz con el hombre que has elegido y déjame vivir la mía —dijo Mikka, con las manos apoyadas en los hombros de la chica y la mirada fija en su rostro.

Sarah se quedó boquiabierta, indudablemente Mikka no había reaccionado como esperaba, parecía aliviado por quitársela de encima. Endureció la mirada, alzó la barbilla y se fue de allí sin mirar atrás, con el orgullo herido. Pareciendo que el que se había comprometido con otra persona fuera él y no ella.

Cuando la puerta se cerró, Mikka sonrió aliviado, no contuvo su felicidad, tenía una nueva oportunidad e iba a aprovecharla.

Esa misma noche preparó una caja con las cosas que había usado, ya que el resto aún estaban embaladas, algo curioso que le hizo darse cuenta de que en el fondo sabía que solo estaba de paso.

Por la mañana se levantó temprano y lleno de energía. Las dejó en la recepción e indicó al personal de seguridad que enviaría a una empresa de mensajería a recogerlas. También entregó las llaves para que se las devolvieran a Sarah.

De camino a la oficina de mensajería llamó a su exsuegro para decirle que abandonaba. Le dejó creer que estaba muy afectado por lo sucedido y que necesitaba poner tierra de por medio, y cuando colgó se sintió hasta culpable.

Una vez contratado el servicio que devolvería sus cosas a su verdadero hogar, pasó por una tienda que le había llamado la atención desde el primer día en que pisó la ciudad y se compró la moto del escaparate. Salió de allí siendo propietario de una BMW R1200 GS Adventure ya matriculada y lista para empezar a rodar. Mientras se vestía para su aventura, en el concesionario prepararon su vehículo para que, ese mismo día, pudiera emprender su viaje de regreso.

De ese modo fue como, antes de terminar el día, Mikka disfrutaba de la conducción de aquella máquina, vestido de cuero, con apenas un par de mudas en las alforjas y decidido a cumplir un sueño. De Nueva York a Malibú por carretera, un viaje de costa a costa que le llevaría varios días completar.

En ese primer día no le dio tiempo a llegar a la interestatal 80 antes del anochecer y decidió parar a dormir en un hotel en el condado de Morris, Nueva Jersey. Excitado por el giro radical que había experimentado su vida sintió la necesidad de contarlo y, sin saber por qué, la persona a la que quiso llamar fue Eva, pero no sabía nada de ella y le pareció que, después de cómo se habían despedido, que él la llamara para contarle lo ocurrido solo serviría para complicar más las cosas. Aunque cada partícula de su ser le indicaba que corriera hacia ella, tenía que ser prudente y pensarlo

bien, así que se contuvo y centró sus ilusiones en planificar su ruta para las próximas semanas.

Temprano, salió con destino a Chicago, desde donde comenzaría su viaje siguiendo la histórica ruta 66. Había previsto llegar hasta Cleveland, pero la falta de costumbre provocó que le dolieran todos los músculos tras apenas unas horas de camino, así que no llegó a cruzar Pensilvania.

Creyó que la soledad de la carretera le permitiría analizar su situación y decidir cuál iba a ser su siguiente paso, pero lo cierto fue que el variopinto paisaje y la sensación de libertad se lo impidieron. Se limitó a conducir abstraído, empapándose de la inmensidad del paisaje.

Llegó a Chicago dos días después, se regaló un día de descanso y turismo en aquella ciudad tan similar a Nueva York, aunque más pequeña. Comió su famosa *pizza* y no supo si la prefería a la de otros lugares en los que había estado. Estaba realmente rica, pero quizá no tan espectacular como había imaginado.

El viaje le llevó unos trece días desde Chicago, casi cuatro mil kilómetros en los que cruzó los estados de Illinois, Misuri, Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México, Arizona y California, hasta llegar a casa. Disfrutó de los moteles, gasolineras y museos de la mítica ruta 66. Se enamoró de la grandeza de las montañas de Ozark y sus colores, y de la inmensidad del famoso Cañón del Colorado en el que disfrutó de un solitario atardecer. Casi murió por deshidratación al cruzar el estado de Texas, tan desértico. Y su última parada antes de llegar a casa fueron Las Vegas; al estar tan cerca de Los Ángeles había ido en alguna ocasión, pero nunca así, nunca agotado por un largo viaje, nunca montado a lomos de la que, después de tantos días, era su moto. Su aventura llegaba a su fin, y no había pensado qué hacer con su vida a su regreso. En la ciudad de las luces y el juego no lo decidió, se limitó a probar suerte en alguna de las mesas, tomó una copa y se dirigió a su habitación. Al día siguiente llegaría a casa, echaba de menos su hogar, su cama y sus vistas, la paz de su terraza y, para qué engañarse, un poco la comodidad de su lujoso coche.

Capítulo 21

El proyecto había finalizado y Eva podía contar los días que le quedaban para regresar con los dedos de las manos. La semana había sido intensa, liada no pudo ir a Malibú, porque había tenido que trabajar horas extra para ultimar el papeleo. Lucas llegaría el lunes, el martes comenzarían las reuniones para poner en común las conclusiones finales, primero por equipos de trabajo, luego por cargos y finalmente todos juntos. Su aventura concluiría con una fiesta de despedida tras la que regresaría a casa. Sus últimos días estaban planificados y ya tenía su billete con fecha de vuelta. Con todo, sentía que no estaba preparada para marcharse, tenía miedo de lo que iba a encontrar a su regreso, y en el fondo pensaba que aún le quedaban cosas por descubrir en aquel fantástico país.

Aunque todavía tenía tres días libres antes del lunes, y había decidido aprovecharlos en el mejor lugar. Al terminar su jornada no paró a comer, se compró unos sándwiches y tomó un taxi hasta la casa de los mil atardeceres.

Degustó su frugal almuerzo sentada en la orilla del mar, acompañada del sonido acompasado de las olas y los recuerdos que se llevaba de aquel sitio. Ya no hacía tanto calor como en los meses de verano, pero el sol brillaba y le apeteció darse un chapuzón. Tras sumergirse en las aguas de Malibú, con toda probabilidad la última vez que lo haría en su vida, se empapó de las sensaciones. El sabor salado del agua, el olor a mar, los sonidos de las aves, la temperatura, el viento… ¡Eran tantas las cosas que querría llevarse a casa!

Cuando consideró que todo había quedado fijado en su memoria, se dirigió a la terraza del doctor Mäkinen, otro de los lugares que añoraría. Se tumbó, cerró los ojos y se dispuso a disfrutar de la tranquilidad, del sonido de su respiración y del ruido de las olas, mientras los tímidos rayos de sol secaban su piel.

Cuando Mikka enfiló la carretera de Malibú, estaba agotado y necesitaba un baño. Le urgía quitarse la ropa de cuero, que había sido su uniforme durante las últimas dos semanas, porque la sentía adherida a su piel. Soñaba con una cerveza helada, una ducha relajante y un pantalón corto. No recordaba si había dejado bebidas en la nevera, esperaba que al menos hubiera algo fresco, aunque solo fuera agua. Pensó en que tendría que salir a comprar esa tarde, pero una vez en casa le daría pereza. Llevaba días sobreviviendo, parando cuando tenía hambre, comiendo lo que su olfato demandaba al entrar en las cafeterías de carretera o de los moteles en los que se había alojado. Probablemente lo haría un día más, pediría algo a domicilio y ya pondría sus cosas en orden al siguiente.

Cuando por fin llegó, tanteó en su bolsillo la llave del garaje y accionó el motor. Lentamente y en silencio el portón se elevó, dando paso a la visión del morro de su coche. Aparcó a su lado, en el lugar en el que a Eva le extrañó no ver una moto el día de la fiesta de su cumpleaños. Era sorprendente cómo aquella mujer había sabido ver en su interior mejor que él mismo. Desde aquel día, el sueño que acababa de cumplir había sido más recurrente, como si ella hubiera avivado una pequeña llama.

No sabía si ya habría regresado a España. Se había comunicado con Lucas por *mail*, pero no había confirmado su asistencia a las reuniones finales, y la verdad es que los últimos días había estado completamente desconectado.

Se quitó el casco, la cazadora y las botas, entró en su casa por la puerta del garaje, dejó las llaves en el recibidor y observó que el mapa que había dejado en el mostrador de la cocina tenía nuevas marcas. Parecía que Eva había estado haciendo turismo.

El ventanal de la terraza estaba abierto. Ella estaba allí, percibió su olor en el ambiente y un latigazo de excitación le atravesó. Quería verla. Necesitaba hacerlo. Sin embargo, se lo tomó con calma, porque tenía la boca seca.

Se lavó las manos, se limpió el rostro y los brazos, y se remojo el pelo. Abrió la nevera y una cerveza helada le esperaba solitaria en una de las baldas de cristal. También había un sándwich que imaginó sería de ella, pero tenía hambre. Había parado a tomar algo

antes de llegar a Los Ángeles, y hacía mucho tiempo de aquello. Cogió ambas cosas. Dio un largo trago de la cerveza que le supo a gloria y un buen mordisco al sándwich. Estaba nervioso por encontrarla, por verla y contarle todo. Por sentirse libre a su lado. No había pensado en lo que quería durante el viaje, pero al llegar y sentir su presencia, lo tuvo claro. Tenía que dejar de engañarse, de controlarse, tenía que dejarse llevar.

Cuando se sintió preparado, se dirigió a la terraza despacio, aunque con paso decidido, y con la cerveza aún en la mano.

Se permitió observarla, apoyado en el respaldo del sofá. Eva tenía los ojos cerrados y descansaba sobre una tumbona, dejando que los rayos de sol acariciaran su piel. Solo llevaba la parte de abajo de un minúsculo bikini, de forma que Mikka pudo disfrutar de una buena vista del pecho de la chica. Esos mismos pechos que había acariciado, lamido y excitado la última vez que la vio. Aquel recuerdo le calentó el cuerpo.

Se tomó un momento más, en silencio, para contemplarla y para calmarse, porque su primer impulso al verla casi desnuda fue el de saltar sobre ella como un depredador.

No sabía qué iba a hacer con su vida, no sabía si solicitaría su incorporación al UCLA ese mes o esperaría el año de excedencia que tenía concedido. De lo que sí estuvo seguro, en ese mismo instante, fue de que quería aprender de ella. Necesitaba que Eva le enseñara a vivir la vida, a disfrutarla como ella hacía.

Había sido un completo imbécil, forzando una relación con Sarah que estaba abocada al fracaso desde el minuto uno. En ese momento, con kilómetros de por medio, comprendió lo que todos habían tratado de decirle y, sin embargo, él, ciego, buscando un futuro estable, no había querido ver. Sarah y él no tenían nada en común. Apuró la cerveza y agradeció al destino la vía de escape que le había dado.

Aunque no hizo ningún ruido, de algún modo Eva percibió su presencia y se levantó de un brusco salto mientras se cubría

avergonzada con la toalla. Agitada y nerviosa comenzó a vestirse y recoger sus cosas.

—Doctor Mäkinen, no sabía que vendrían. Yo solo estaba tomando el sol, pero ya me voy —anunció apurada—. No se preocupe por mí, saldré por la parte trasera y Sarah no sabrá que he estado aquí.

Mikka la observó divertido, sin decir nada, franqueando el ventanal y disfrutando de su apuro, hasta que se apiadó de ella y reaccionó.

Eva, por su parte, con las prisas, no tuvo tiempo de analizar la situación, pero cuando él, sin mediar palabra y con una sonrisa en la cara, acortó la distancia que los separaba, ella paró en seco y se permitió hacerlo. Había perdido color, ya no lucía el moreno californiano, y llevaba el pelo un poco más corto. No se había afeitado en varios días y una espesa barba rubia cubría su mentón. Vestía una camiseta blanca ajustada, que dejaba claro que estaba más en forma, si cabe, y un pantalón de cuero que marcaba sus potentes piernas. Eso fue lo que llamó su atención, era un pantalón de motero y le extrañaba que Sarah hubiera viajado de paquete. Tras su análisis le miró interrogante.

—Vengo solo —aclaró sin retirar la mirada—. No tienes que huir por la puerta de atrás.

—Yo…, está bien, pero estarás cansado —supuso ella—. Recojo y te dejo descansar. Ya nos veremos.

—No te vayas. Me alegra haberte encontrado aquí. Deja que me dé una ducha, me ponga cómodo y te cuente mi viaje. Sé que te va a encantar mi historia.

Eva solo asintió, le veía distinto y le pudo la curiosidad.

El finlandés se duchó y se cambió tan rápido que a Eva solo le dio tiempo a recoger un poco sus cosas y ponerse algo de ropa sobre su bikini. No sabía cuánto tiempo había estado él observando desde el marco de la puerta antes de que ella se percatara de su presencia, pero por su ardiente mirada suponía que había sido bastante. Eso la hizo ruborizarse.

La última vez que se vieron casi se dejaron llevar. En ese momento estaba sola con él en esa casa que tanto le gustaba, con esa cama y

esas vistas que tenía desde su habitación. La Eva atrevida sabía lo que tenía que hacer, pero no era correcto. Se prometió ser fuerte y no dejar que pasara nada entre ellos. Era un hombre comprometido y ella en pocos días viajaría a España. Pero era una tentación tan grande…

Aún se debatía entre permitir salir a la Eva atrevida o encerrarla y dejar que se encargara de la situación la Eva centrada, cuando Mikka apareció en la terraza. La Eva atrevida dio una patada en el culo a la Eva centrada y le miró insinuante. Aquel hombre era tan… tan…

—Si me sigues mirando así, no respondo de mis actos, Eva. Aún siento la sangre hervir por la visión de hace un rato —avisó él en respuesta a su mirada.

Ella permaneció callada, se moría por decirle que dejara salir al depredador, pero no podía olvidar que Mikka pertenecía a otra, y aunque esta fuera odiosa, ella no podía hacerle eso. No sabiendo de su existencia.

—Creo que es mejor que me vaya —reconoció la chica—. La última vez que nos vimos ha venido a mí con tanta intensidad que creo que es mejor para ambos no estar cerca, Mikka. Es obvio que entre nosotros hay química, y yo no quiero interferir en nada.

—No hay nada en lo que interferir —dijo él como si nada—. Sarah y yo hemos terminado, estoy aquí por eso.

Eva se quedó boquiabierta. ¿Así que era eso lo que le hacía parecer un hombre distinto? Era libre.

Como no habló, él se acercó a ella y le acarició el rostro.

—Eva, no es solo que sea libre —dijo como si hubiera leído sus pensamientos—, es que me siento así. Necesito que me enseñes a vivir, a disfrutar la vida como tú haces —susurró él—. Ayúdame, por favor —suplicó.

Sus palabras, unidas a la intensidad de su mirada, fueron la excusa perfecta para que Eva se dejara llevar. Se lanzó a sus brazos literalmente y le besó, le besó con ansia de más, y el hombre respondió.

Entre besos y palabras indescifrables, la llevó a su habitación y la tendió suavemente en aquellas sábanas blancas que aún olían a él.

Le pareció un sueño tener a su *hiiri* allí sobre su cama, la misma en la que quiso tomarla hacía unos meses, sin importarle la cantidad de gente que se divertía en la planta inferior. En ese momento estaba allí para él, solo para él.

Besó cada parte de su cuerpo y saboreó la sal en su piel mientras las capas de ropa fueron desapareciendo. Sintió el calor de sus caricias, palpando la tensión de sus músculos a su paso.

Le susurró palabras en finlandés, mientras adoraba su cuerpo, y a ella se le escapó algún juramento en castellano, que por la entonación no debió de ser muy fino.

Aquel hombre era un dios, no entendía cómo ella iba a enseñarle a vivir, pero se prometió conseguir que no la olvidara y echó toda la carne en el asador. Como pudo, paró aquello dispuesta a jugar un rato, la Eva pícara entró en escena y gateó por la cama hasta sus pies, dejándole intrigado.

Mikka se apoyó en el cabecero, parcialmente sentado, dejando visible la prueba de lo excitado que estaba, alzada y orgullosa. Eva le sonrió traviesa y en respuesta la erección cabeceó. La gata sacó las uñas y las pasó por sus pies, sus piernas, subiendo de forma sugerente hacía su torso. Cuando llegó allí, solo unos milímetros separaban sus labios, y su sexo rozaba su glande húmedo y preparado. Ante esa cercana tentación Mikka no pudo contenerse y la volteó con fuerza, posicionándose con ventaja. Había cazado a su presa y para demostrarlo la mordió suavemente en el hombro mientras embestía en su interior.

Ambos explosionaron al alcanzar aquello que tanto habían deseado. Unidos al fin. Y tras un segundo que a ella se le hizo eterno, Mikka comenzó a moverse. No fue suave ni paciente. El vikingo de su interior hizo acto de presencia haciéndole perder el control, embistió con fuerza hasta llegar a donde nunca nadie había llegado, una y otra vez. El sexo entre ellos fue intenso y duro,

rápido, hasta que ambos alcanzaron el orgasmo. Primero él, y casi de inmediato ella, quedando saciados y exhaustos.

—Quédate a mi lado, *hiiri* —rogó Mikka cuando por fin se normalizó su respiración.

Eva no respondió, aquello había sido… Con los sentimientos a flor de piel quiso huir, sabía que su corazón estaba en juego, pero la vida era corta y momentos como aquel había pocos. Recordó las palabras de Oli, de su abuela, y se quedó. Durmió entre sus brazos hasta que por la mañana la tenue luz del amanecer la despertó colándose por el ventanal.

No se movió, arropada por el cuerpo del doctor, que aún dormía. Desde su posición, observó el mar iluminarse poco a poco a través del gran ventanal y deseó poder detener el tiempo.

Capítulo 22

Tras el mejor sexo que había tenido en meses, Mikka la envolvió con su cuerpo y se mantuvo así toda la noche como si creyera que ella en cualquier momento pudiera huir. Eva se le antojaba una mujer esquiva cuando afloraban los sentimientos, y esa noche había habido una buena suma de ellos en cada contacto. Probablemente si Eva hubiera tenido oportunidad, se habría escabullido.

La noche anterior Eva había sido pícara, divertida y despreocupada, casi irreverente, como si de ese modo restara seriedad a lo que estaban viviendo. Para él no había sido una gran noche de sexo. Bueno, sí lo había sido, con ella no podía ser de otra forma, pero Mikka no solo sentía eso. Él había puesto sus deseos, sus esperanzas y sus anhelos en cada una de las caricias y en cada uno de sus besos.

Aquella mujer había entrado en su vida como un huracán desde aquella tarde en aquel aseo, y si no hubiera sido por Sarah y su reciente compromiso, la habría dejado marchar.

El destino había dado un giro a los acontecimientos, había tenido que abrirle una sola puerta, la correcta, para que Mikka parara de hacer el tonto, y no podía desaprovecharlo. Tenía claro que para mantener a Eva a su lado debía ser cuidadoso. No podía asustarla.

Mikka percibió un ligero cambio en la respiración de Eva. Estaba despierta.

—¿Tienes que ir a trabajar? —preguntó.

Eva se removió perezosa entre sus brazos, valorando su respuesta.

—Tengo tres días libres y pensaba disfrutarlos. —Le quedaba una semana en aquel país, siete días en los que se había propuesto olvidar sus miedos, decidida a vivir el momento con Mikka, a sabiendas de que su corazón quedaría dañado tras ello—. ¿Tienes algún plan?

—¿Qué te parece si me permites pasarlos contigo? —preguntó mirándola—. Estoy tan oxidado que necesito unas clases de «vivir el

momento».

Eva no respondió, pero lo vivieron —¡vaya que sí!— durante casi una hora más sin salir de la cama.

A Eva, pese a su intención de dejarse llevar, le preocupaba que la ruptura con Sarah fuera algo provisional y que Mikka estuviera desquitándose con ella, pero cada vez que había intentado sacar el tema, él se las había ingeniado para hacerle perder el hilo. Si iban a pasar unos días juntos, necesitaba aclararlo y salir de dudas, así que mientras tomaban un desayuno tardío en una cafetería de Malibú, insistió:

—¿Qué fue mal en Nueva York? —se interesó como si tal cosa.

Mikka dejó de masticar y se tomó su tiempo antes de responder.

—La verdad… La verdad es que la lista es larga, aunque no pasó nada que no se viera venir, imagino. —Eva permaneció en silencio, alentándole a continuar—. El trabajo resultó ser aburrido, predecible y monótono… La parte buena es que tenía tiempo libre y unos horarios fijos, aunque creo que no me agradó tanto como esperaba, pero me permitió hacer cosas para las que nunca había tenido tiempo. Lo cierto es que en aquella ciudad me sentí solo. Cada uno va a su aire, y Sarah no era distinta. Con sus amigos no congeniaba, nunca lo hice, y ella no intentó conocer a las personas con las que comencé a relacionarme, gente normal de una clase inferior a la suya. En eso ella es… ¿Cómo explicarlo?…

—¿Elitista? —sugirió Eva.

—Sí, en efecto —asintió él. Continuó hablando a la vez que untaba su segunda tostada con abundante mermelada—: Me sentí atrapado, pero no tenía intención de cambiar nada. Resignado, seguramente, a que las cosas fueran así. Soy demasiado mayor para empezar de nuevo.

—¡Oh, sí! ¡Menudo abuelo! —bromeó ella—. Entiendo, pero si no tenías intención de cambiar nada, ¿cómo saliste de aquello?

—Hace un par de semanas, Sarah llegó de uno de sus viajes de trabajo con un anillo de compromiso. Se ha liado con su jefe y la cosa parece ir bien. —Eva, sorprendida, abrió la boca con intención

de replicar, pero él le pidió silencio con un movimiento de su mano —. Cuando me lo dijo me sentí libre, Eva. Me sentí feliz. Estaba decidido a vivir un futuro gris, resignado a ello, y eso lo cambiaba todo. Necesitaba una patada en el culo y ella me la dio.

A Eva no le gustó nada ser el segundo plato y aquello se apreció en su expresión contrariada.

—Eva, dejé aquella vida de mentira y me di cuenta de todas las cosas que quería hacer y que estaba dejando pasar. Y apareciste tú, como una vocecilla en mi interior obligándome a espabilar. Recordé lo sorprendida que pareciste por no ver una moto en mi garaje, y tenías razón. La compré, y crucé el país de costa a costa. Quise llamarte para contarte lo que iba a hacer, pero me obligué a contenerme. No sabía si aún estarías aquí o habrías regresado a España y deseaba volver a verte. Me imaginé viajando a Madrid, aunque no sabía qué iba a hacer, pero te encontré casi desnuda en mi terraza. —Guiñó un ojo y sonrió—. Eso no puede ser casualidad, ¿no? Tú has sabido ver en mí más que yo mismo. Necesito que me ayudes a sacar todo lo que está enterrado bajo mil capas de polvo en mi interior.

—Me voy la próxima semana… —se excusó la chica.

—No te pido más que unos días, un tiempo que podamos disfrutar juntos. Entre nosotros hay algo, sé que tú también lo sientes. Pasa el resto de tu aventura conmigo, ya veremos qué sucede mañana. Disfrutemos del ahora. —Eva sabía que aquello era peligroso, con él sus sentimientos afloraban, y era muy consciente de lo duro que sería dejarle atrás, pero era tan tentador…—. Sé mi maestra —rogó él tomando su mano, y ella cedió.

—Por tu forma de hablar, más bien arqueóloga, creo.

Aquel día no hicieron nada especial. Por la mañana recogieron algunas cosas del piso de Eva para no tener que estar yendo y viniendo, y luego ella le acompañó a hacer la compra para llenar la nevera y la despensa. Después de una comida frugal, perezosos, descansaron viendo una película entrelazados en el sofá. Charlaron sobre los lugares que él dejó marcados en el viejo mapa, y que ella

había ido visitando y señalando, anotando qué le habían hecho sentir. Había por lo menos cincuenta atardeceres en ese mapa, muchos vistos y otros tantos pendientes. Pero había uno que Mikka quiso mostrarle primero, que Eva aún no había visitado y que, según él, tenía una de las mejores puestas de sol de Malibú. Así que a última hora de la tarde, pese a un viento muy molesto que les obligó a cerrar los ventanales, ambos se dirigieron a la playa de Point Mugu. Una vez allí, se sentaron a una de las mesas de pícnic que había libres, resguardándose del fuerte viento. Había refrescado, así que se abrazaron, abrigados, compartiendo su calor al tiempo que observaban a los surfistas aprovechar los últimos rayos de sol.

Rodeada por los fuertes brazos del nórdico que le estaba robando el corazón, Eva cerró los ojos, deseando fijar en su memoria esa sensación de protección, que hacía años que no sentía.

—¿Has tenido tiempo de practicar surf? —consultó Mikka.

—La verdad es que no me he atrevido nunca, creo que seré muy torpe sobre la tabla.

—Hay tablas de distintos tamaños y niveles. No puedes irte de California sin haber intentado surfear un poco. ¿Te apetece que lo hagamos mañana? Puedo enseñarte los conceptos básicos.

—El doctor Mäkinen, ¿*surfero*? Sé de muchas que se morirían por verlo.

—Me basta contigo —dijo, y la apretó con cariño. Eva se acomodó mejor, derretida por el calor del finlandés que inicialmente le había parecido un iceberg—. Mañana habrá que madrugar, pero ya verás cómo merece la pena.

No consiguieron salir de la cama a la hora prevista y se perdieron el mejor momento para hacer surf, según Mikka. Alquilaron una tabla de iniciación y un neopreno para Eva, y él pulió la suya, que llevaba tiempo sin usar. En su primera incursión en el mundo del surf, Eva no logró mantenerse ni dos segundos de pie sobre la tabla, pero se rieron, bromearon y disfrutaron como niños.

El sol no acompañó el día, negándose a salir, así que, después de comer algo ligero, regresaron a casa.

—Te voy a mostrar uno de los placeres de la vida que no puedes perderte —dijo Eva nada más cruzaron la puerta de la casa del médico—. Pero tienes que ser muy aplicado —avisó llamando su atención.

—Dame tu primera lección, maestra.

—Para disfrutar de la vida necesitas conocer y practicar «la siesta». —Mikka sonrió, habían madrugado mucho y las dos últimas noches no habían dormido demasiado, así que le pareció fácil poder hacerlo—. «La siesta» es el deporte español por excelencia. Todos lo practicamos en algún momento y si tienes posibilidad de hacerlo calentito metido en la cama, es mucho mejor. ¿Te animas?

El hombre asintió, sobre todo cuando vio cómo ella bostezaba agotada. Eva no se había mantenido de pie sobre la tabla, pero había subido a ella mil veces, incansable para conseguirlo. Si tuviera la oportunidad de practicar un par de veces más, acabaría por cogerle el truco.

Aún no sabía cómo iba a retenerla, pero la siguió sumiso a la cama y se acostó con ella, dispuesto a disfrutar de una siesta y lo que viniera después.

A Mikka el plan de Eva para el sábado por la noche no le apetecía mucho, pero cedió, ya que ella debía despedirse de sus amigos del Cumbia Hispana, y pese a no ser demasiado buen bailarín, intentó seguirle el ritmo. Mikka era grande, Mikka bailaría salsa como un profesional.

Eva, en los pocos meses que había estado en Santa Mónica, había hecho muy buenos amigos, gente que dejaría atrás y a los que echaría de menos. Tanto Tomás como Jon le habían abierto las puertas de su casa, sus vidas y su mundo, y, sin buscarlo, había encontrado en ellos un apoyo.

Tras las clases de baile, a las que comenzó a asistir cuando su trabajo se relajó, le siguieron cenas y conversaciones cómplices, como si de su propio grupo de amigas se tratara. Les habló tanto de

ellas, y a las chicas de ellos, que casi se podría decir que habían ampliado la familia.

Más tarde llegó Jessica, y si le sorprendió verlos juntos, no lo demostró. Lo que sí hizo fue aprovechar para felicitar a Mikka por dejar a Sarah atrás y por volver a ser el mismo de siempre. Brindaron por los palos para hacer astillas, y Mikka no lo entendió, pero entre risas los acompañó en el brindis.

Terminaron a altas horas de la madrugada porque Eva no encontraba el momento de acabar la fiesta. Siempre había una canción más que debía bailar, un abrazo más que dar, una copa más que tomar. Finalmente, con la música aún retumbando en sus oídos, llegaron a casa y, como una pareja común, se pusieron los pijamas, se lavaron los dientes y se acurrucaron juntos en la gran cama de la casa de los mil atardeceres, demasiado agotados para nada más.

La mañana del domingo, Eva se despertó tarde y sola. La casa estaba en silencio y le pareció extraño. Al bajar, en el mostrador de la cocina había un zumo de naranja natural ya preparado junto a una nota que decía: «Salgo a correr».

Aquel hombre y el tiempo que estaban pasando juntos… era demasiado bueno para ser verdad. Eva frunció el ceño, no quería irse. Si se lo pidiera, se quedaría con él, aunque tuviera que vivir de mendigar.

«¿Qué está haciendo Mikka conmigo?».

Apuraba el vaso del dulce zumo, cuando este apareció a contraluz, atravesando el ventanal de la terraza con su pantalón corto y su torso descubierto, musculoso y brillante por el sudor. Eva casi se atragantó. Aquella visión era demasiado para soportarla sin un café. El doctor no solo era guapo, atlético y bien proporcionado, ahora sabía que era dulce, atento, cariñoso y divertido. Atrás había quedado el hombre tosco, serio y siempre enfadado que conoció en un principio.

Era justo la persona con la que ella querría pasar el resto de su vida, pero también era algo ocasional. Pertenecían a dos mundos muy diferentes que la casualidad había unido por un tiempo.

No pudo reprimirse y le acompañó a la ducha, donde él demostró que no solo estaba fornido en apariencia, sino que era bien capaz de aguantar su peso, incluso cuando se le aflojaron las piernas.

Volvieron a no hacer nada especial aquel domingo, Mikka le mostró las imágenes de su viaje por la ruta 66, hablando del Cañón del Colorado como un lugar al que volverían juntos, o los coches en los que se inspiró la película *Cars*, como una foto que debían hacerse. Mikka explicó a Eva, con entusiasmo, lo que sintió al ver el cambio de paisaje de las zonas llanas y verdes de los estados de Illinois y Misuri a los más áridos a partir de Kansas. Quería repetirlo con ella, esa vez en coche, enseñarle las míticas gasolineras o restaurantes, los museos, hasta hartarse de las cosas típicas americanas. Habló tan emocionado que, por un momento, se dejaron llevar por la posibilidad de revivirlo juntos.

Después de unas horas pasando la tarde en el sofá delante de la tele, Mikka propuso ir al parque del muelle de Santa Mónica. Como dos chiquillos, se montaron en las atracciones, chillaron por la velocidad y regresaron paseando y comiendo palomitas. No hacía mucho, solo unos meses atrás, habían caminado por ese mismo muelle, luchando contra la atracción que nacía entre ellos, intentando mantener una distancia correcta que no diera lugar a malentendidos. Esa vez andaban de la mano, les costaba separarse y se negaban a perder el contacto físico.

Aquella noche, Eva durmió sola en su apartamento. Con la excusa de que al día siguiente tenía que trabajar decidió poner un poco de soledad en su vida, pero lo cierto era que necesitaba asimilar la intensidad de sus sentimientos. Lo necesitaba, porque después de aquellos tres días su mundo se tambaleaba.

Mikka cedió, pero la añoró sintiendo el gran vacío que había dejado en su cama.

Y en cinco días ella debía regresar.

Capítulo 23

Cuando Eva salió el lunes del trabajo, Mikka la esperaba en la puerta para llevarla a comer. Había pasado la mañana flotando en una nube, deseando que llegara el momento de volver a verle, y cuando lo vio ahí parado en la entrada, no pudo evitar iluminar su rostro con una enorme sonrisa.

El doctor Mäkinen quería mantenerse alejado del centro todo lo posible, porque no quería dar explicaciones de su regreso ni adelantar el momento de tomar decisiones, pero aun así había ido a recogerla.

—Bueno, cuéntame qué tienes previsto cuando regreses —se interesó Mikka durante la comida.

—Seguramente, lo primero que haré será ver a mis sobrinas, que han crecido muchísimo, y a las que llevo montones de regalos —respondió Eva ilusionada.

—¿Tienes hermanos?

Eva lo pensó bien antes de responder.

—Llamo sobrinas a las hijas de mis amigas —explicó—. Hemos pasado tantas cosas juntas que son más hermanas que mis verdaderos hermanos, pero respondiendo a tu pregunta… Sí, tengo dos, aunque no mantenemos relación.

—Yo solo tengo a Pilha —dijo él al notar la incomodidad de Eva al hablar de su familia.

—¿Os lleváis bien?

—Sí, la verdad. Hablamos mucho e intentamos vernos varias veces al año.

—¿Tiene hijos?

—Nooo —respondió él sonriendo—. Pilha es algo más joven que yo, y muy aventurera. Os llevaríais bien —aclaró mirándola—. Viaja mucho y no creo que los niños entren en sus planes a largo plazo.

—¿Y tú? ¿Entran en los tuyos?

—Sabes que sí. Era una de las razones por las que estaba con ella. Sarah será una buena madre.

Eva lo dudaba, habiendo vivido en una familia en la que la apariencia era más importante que la felicidad, y lo demostró en su expresión.

—Por tu cara no pareces muy convencida.

—Eso nunca puede saberse —intentó explicar Eva.

—Sarah no es solo lo que parece a simple vista —defendió Mikka.

—Mira, no quiero discutir sobre tu ex. Está claro que si habéis estado tanto tiempo juntos, e incluso pensabas en ella como la madre de tus hijos, algo bueno deberías haberle visto, aunque yo discrepe.

—Parece superficial, pero…

A Eva le tocó la moral y no pudo contenerse.

—Te voy a decir lo que pienso: no creo que lo parezca —dijo alterada—. Es superficial, una mujer que para mantener las apariencias aguantaría un clavo incandescente en el zapato sin pestañear. Una mujer que dirá querer lo mejor para sus hijos, pero cuando alguno no cumpla con sus expectativas lo dejará de lado, lo esconderá para no avergonzarse ante sus amistades, tan falsas como ella.

—*Hey!* No te pongas así, *hiiri* —suplicó él—. Sarah es historia, pero creo que en algún momento has dejado de hablar de ella, ¿verdad?

—Probablemente. Veo a Sarah tan parecida a mi madre y a mi hermana que quizá… Creo que ese tipo de gente está cortada por el mismo patrón.

—¿Es la razón por la que no tienes relación con ellos?

—Ni que decir tiene que oficialmente en su entorno estoy en África colaborando con Enfermeras Sin Fronteras. De ese modo no tienen que «enseñarme» en las reuniones.

—¡Vaya! Tengo ante mí a la genuina «oveja negra» —bromeó.

Eva se revolvió en su asiento enfadada, ya que no tenía ninguna gracia. Al notarlo, Mikka se sentó a su lado, la abrazó fuerte y le susurró al oído:

—*Hiiri*, tranquila. Ellos se lo pierden. Yo no te cambiaría ni por mil Sarahs. Seguramente tengas razón sobre ellos. —Notó cómo Eva se relajaba un poco en sus brazos—. Quédate conmigo —dijo dando voz a sus anhelos.

—¿Cómo?

—No te incorporarás a trabajar la próxima semana, ¿verdad? ¿Tienes aún unos días libres? —Eva asintió tímidamente—. Pásalos conmigo. Retrasa tu vuelta —propuso.

—Pero yo… —Eva no creía que fuera buena idea—. Tengo que organizar muchas cosas, me esperan…

—Solo unos días más —rogó él. Ella prefirió no responder. Si lo hubiera hecho habría accedido, y alargar su estancia era algo que debía decidir con la mente fría.

Tras una tarde de paseo y conversación fueron juntos a recoger a Lucas al aeropuerto. A este le sorprendió verlos juntos, y más si cabe le llamó la atención el aspecto relajado y feliz de su amigo, como les comentó más tarde.

—¿Sarah? —preguntó sin voz por encima del techo del vehículo cuando Eva distraída se acomodaba en el asiento trasero.

—Terminó —respondió Mikka de igual manera.

—No le hagas daño —amenazó el español refiriéndose a Eva.

—No tengo esa intención —aseguró el finlandés.

A partir del martes comenzarían las reuniones en las que, por grupos de trabajo, se debatirían los resultados obtenidos. El uso de la electroquimioterapia como complemento a las resecciones de tumores había sido muy efectivo, y solo en algún caso aislado el paciente había sufrido rechazo al dispositivo eléctrico. La siguiente fase sería la determinación de las causas de rechazo para encontrar un punto en común, pero el procedimiento iba por buen camino.

Mikka y Eva apenas coincidieron los primeros días, y cuando lo hicieron estaban rodeados de gente y guardaron las apariencias, ya que Eva quería marcharse de allí sin generar habladurías.

Lucas y Mikka sí comieron juntos en algunas ocasiones, incluso solos en una de ellas. Fue en la que Mäkinen aprovechó para tantear a su amigo.

—¿Y cómo llevas la paternidad? —preguntó después de que el camarero les tomara nota.

—Es genial, Mikka. El pequeño se porta fenomenal. Come, duerme, está sano… No puedo pedir más.

—¿Y compaginarlo con nuestro trabajo? Siempre he creído que sería lo más difícil.

—Lo es, no te voy a engañar. Hay días que salgo de casa antes de que se levante y regreso cuando ya se ha dormido. Me da rabia estar perdiéndome cosas.

—¿Te vendría bien una mano más? ¿Una colaboración ocasional?

—¿A qué te refieres, Mikka? —intentó averiguar Lucas.

—Voy a ser directo —se sinceró Mikka al ver que Lucas ya se había percatado de que la conversación tenía un fin—. Tengo una excedencia de un año en el UCLA. Me apetece aprovecharla, cambiar de aires, probar cosas nuevas.

—Entiendo. Y estás pensando en España. ¿No es así?

—Efectivamente.

—Y… no tendrá que ver con cierta enfermera, ¿verdad?

—Me gusta, Lucas. Me gusta mucho, pero es asustadiza y debo llevar cuidado.

—Eva es como un animal herido, si la atosigas, morderá.

—No es mi intención. Aunque decida alargar su estancia aquí, tenemos poco tiempo para ver si lo nuestro tiene futuro.

—Tiene que incorporarse en España o perderá su plaza.

—Lo sé. Le he pedido que retrase su regreso hasta esa fecha, pero no será suficiente. Por eso he pensado que, si tenemos ocasión de seguir viéndonos en España, quizá…

—¿Y Sarah?

—Me até a ella forzando las cosas. Cuando me dejó por el tipo ese, no sentí nada más que alivio. Habría sido el mayor error de mi vida —respondió convencido.

—Hablaré con Gerencia a ver si es viable —anunció el español.

—Te lo agradezco, de verdad. —El doctor respiró aliviado, consciente de que el primer paso ya estaba dado.

—Solo cuídala. ¿Me oyes? Es una mujer fantástica.

Esa misma noche la pasaron juntos. El finlandés se presentó en el apartamento de Eva sin intención de marcharse y con el firme objetivo de convencerla para que disfrutaran de unos días de vacaciones juntos. Miami, Hawái, incluso Helsinki fueron los lugares que le propuso entre besos y caricias.

Por la mañana, tras haberla hecho perder la cabeza en varias ocasiones, obtuvo el sí. Una decisión que obviamente Eva no tomó con la cabeza fría como habría querido. Retrasaría el vuelo de regreso y disfrutarían de unos días de vacaciones juntos en los alrededores de Los Ángeles, compartiendo la casa de los mil atardeceres que había enamorado a Mikka.

Todo había terminado para los componentes del estudio clínico, unos seguirían con sus trabajos habituales en el UCLA, otros volverían a sus anteriores puestos. Una fiesta el jueves por la noche era la guinda final para aquel proyecto que había supuesto un gran avance en la oncología. Algo a partir de lo que seguir estudiando para evolucionar en la lucha contra aquella horrible enfermedad.

La celebración, algo informal, se organizó en un local cercano, en el que el personal sanitario solía reunirse al acabar su jornada. A Eva le extrañó no ver a Mikka porque habían quedado allí. Él no llegó tarde, simplemente no apareció.

Extrañada, aguantó hasta que marcharse no fue descortés. Se despidió de sus compañeros, a los que probablemente no vería más, de Jessica, a la que vería el fin de semana, y de Lucas, que al día siguiente viajaría solo de regreso a España. Se despidió de Doris y Peter, que le reprocharon, cariñosos, no haber ido a cenar de nuevo. El tiempo había pasado rápido y dejaba atrás a buenas personas, algunas de las cuales guardaría siempre en su memoria.

Antes de salir pasó por la barra y pidió una botella de champán, decidida a sorprender a su doctor.

Cuando el taxi se detuvo en la casa de Malibú, pensó que quizá debería haber avisado por si no estaba allí, pero había luz, así que pagó al conductor y, tras despedirse, bajó del coche.

Una vez en la puerta llamó nerviosa, sin entender muy bien por qué.

Mikka abrió la puerta vestido con la ropa cómoda que usaba para estar en casa.

«¿No ha tenido intención de ir a la fiesta?», se preguntó Eva.

Aun así, le regaló su mejor sonrisa, pero esta se le borró de golpe al descubrir a Sarah detrás de él, vestida con la misma camiseta de Mikka que ella había usado unos días antes. Cómoda, muy cómoda. Se quedó tan descolocada que no supo cómo reaccionar.

En el rostro del médico se dibujó un «lo siento» mientras que en la cara de Sarah vislumbró una sonrisa ganadora. Ya no había anillo de diamante en su dedo y todo apuntaba a que habían arreglado las cosas.

Dolida por haber sido un rato de diversión para el finlandés, Eva giró sobre sus pasos y regresó al taxi que por suerte aún no se había ido.

—Lo siento, *hiiri*. Después te llamo, ¿OK? —susurró él y ella asintió.

Dejó la botella de champán y el móvil estadounidense en el taxi. Había terminado su aventura y regresaba con el corazón hecho pedazos.

Si Mikka cumplió su palabra y la llamó para explicarse, nunca lo supo.

Con Lucas en el avión de regreso, intentó disimular, y como fue una incorporación de última hora, afortunadamente no pudieron sentarse juntos. Mejor, porque Eva no lo hubiera soportado.

No lloró, ya lo había hecho durante toda la noche, y se mantuvo fuerte conteniendo su dolor durante todo el recorrido.

Él no preguntó la razón por la que había cambiado de planes, ni por qué sus ojos estaban enrojecidos. Tampoco preguntó qué haría las dos semanas libres que aún le quedaban. Al llegar a destino, se

despidió de ella con normalidad. Sin agobiarla, lo que Eva le agradeció enormemente. Lucas la conocía demasiado bien.

Capítulo 24

Durante las dos semanas siguientes, Eva se dedicó a recomponer su dañado corazón. Descansó, redecoró su casa, renovó su vestuario, paseó y se mentalizó para volver al trabajo con ilusión, aunque no le apetecía nada. Quedó con sus amigas, jugó con las hijas de estas, ayudó a Sol a comprar su vestido de novia… Mil cosas para no pensar, para no recordar a cierto doctor y los atardeceres que habían disfrutado juntos.

En la fiesta de cumpleaños de Angie, que cumplía tres añitos, gozó de su ingenua ilusión y de la preciosa forma en que Leo pidió matrimonio a sus chicas. Pronto, de las cuatro, ella sería la única soltera y sin hijos. De inmediato, aquella situación le cayó como una losa, y, demasiado dolida para aguantar el tipo, buscó un lugar discreto en el jardín de Daniela para retirarse con disimulo a lamerse las heridas. Desde una tumbona al fondo del jardín, sentada en la penumbra, observó a sus amigos disfrutar de la vida. Era curioso como ella, la que siempre había tenido el *carpe diem* como lema, se había confundido tanto e iba por el camino de convertirse en una amargada solterona.

Una voz a su espalda la sobresaltó devolviéndola a la realidad.

—¿Compartes tu escondite? —preguntó Ángel.

—Solo si no me hablas de bodas ni pañales.

—¡Qué va! Las bodas y los niños están sobrevalorados. ¿No crees?

—No deben de estar tan mal cuando todo el mundo cae en ello, ¿no?

—No lo sé, nunca he pensado en casarme. Prefiero disfrutar de mi libertad.

—¿Cuántos años tienes, Ángel?

—Treinta y seis, ¿por?

—Vaya, te acercas peligrosamente a los cuarenta.

—¿Y?

—Los hombres solteros a los cuarenta se convierten en crápulas… O eso dicen.

Ángel rio con ganas.

—¿Y tú, preciosa? ¿Cuántos tienes tú?

—Treinta y dos.

—¡Buf! La edad del reloj biológico —bromeó apartándose como si ella se le fuera a echar encima.

Eva se hizo la ofendida ante la broma y replicó a esta:

—Recuerda que he visto lo que puedes hacer, así que más te vale que te alejes, o quizá me tire a tu cuello en busca de un pequeño angelito. —Aunque no le vio la cara en la oscuridad, notó cómo Ángel se tensaba. Reconoció que la réplica se le había ido de las manos y no perdió el tiempo para disculparse—: Lo siento. No ha sido mi intención ofenderte.

—Solo has puesto el dedo en una herida.

—Lo siento, de verdad. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo vas a hacer aunque te diga que no —se resignó el hombre, extrayendo una hermosa carcajada de la enfermera.

—Cuando pasó aquello y reaccionaste de ese modo, pensé… Bueno, creo que todos pensamos que eras un capullo.

—¡Vaya! Gracias. ¿Y dónde está la pregunta?

—Conociéndote se ve que no lo eres. ¿Por qué actuaste así?

—Quizá sí soy un capullo. La noche de marras, yo sabía que Leo y ella habían estado hablando. Estaba enfadado con él, porque es el gemelo perfecto, siempre haciéndolo todo bien. Estaba harto de intentar acercarme a su perfección. Tu amiga se me puso a tiro, y lo pagué con ella.

—No creo que para Dani fuera algo doloroso —bromeó Eva.

—¿Ah, no? ¿Es que os lo contó?

—Puede ser que contara algo, sí.

—Bueno, luego vino con la noticia del embarazo y se complicó. Lo que había sido un tanto marcado a mi hermano, del que él no tenía ni idea, se convirtió en un bebé que no debería haber sido mío. Sabía lo que Leo sentía por ella, joder. Si regresó al puto *pub* todas las veces que estuvo en Madrid desde esa noche. Y aunque nunca lo

dijo, yo sabía que la buscaba a ella. ¿Qué crees que habría pasado si yo hubiera reconocido a ese bebé?

—Que Leo se hubiera apartado… y probablemente no estarían juntos. Ni vosotros tampoco.

—Así que dejé que… Me comporté como todo el mundo esperaba para hacer reaccionar a Leo. —Ángel miró al frente—. Míralos. Son felices. Ha merecido la pena renunciar a mi hija.

—Eres un buen hombre, Ángel.

—¡Ssshh! Guárdame el secreto, ¿quieres? O acabarás con mi reputación. Además, ser el tío guay que todo te consiente no está nada mal.

Eva se lamentaba de su suerte, pero Ángel no se quedaba atrás. ¿Por qué el destino les obviaba de ese modo?

—No quiero envejecer sola, Ángel —dijo ella de pronto.

—Creo que yo tampoco, preciosa.

Permanecieron unos minutos más en silencio, disfrutando de la cercanía, de no sentirse solos. Quizá pensaron en intentar que las cosas funcionaran entre ellos, pero estaba claro que solo serían amigos, ¿para qué estropearlo?

—Te propongo un trato, Ángel —resolvió ella.

—Me das miedo. ¿Qué se te ha ocurrido, preciosa?

—Cuatro años de margen. Si en el séptimo cumpleaños de Angie seguimos solos…, nos casamos por conveniencia. —Ángel la miró asombrado—. No me mires así. No soy tan mal partido. ¿Lo eres tú?

—Hasta ahora nadie se ha quejado.

—¿Lo intentamos?

Él asintió ante la loca ocurrencia de la chica y cerraron el trato con un apretón de manos.

Al otro lado del mundo, el doctor Mäkinen se había vuelto loco intentando localizar a Eva una vez Sarah se hubo marchado. En cuanto se aseguró de meter a la neoyorquina en un vuelo de vuelta a casa, llamó a su móvil estadounidense, pero este estaba apagado. No tenía el español porque nunca lo había necesitado. No respondió en el apartamento y cuando preguntó en la recepción del hospital le

dijeron que había devuelto las llaves. Cada vez estaba más convencido de que había regresado a España, pero estarían en el avión y tampoco podría contactar con Lucas.

Habló con Jessica, que creía que estaban juntos, y con Peter, que no sabía nada de la chica. Desesperado, se vio obligado a dejar que pasara el tiempo.

Sarah había aparecido hecha un mar de lágrimas cuando se disponía a salir hacia la fiesta. Odiaba cuando se ponía así, porque no razonaba. Intentó calmarla, sin conseguirlo. Así que se resignó y la dejó entrar. Los coches pasaban y observaban a la mujer bañada en llanto que había en su puerta. Estaba montando un escándalo y se vio obligado a hacerlo.

Una vez dentro, ella le explicó que su prometido la había despedido sin explicación aparente, no solo del trabajo, sino de su vida. Había encontrado a otra mujer de la que encapricharse. Sin saber qué hacer, ella había tomado el primer vuelo con lo puesto, dispuesta a regresar con él.

Por eso estaba en su puerta rogando perdón.

Mikka no tenía intención de volver, y se lo hizo entender. Cuando se calmó un poco, la instó a darse una ducha reparadora y le preparó la cena. También le dejó algo de ropa para que pudiera cambiarse. Cogió lo primero que encontró, una camiseta que le quedaba pequeña y que estaba en la parte alta del cajón. No se percató de que esa misma prenda se la había dejado a Eva hasta que vio en su cara reflejado su tremendo error.

¡Si le hubiera dejado explicarse! Pero no… Había tenido que huir.

Jon y Tomás tampoco sabían nada de ella.

No descansó hasta que pudo confirmar que había llegado sana y salva a España, cuando Lucas le devolvió sus llamadas al llegar al aeropuerto. Pero no estaba con ella.

Consiguió que le diera su número español, después de mucho rogar y muchas explicaciones, aunque no sirvió de nada. Eva no encendió el teléfono en dos semanas.

Capítulo 25

El tiempo de relax y encuentros le había sentado bien, pero había sido demasiado corto. En unos minutos entraría en su trabajo de siempre, como si nada hubiese cambiado, pero sí lo había hecho. Eva no era la misma persona que partió hacía seis meses en busca de aventuras. No había dejado de pensar en lo injusto que era el destino. ¿Por qué no podía tener una pareja? Alguien bueno para ella, como lo eran los chicos de sus amigas.

Después de hablar con Ángel la otra noche y contarle su mayor temor, el absurdo trato al que habían llegado le sirvió de esperanza. Aquel hombre era un misterio para ella, con una apariencia arisca y fría que rompía con sus actos generosos. Se imaginó con él cuando ya no hubiera perspectivas de encontrar a nadie y no le pareció tan malo. Cuatro amigas con tres hermanos.

La nueva Eva cruzó las puertas del hospital, saludó con una sonrisa a las chicas del mostrador y se dirigió a su planta. Se puso al día, estudiando las tareas que tendría que hacer a lo largo de la jornada. Buscó en la lista de pacientes alguno conocido, pero no lo había. Todos eran nuevos ingresos. Sin apenas darse cuenta llegó la hora de almorzar, y como siempre bajó a la cafetería con unas cuantas compañeras. Tenía que actualizar su información sobre los cotilleos que circulaban por el hospital, así que sería una conversación animada.

Resultó que una de las doctoras devorahombres estaba embarazada y nadie sabía de quién, y uno de los celadores, por fin, había salido de armario y se mostraba abiertamente con su pareja por el hospital. ¡Olé por ellos!

Pero el más recurrente era el de «el Vikingo». Al parecer, un dios vikingo, al que apodaban Thor, había llegado al centro como colaborador, lo que había generado un gran revuelo entre las féminas. Las de Administración habían sido las primeras en tratar con él y habían dado el aviso al resto. Una semana llevaba el tipo, y ya se le habían echado al cuello Rosa, la jefa de Administración; dos enfermeras; una de las chicas de recepción y seguro que alguna más, que no había hecho alarde de ello. El rumor general era que la doctora Carretas era la que más posibilidades había tenido hasta el momento.

—¿Y con quién ha venido a colaborar? —se interesó Eva.

—Pues, maja, has tenido suerte, porque vino a colaborar con tu jefe.

«¿Con Lucas? ¿Será posible que…?». Un sudor frío recorrió su espalda solo de pensar que pudiera tratarse de Mikka.

Salió de dudas casi de inmediato, porque de pronto se hizo el silencio entre sus acompañantes y todas dirigieron sus ávidas miradas a la puerta. Como si tuviera un resorte, Eva saltó de su silla buscando una salida. No estaba preparada para hablar con él. Pero Mikka la había buscado entre la gente e interceptado su mirada, y tuvo claro que iría hacia ella. Le suplicó con la mirada que no lo hiciera, y él cedió porque desvió la atención a su acompañante, la doctora Carretas, que colgaba de su brazo como si de un bolso se tratase.

Como todos los días, desde hacía una semana, buscó a Eva entre la gente. Sabía que ese día se incorporaba y se moría por explicarse. Cuando la vio, cruzar la cafetería, rodearla entre sus brazos, besarla, acariciarla y tranquilizarla era todo lo que deseaba hacer, pero no le pareció tan buena idea al ver su mirada asustada. Le observaba como un ratoncillo miraría al gato que va a dar cuenta de él. Por eso decidió concederle tiempo. Centró entonces su atención en la *doctora Pesada*, a la que no conseguía quitarse de encima, e intentó entender su bla, bla, bla. Hablaba muy rápido, usando términos coloquiales, y le resultaba difícil seguirla.

Sabía español, pero después de tantos años en Estados Unidos lo tenía muy oxidado y mantener una conversación le costaba mucho, sobre todo cuando no le interesaba lo más mínimo. Miró el reloj, con la esperanza de que Lucas no tardara en reunirse con ellos.

Eva pasó por su lado al marcharse, lo hizo tímidamente, agachando la cabeza. Intentó avisarla con la mirada de que tenían una conversación pendiente, y tuvo que concentrarse en mantenerse sentado porque cada célula de su cuerpo quería ir tras ella.

Al salir, Eva se encontró con Lucas y, tras abrazarle a modo de saludo, le susurró al oído: «Te mato». Su amigo se separó y la miró con cara de no haber roto un plato.

—No tengo nada que ver. Soy como Suiza en este tema —se justificó—. No pregunto, no quiero saber nada. Hablad las cosas entre vosotros.

El resto de su jornada Eva lo pasó escondiéndose de Thor.

Tres días tardó él en camelarse a una de las chicas de recepción para conocer el horario de Eva y planear su trampa para cazar al ratón. Una trampa infalible. Antes de rematar la semana, Eva caería en ella. No podría escabullirse como en los intentos anteriores, le había dado tiempo y no la atraparía en presencia de nadie. Había buscado un momento en el que ella estaría sola, sin escapatoria, y tendría que escucharle. Además, ella misma se metería en la cazuela.

El día transcurrió con demasiada calma, tanta que la hacía desconfiar. No le vio por los pasillos ni en la cafetería ni tuvo que cambiar turno de operación para no asistirle a él. Todo parecía rodar demasiado fácil.

Mikka había dejado de forzar sus encuentros, más bien evitó coincidir, y cuando lo hizo se mostró desinteresado.

—Alguien ha cazado al gato —dijo una de sus compañeras al entrar en el vestuario.

—¿De qué hablas? —preguntó otra intrigada.

—De Thor. He escuchado como el doctor Fuentes le contaba al doctor Sánchez que en el aseo le ha oído comentar con alguien que

el viernes tiene una cita con una mujer impresionante.

Las manos de Eva se volvieron torpes al escuchar aquello y su neceser cayó al suelo con un sonoro estruendo.

—¿Y se sabe quién es la mujer? —preguntó, intentando parecer poco interesada, mientras recogía el destrozo.

—Nada. Pero yo pienso que es la doctora Carretas —respondió Pepa.

—Yo creo que no. ¿Te has fijado cómo pasa de ella cuando le habla? Tiene que ser otra.

—Hombre, la Carretas puede ser plasta, pero ya sabes lo que dicen…: «Tiran más dos…». Y a ella de eso no le falta —replicó Arantxa con malicia—. No creo que vayan a hablar demasiado, la verdad. Yo con él no perdería el tiempo en eso.

—Quizá sea una persona con buena conversación —le defendió Eva—. No todo tiene que ser el físico.

—Eva, qué rarita has vuelto de tu viaje a California. Antes no dejabas pasar una oportunidad como esta —insinuó Pepa—. La antigua Eva ya habría catado a Thor.

—Las cosas cambian —manifestó molesta.

—Bueno, Pepa. Si te enteras de algo más, cuenta, cuenta, a ver quién se va a llevar el premio de la semana —rio Arantxa al tiempo que salió de la estancia.

La sangre de Eva hervía de rabia. Estaba celosa, tenía que reconocerlo. ¡Ya! ¿Tan pronto? Quizá tuviera a Sarah esperando en Estados Unidos y necesitaba echar una canita al aire, y como ella no había estado dispuesta, se había buscado a otra. «¡Arggg! ¡Hombres!». Cerró la taquilla de un portazo y se largó a casa.

Los rumores de la cita de Thor fueron la comidilla hasta el final de la semana. Mikka, con todo el descaro del mundo, había preguntado a Laura, la de recepción, por un sitio romántico al que llevar a una mujer, y ella diligente le había hecho hasta la reserva. Lo contaba con la ilusión de que la próxima podría ser ella.

Eva intentó obviar los rumores y mantenerse al margen, porque cada cosa que oía la ponía enferma. El muy cabrón se estaba vengando. Estaba segura.

Llegó el viernes y nadie sabía quién era la mujer de la cita de Mäkinen, pero todo el mundo sabía el lugar y la hora. Al parecer, la chica le había robado el corazón y cruzaría un océano nadando por ella, si hiciera falta. Eso se lo dijo a Pepa, o esta oyó como él se lo decía a alguien. A esas alturas, ya nadie creía que fuera una mujer del hospital.

Eva incluso le preguntó a Lucas, y este volvió a repetirle la cantinela de Suiza, dejándola igual de confundida y celosa.

«Vale, me lo he buscado yo solita», se dijo.

Cuando llegó la hora de la famosa cita, la que había traído de cabeza a Eva toda la semana, sin saber por qué sus pasos la llevaron a la puerta del local. Pensó en que la pareja estaría en el interior. Intentó marcharse y pasar de largo, pero la curiosidad pudo con ella.

«¿Y si me asomo? Solo para saber quién es».

Conocía el restaurante, y desde la entrada se veían las mesas sin necesidad de asomarse mucho. Podría entrar con la excusa de reservar para otro día y disimuladamente mirar un poco.

«Verle con otra me ayudará a pasar página», se autoconvenció.

Sabiendo de antemano que se trataba de un error, entró. Las manos le sudaban, nerviosa por ver quién era la mujer que ahora ocupaba el corazón del médico. O, mejor dicho, el tiempo, porque llegados a ese punto le parecía que el finlandés no tenía corazón.

Esperó a que alguien la atendiera, y escondida tras unas plantas ornamentales oteó el salón en busca de Mikka, pero no lo vio.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó el *hostess* con cara de no entender qué narices hacía agazapada tras la planta.

Pero Eva no llegó a responder, lo hizo el hombre que salió de la nada tras ella.

—Cariño, ya has llegado —dijo poniendo la mano en su cintura. Luego se dirigió al *hostess*—: Tenemos una reserva a nombre de Mäkinen.

—Sí, aquí está. Síganme, por favor.

—Vamos, *hiiri* —susurró Mikka guiándola hacia su mesa.

Eva se movió como una autómata en estado de *shock* por la sorpresa y no fue capaz de reaccionar hasta que se vio sentada ante un bonito menaje. Los platos eran de loza gris oscuro y resaltaban

sobre el mantel blanco, el centro lo decoraba un jarroncito de cristal en el que flotaba una vela sobre un líquido transparente que parecía agua. El *hostess* encendió la vela, les dejó las cartas y se retiró indicándoles que pronto vendrían a tomarles nota de la bebida.

Eva levantó la mirada y encontró los ojos azules de Mikka, que brillaban a la luz de la llama.

—*Hiiri*, tenemos que hablar —dijo él en voz bajita.

—Pero yo… Tu cita… —tartamudeó ella.

—Tengo que decirte que has sido muy predecible, *hiiri*, aunque, si te soy sincero, ha habido momentos en los que pensaba que no funcionaría. —Eva le miró confusa—. ¿Quién crees que es la mujer que me ha robado el corazón, *hiiri*? ¿Quién si no tú?

—Pero…

—Los españoles sois muy cotillas, solo he aprovechado esa baza. Una frase dicha a un acompañante imaginario en el baño, una pregunta por aquí, otra por allá, y pronto todo el mundo hablaba de mi cita. Era imposible que te pasara desapercibida. Y eres muy curiosa, *hiiri*, asustadiza, pero muy curiosa. —Mikka le agarró la mano sobre el mantel. Fue una caricia, pero también una forma de evitar que huyera—. Mírame. Eres solo tú. Desde hace mucho, eres solo tú, *hiiri*. Te he echado de menos.

—¿Qué es *hiiri*? —fue la primera pregunta que se le ocurrió a una Eva aturdida.

—Ratón. Aquel día, escondida bajo la mesa del despacho, me lo pareciste. Eres mi pequeño ratón asustadizo desde ese momento, mi debilidad, Eva.

—Sarah…

—Sarah vino a mí buscando una reconciliación, lo suyo con el ricachón no salió bien. Pero tengo las cosas claras. Ella habría sido mi mayor error. Dejarme llevar por el corazón es lo mejor que he hecho en los últimos tiempos, *pieni*.[5] Y te lo debo a ti.

—¿Y qué haces aquí?

—Había hablado con Lucas antes de que te marcharas, sabía que diez días más contigo serían poco tiempo y quise alargarlo. Hace mucho que me instaba a que viniera a España a colaborar con él, y

se lo pedí. Habría venido de todas formas, pero, tras tu marcha, con más razón. No podía dejar las cosas así, no sin explicarme.

—Mikka, yo pensé que Sarah y tú… Ella llevaba tu ropa, y yo…

—Tienes razón. Tenía que haberme explicado en ese momento, pero pensé que me habías entendido cuando te miré. Yo creí que sabías lo que siento por ti. —Eva agachó la mirada, avergonzada. Sí lo imaginaba, pero los hechos la habían hecho dudar, en tan poco tiempo no podía surgir algo tan intenso ni tan puro—. No pasó nada con Sarah. La consolé, le di de cenar. Consuelo y cobijo. Es una amiga, solo eso, y creo que ya le ha quedado claro. Cometí el error de prestarle la misma camiseta que a ti, no me fijé, estaba en mi cajón la primera y solo coincidió. Cuando al día siguiente la monté en un avión de regreso y fui a buscarte, habías desaparecido. Estaba desesperado hasta que entendí qué era lo que creíste ver. Eva, te juro que entre Sarah y yo no hay nada más que una amistad, solo eso.

Las sinceras palabras de Mikka convencieron a Eva de que aquel vikingo tenía dueña, y que esa era ella. Cenaron tranquilos, hablando de cómo les habían ido las cosas esos días separados, y al salir se dirigieron juntos al hotel donde el médico se alojaba.

Cuando cruzaron las puertas de la lujosa habitación, Mikka dejó de contenerse. La abrazó tan fuerte que Eva creyó perder el aliento. Se besaron desesperados, anhelantes. Sus cuerpos, que hasta el momento se habían añorado, no les permitieron separarse, y se mantuvieron unidos toda la noche. El hombre se perdió en la mujer. Sus ojos en los de ella. Sus lenguas, sus cuerpos se acoplaron a la perfección en un baile apasionado, cuya música no fue otra que la de los suspiros y jadeos que emitieron sus gargantas. Alcanzaron la cima juntos, él la llevó a ella y se dejaron caer al vacío.

—*Minä rakastan sinua*[6] —repitió él una y otra vez.

[5] *Pieni:* hermana, en finés.

[6] *Minä rakastan sinua:* te amo, en finés.

Capítulo 26

Al día siguiente Mikka abandonó el hotel y se alojó en casa de Eva. Se integró a la perfección en su vida, congenió con sus amigos y pronto fue uno más entre ellos. Y comenzó todo.

Por primera vez las cosas parecían ir bien, y Eva se sentía feliz. Asistió acompañada a la íntima boda de Sol y Eduardo por el que, a sus ojos, era el hombre más guapo de la fiesta.

—¿Me permite este baile, señorita? —preguntó Ángel galante, mientras Mikka, ajeno a la broma, charlaba con Leo.

—Por supuesto, caballero.

—Veo que me vas a dejar tirado —observó él mirando al finlandés.

—Nunca se sabe cómo van a acabar las cosas. Me imagino que tú no me estás esperando a mí como un monje, ¿verdad?

—¡Hombre, no!, por supuesto. Pero no te voy a engañar: hasta ahora, sabiendo que tú serías mi regalo al cumplir cuarenta, estaba más confiado.

—Ángel, Ángel…, vive el momento, que tu media naranja puede estar a la vuelta de la esquina —lo regañó Eva.

—Preciosa, creo que voy a hacerle vudú al vikingo, solo para recuperarte —declaró guiñándole un ojo.

Eva bailó y disfrutó en los brazos de Ángel, que se había convertido en un buen amigo, también lo hizo con Leo y con Eduardo. Hasta con Ismael, que había ido acompañado de una preciosa amiga.

Con la novedad de tener a Mikka a su lado, compartiendo su espacio, los preparativos de la boda de Sol, la vuelta al trabajo, el compaginar sus horarios con los de él y mil cosas más, la vida de Eva había sido un caos. Todo habían sido compromisos y obligaciones, y necesitaba algo de liberación, así que aquel día, al

salir del trabajo, y antes de regresar a casa, donde Mikka la estaría esperando, Eva pasó por una de las muchas oficinas de turismo que hay en Madrid, escondidas a la vista de los madrileños, pero, sin saber muy bien cómo, visibles a los ojos de los ávidos turistas de la ciudad.

Se sintió extraña solicitando información sobre una ciudad en la que había vivido desde su infancia, pero disimuló intentando que el atento asesor le diera la información que le había pedido.

Sonrió al darse cuenta de que la antigua Eva habría salido de aquella oficina con el teléfono del asesor que tan amablemente le había atendido con la promesa de volverse a ver, pero, en cambio, salió con un plano marcado con las recomendaciones del chico sobre los mejores lugares de Madrid para disfrutar con Mikka. Hacía años que no tenía una pareja estable y, para qué engañarse, sentía un miedo atroz a que todo se desmoronara, a que lo que estaba viviendo fuera solo una ilusión pasajera.

Sus piernas flojearon ante aquel pensamiento y llamó a Dani.

—Necesito apoyo —le dijo.

—Tienes cinco minutos. Pasado ese tiempo las puertas del colegio se abrirán y esto se volverá una batalla campal de padres recogiendo a sus hijos —respondió Daniela tensa—. Siento achucharte, pero es mi vida ahora.

Eva se imaginó a Daniela con una espada y un escudo, abriéndose paso entre una marabunta de gente, y le pareció muy gráfico, pero incompatible con el carácter bondadoso de su amiga. No le extrañaba que a Dani le resultara estresante.

—Acabo de darme cuenta de que Mikka es el primer hombre en mi vida en mucho tiempo, y me he asustado —explicó—. No sé qué hacer, Dani.

—Nena, Mikka es un cielo. Leo está encantado con él. Eduardo, Toni y Ángel también, y ya sabes lo protectores que son. Se os ve genial juntos. No podemos saber qué vendrá mañana. Tú lo sabes mejor que nadie, pero ¿por eso vas a dejar de disfrutarlo? —Dani dejó que Eva lo pensara un momento—. Es perfecto para ti. Deja de comerte la cabeza y por una vez en la vida déjate mimar.

—He estado sola desde la muerte de Helena.

—Nos has tenido a nosotras.

—Lo sé, pero… ya sabes a qué me refiero.

—Eva, todas sabemos que no eres tan sólida como nos haces ver, pero lo escondes y no nos dejas ayudarte. Has estado a nuestro lado siempre que lo hemos necesitado, pero cuando ha llegado el momento de hacerlo por ti… Te pones esa máscara de indiferencia y lo superas sola.

Eva no pudo responder porque Dani tenía razón, nunca había querido ser una carga ni un problema para nadie.

—Amiga, ese hombre te quiere. Solo déjale hacerlo.

Tal y como había predicho Daniela, las puertas del colegio debieron de abrirse porque su amiga y su teléfono se vieron envueltos en la batalla y la comunicación se perdió.

Eva se convenció a sí misma de que Daniela tenía razón, volvió a usar la idea del *carpe diem* para continuar, esta vez, exponiendo su corazón.

En el autobús de regreso a casa sacó el plano y marcó en él sus lugares preferidos dispuesta a regresar acompañada.

De ese modo fue como, cada semana, Mikka y Eva cogidos de la mano compartían el atardecer en los lugares más emblemáticos de la ciudad. Los jardines de Sabatini, el Templo de Debod, el Retiro o la terraza del Círculo de Bellas Artes fueron solo algunos de ellos. Paisajes urbanos muy diferentes de las puestas de sol en California, pero igualmente sobrecogedores.

Pasó la Navidad, la mejor de su vida, con toda probabilidad, y la convivencia continuó siendo idílica. Compaginaban sus horarios, repartían las tareas de la casa, unas veces cocinaba él, otras ella. Iban juntos al hospital, y a esas alturas ya todo el mundo sabía quién había sido la mujer de aquella resonada cita.

El día que nacieron los gemelos de Sol y Eduardo, ambos estuvieron con los recién estrenados papás. Aquellos preciosos niños iban a ser en un futuro tan terroríficos como sus tíos Ángel y Leo.

—Son preciosos, ¿verdad? —dijo Eva cuando regresaban a casa—. Y Sol estaba muy bien para haber tenido un parto tan largo.

Mikka asintió en la oscuridad del vehículo.

—Tiene que ser emocionante tener a tu hijo en brazos. ¿Has visto cómo estaba Eduardo de orgulloso?

—Sí, pero dos va a ser una locura. No sé si yo estaría preparada para algo así. Bueno, la verdad es que no sé si sería capaz ni siquiera con un monstruito de esos.

Mikka permaneció callado, hacía mucho que quería formar una familia, y aunque ahora se lo tomaba con calma y había aprendido a vivir tranquilo y feliz al lado de Eva, seguía queriendo niños. Con ella.

—Sé que quieres ser padre, pero yo aún no me veo. Llevamos poco tiempo y es algo complejo.

—Tranquila, *hiiri*. Ya habrá ocasión —replicó Mikka, restando importancia a su silencio.

En el trabajo, hasta el momento, todo había ido bastante bien. Obviamente había perdido pacientes, pero Eva lo estaba encajando de una forma aceptable. Fue después de Navidad cuando todo comenzó a desmoronarse. Varios seguidos. En la misma semana. La mayoría por complicaciones debidas a otras enfermedades, como consecuencia de sus bajas defensas tras la quimioterapia.

Mikka fue consciente de la forma en que Eva se fue apagando poco a poco. Empezó con pequeñas cosas, como la falta de su gran sonrisa al terminar la jornada o los silencios, cada vez más frecuentes en su día a día. Cuando ella comenzó a posponer los planes con sus amigas, o dejó de esperarle despierta cuando él se entretenía con alguna operación, Mikka propuso unas vacaciones. Pensó que unos días en Malibú, en la casa que tanto les gustaba, los ayudaría a recargar las pilas, pero antes él tenía que cumplir un número de operaciones que tenía pendientes y con las que ya se había comprometido. Solo tendrían que aguantar un mes y se marcharían juntos a disfrutar de los atardeceres en el paraíso. Esa

idea pareció animarla un poco, eso y poder hablar con él al llegar a casa y recibir sus palabras de consuelo.

Aquellas vacaciones les servirían también para decidir qué iban a hacer con su futuro y que viendo a Eva apagarse no había querido comentar. Mikka aún no sabía qué iba a hacer al terminar su excedencia y debía ir pensándolo. Podría buscar plaza en Madrid o en cualquier otro lugar. Lo cierto era que le daba igual siempre y cuando Eva estuviera a su lado.

El ingreso de la hija de Rosa, una niña de dieciséis años, que solo hacía un año había perdido a su madre, fue un duro golpe para Eva. Un glioblastoma multiforme, que tratarían con láminas de Gliadel probablemente con éxito, pero era inevitable pensar: «¿Por qué a esta niña? ¿Por qué a esta familia de nuevo? Son buenas personas que no se merecen ese sufrimiento, más aún cuando todavía lloran la pérdida de una madre y una esposa».

Eva buscó aquel gorrito rosa bordado por Lara para su madre el año anterior. No había llegado a regalárselo a nadie, y le pareció que a la pequeña le daría fuerzas en su lucha.

La niña estaba ingresada en Neurología, por lo que oficialmente no era su paciente, y su habitación estaba en otra planta; antes de la complicada operación a la que se sometería la pequeña, pasó por su habitación para darle ánimos y devolverle aquel regalo.

Lara, que tanto había sufrido en su corta vida, bien podría ser una anciana por la sabiduría que escondieron cada una de sus palabras. Valiente, más que nadie que hubiera conocido, hizo frente a su situación con una madurez escalofriante. Fue Lara la que animó a su padre, roto y consumido por el dolor. Fue la niña la que calmó los nervios del patético cirujano que la operaría y fue aquella pequeña la que demostró a Eva que la vida era algo efímero y que tenían que agradecer el poder vivirla y no lamentarse por los que se quedaban atrás.

Con un nudo en la garganta, sintiéndose egoísta por su sufrimiento, Eva huyó de allí a esconderse como un ratón asustado.

Fue Lucas el que avisó a Mikka, y Mikka el que corrió tras ella y fue su apoyo cuando Eva se desplomó en las escaleras de emergencia. Fue Mikka quien secó sus lágrimas y quien lo gestionó todo para que le dieran las vacaciones ese mismo día, quien compró un billete con destino a Malibú, quien la llevó al aeropuerto y la animó a huir sin mirar atrás.

Mikka quiso acompañarla, pero tenía un compromiso con el hospital de Madrid y no podía defraudarles.

—Eva, recuerda que te quiero con toda mi alma. Espérame, por favor. Iré lo antes posible.

Fueron sus últimas palabras.

Esa fue la razón por la que de nuevo, haciendo alarde del apodo que Mikka le puso, huyó asustada a esconderse en el único lugar en el que había encontrado la calma.

La casa de Malibú y sus mil atardeceres.

Capítulo 27

Cuando Eva llegó a su destino, su doctor lo había organizado todo para que un chófer privado la llevara a su casa. Agradeció no ver a nadie conocido, agradeció el silencio de aquel hombre durante el trayecto. Hacía unas horas estaba trabajando tranquila en España, soportando los reveses del día y día, pero lo de Lara había sido un mazazo tal que había hecho tambalear todo su mundo, toda la seguridad que parecía haber recuperado.

Se sentía sola, necesitaba a Mikka a su lado y se lo hizo saber en un mensaje, junto a la noticia de que había llegado ya a casa. Porque aquella casa, al otro lado de su mundo, era su casa, la sentía como su verdadero hogar, pese a no haber dormido más que unas pocas noches en ella.

Eva no sabía qué iba a ser de su vida, no sabía qué iba a hacer con su trabajo, y estaba demasiado agotada para tomar decisiones. Así que no se preocupó en subir la maleta, se conformó con arrastrar sus doloridos huesos y su tristeza a la habitación principal. Se desnudó, se metió en la gran cama blanca que aún olía a Mikka y agotada se durmió, pese a la luz que entraba por el ventanal.

El doctor Mäkinen vio el mensaje de su chica al despertar por la mañana. Se le hizo raro desayunar solo en la cocina, en la que había guisado y comido con ella. También la echaba de menos, pero Eva necesitaba poner tierra de por medio. Era muy buena en su trabajo, pero a costa de sacrificar su felicidad; era tan empática que cargaba sin darse cuenta con las desgracias e injusticias que la rodeaban.

Dispuesto a reducir al máximo su tiempo en España, se reunió con Lucas y ajustaron las operaciones. Iban a llevar un ritmo frenético ambos, porque su amigo incrementó las suyas para que Mikka quedara libre antes de tiempo.

—¿Estás seguro? —preguntó Mikka—. Con este horario apenas vas a ver a Sandra y al niño.

—Eva es mi amiga. Lo hemos intentado, pero ha llegado el momento de dejarla marchar. Y te necesita a su lado.

—Aún no hay nada decidido.

—Después de esto, sé que la he perdido. La conozco lo suficiente para saber que tras estas vacaciones no se incorporará en su puesto y que solo es cuestión de tiempo que me envíe su carta de renuncia. Todo lo que le hacía ser un activo imprescindible en el equipo es lo que la está destrozando, y no puedo exigirle más.

El teléfono de la casa sonó. Eva estaba desorientada. Se había dormido tan profundamente que había perdido la conciencia de dónde se encontraba. Buscó a Mikka al otro lado de la cama, mientras el retintín resonaba en sus oídos. Por fin llegó a alcanzarlo y consiguió descolgar.

—¿Diga?

—¿Eva? —La voz pastosa de la mujer le hizo dudar si había llamado al número correcto.

—Sí… ¿Mikka?

—*Hiiri*, ¿te he despertado? Lo siento —se disculpó—. Tengo un hueco antes de operar y cuando salga será madrugada allí, necesitaba oírte antes de entrar.

—Cuando llegué me dormí, y se me ha pasado el día sin darme cuenta. Ya es de noche.

—Descansa, lo necesitas. ¿Te encuentras mejor?

—Algo. Estar aquí sin ti es raro.

—Igual que estar aquí sin ti.

—Te echo tanto de menos…

—Y yo a ti, *hiiri*. Y yo a ti. —Era tan cierto que le dolía estar separado de ella, sobre todo cuando sabía que lo necesitaba tanto, que lo sintió como si le retorcieran las entrañas—. He estado reunido con Lucas, hemos conseguido reducir el tiempo en Madrid a tres semanas, ya tengo el vuelo reservado, aunque… me gustaría poder estar allí ahora.

—Habéis reducido el tiempo, ¿cómo?

—Vamos a hacer dos operaciones más al día, una cada uno. Va a ser un ritmo bestial, pero podemos hacerlo. Lo único es que estaré en quirófano la mayor parte de tu día, así que no sé si podremos hablar mucho. ¿Vas a estar bien?

—Sí, tranquilo. Me vendrá bien pensar en todo. Creo que no puedo volver allí… —A Eva se le quebró la voz al decir en alto su mayor temor—. No va a cambiar nada. Esta vez ha sido Lara, pero mañana será otro. Caeré y recaeré.

—Lucas es consciente. Haz lo que tengas que hacer. Yo te apoyaré y él también. Busca algo que te apasione de nuevo, donde quieras. Te acompañaré. Te seguiría al fin del mundo, *hiiri*. Eres mi chica.

—Te quiero, Mikka —dijo Eva sonriendo con los ojos llenos de lágrimas.

—Y yo a ti, *hiiri*. Tres semanas. Solo tres y estaremos juntos para siempre. Sé fuerte.

Les costó colgar porque sabían que sería su última conversación en mucho tiempo. A partir de ese momento, se comunicarían por mensaje.

Sin venir a cuento, Eva recordó a su abuela y las cartas de amor que, con cariño, guardaba en una caja. Su abuelo murió en el frente mientras una Helena embarazada esperaba su regreso trabajando como enfermera de campaña. Antes, las personas expresaban sus sentimientos volcándolos en un papel, y eran más sinceros. La vida era más dura y la gente más fuerte.

Pensó también en Olivia, otra luchadora.

Y deseó parecerse un poco más a ellas.

Se levantó de la cama con determinación. No pudo salir a la terraza porque en la calle hacía un tiempo terrible. El oleaje era agresivo y el viento soplaba con fuerza. El avión había tenido problemas para aterrizar y no era para menos.

La nevera estaba vacía, pero Mikka siempre tenía alguna sopa de sobre y latas, así que, con lo que pilló, se preparó una cena de subsistencia, se sentó en el sofá y abrió su ordenador. Tenía que buscar algo nuevo, pero primero cerrar las puertas que en su huida

había dejado abiertas. Escribió una impersonal carta de dimisión renunciando a su puesto, y la adjuntó en un *mail* cargado de sentimientos que envió a Lucas. Estaba hecho. Lo sorprendente era que, tras pulsar el *enter* para enviar, se sintió libre. La carga que había estado soportando desapareció y la paz la inundó.

Su cirujano estaría operando, y Lucas probablemente también, pero necesitaba decírselo. Escribió un mensaje a Mikka, explicando que había dimitido y que se sentía ligera como una pluma. Sabía que él lo entendería.

Cerró el ordenador. La búsqueda de lo nuevo vendría más tarde. Encendió la tele y se dispuso a ver una película. Mañana sería otro día.

Dani fue la primera en llamar, a su llamada le siguió la de Marta y poco más tarde la de Sol. Sus hermanas, preocupadas por lo ocurrido, a las que no había tenido tiempo de informar de su repentino viaje y de las que no se había despedido. Se verían más adelante, cuando supiera qué iba a ser de su futuro. Mientras, sabía que, aunque tenían sus propias vidas, sus propias familias, siempre estarían ahí para ella.

El día amaneció un poco menos desapacible. El viento había remitido, pero el sol se resistía a salir. Con energías renovadas, Eva cogió el coche de Mikka y salió al centro comercial. Llenó la nevera, compró algo de ropa y se hizo un contrato de móvil con la misma compañía de Mikka. La otra vez fue un móvil prepago, esta se decidió por un contrato. Le gustaba California y su instinto le decía que debía estar allí una larga temporada. No tenía sentido hacer a Mikka desplazarse y comenzar una nueva vida en un lugar desconocido. Por el momento, aquella casa de Malibú y sus impresionantes atardeceres eran su futuro.

Paseó, hasta que el aire comenzó a soplar de nuevo. Su salida se había terminado, el tiempo se estaba volviendo demasiado desagradable para andar o conducir, así que regresó a casa.

Desde los ventanales, protegida del frío, observó a los surfistas. Las olas habían atraído a aventureros que buscaban luchar contra el

mar y reírse de su furia a lomos de una tabla. Caían, las olas los volteaban, pero volvían a empezar. Incansables.

Quiso ser un poquito como ellos, más capaz de levantarse ante un revés.

Mikka había respondido a su mensaje con otro alegrándose por su decisión y animándola a buscar algo nuevo, algo distinto… Era enfermera, ¿qué podía hacer distinto?

Los días siguientes el tiempo comenzó a mejorar y el sol salió. Eso la animó a dejarse ver, a quedar con Jessica, con Tomás y Jon, incluso a hacer una visita a Doris y Peter. Explicó que estaba de vacaciones y que Mikka regresaría en un par de semanas.

Peter fue el único al que su largo permiso le extrañó y fue muy directo durante la cena, ofreciéndole un puesto en el hospital. Eva pensó que porque quería a Mikka en su equipo y sabía que si ella formaba parte de él, sería más probable recuperarle.

—No es cierto que esté de vacaciones —reconoció cuando Doris servía el postre, avergonzada de haber mentido—. He presentado mi renuncia.

Peter asintió, y en su cara no hubo sorpresa, lo que demostró que ya se lo imaginaba. Doris, en cambio, se emocionó, seguramente pensando que su dimisión se debía a que la pareja había decidido establecerse en Los Ángeles.

—Agradezco mucho su ofrecimiento, doctor Jenkins, pero no estoy segura de que mi futuro sea la enfermería.

—Llámame Peter, niña. A estas alturas ya somos demasiado conocidos para formalismos —dijo el hombre—. ¿Y cómo vas a renunciar a la enfermería?

—No lo soporto más. No soy capaz de lidiar con el día a día, con las bajas. Peter, lo he intentado, llevo años intentándolo, pero…

—¿Y en otra rama? —sugirió pensativo, pero ella negó. Su vida como enfermera había llegado a su fin—. No puedes renunciar a eso. Eres muy buena profesional. Muchos otros deberían aprender de ti.

—No sé si me dedicaré a la costura, o a la alfarería, pero sé que no quiero volver a un hospital. Aunque creo que sí quiero quedarme aquí. En este país, me refiero.

Eva se percató de que su afirmación había gustado a Peter, porque eso aseguraba que su chico regresaría.

—Ya buscaremos una solución —dijo—, no estás sola. Te ayudaré en lo que pueda.

Eva agradeció las palabras de aquel hombre, que bien podría ser su padre. Sonrió al pensar en este. Su reacción habría sido muy distinta, casi podía ver la decepción reflejada en el rechoncho rostro del juez. Se alegró de no tener relación con su familia, de haber roto ese lazo, y no tener que defenderse o justificarse ante ellos.

Solo le dolía dejar en España a las chicas, a sus parejas y a sus pequeños, pero volvería. Regresaría de vacaciones y ellos la visitarían. Llevarían a los niños a Disneyland.

La cena en casa de los Jenkins se demoró un poco más de lo previsto y cuando regresó a casa era tarde. No recordaba haber dejado la luz encendida, pero con la cabeza que tenía, llena de pájaros, bien podría ser. Aparcó el coche en el garaje y al parar el motor escuchó música en el interior. Su corazón dio un vuelco, ¿sería posible que Mikka…? ¿Habría regresado?

Entró corriendo, esperando ver al finlandés preparándose la cena, pero frenó en seco cuando descubrió que no era él.

En la cocina había una mujer preciosa, rubia y con unos ojos azules inconfundibles. Le pareció altísima. Ambas se miraron, estudiándose.

—¿Pilha?

La mujer asintió y luego sonrió.

—Eva, ¿verdad? Me alegro tanto de conocerte por fin… —La finlandesa habló en un español perfecto mientras esquivaba la isla de la cocina para llegar hasta ella. Sin darse cuenta, Eva se vio sumida en un afectuoso abrazo—. ¡Mikka me ha hablado tanto de ti!

—No sabía que venías, si lo hubiera sabido, yo… me habría quedado en casa. No me dijo nada.

—¡Ahh! No es problema. Es imposible localizar a mi hermano. ¿Sabes la cantidad de veces que le he llamado?

—Está trabajando mucho —le justificó Eva.

En ese momento un adonis moreno hizo aparición en el salón. Su presencia enmudeció a las mujeres.

—Te presento a Paolo —explicó Pilha.

Eva analizó al hombre, que sonreía. Tenía pinta de italiano. Piel morena, pelo negro y largo, ligeramente ondulado, aunque una vez seco se rizaría más.

—*Buona notte*, tesoro —dijo el hombre.

Eva los acompañó mientras cenaban y desde el primer momento estuvo a gusto con ellos. Esa noche se les hizo tarde charlando de la vida en el salón, y muchas otras noches a partir de aquella.

Pilha resultó ser pura vitalidad y energía, como debió de haber sido Mikka hacía años. Le encantaba escucharla hablar de sus viajes, contar anécdotas y observar sus ojos azules, tan similares a los de su chico, pero más vivaces y alegres.

Quería ver en Mikka ese mismo brillo, del que hasta ahora solo había visto un atisbo en contadas ocasiones, pero estaba decidida a que se mantuviera de forma perpetua.

Paolo resultó ser galante, pero hablador y risueño como ella. Se habían conocido en su último trabajo haciendo un reportaje en los montes Dolomitas. Él había sido el cámara que le habían asignado, un *freelancer* que había dejado de ser *free*, por cómo se miraban.

Puesto que Pilha y Mikka no habían podido hablar, no estaba segura de que este supiera de la existencia del italiano, de forma que en el mensaje que le envió diciendo que estaba con su hermana, obvió la presencia del hombre. No sabía lo protector que su finlandés podría llegar a ser, pero se imaginaba que mucho.

La presencia de Paolo y Pilha en la casa de los mil atardeceres resultó ser un soplo de aire fresco. Poder compartir con ellos, ajenos completamente al sector sanitario, sus preocupaciones y sus dudas, le sirvió para dar un nuevo enfoque a su futuro. Comenzó a informarse de los planes de estudios abiertos en la Universidad de los Ángeles, las facultades y la oferta formativa que tenían. La UCLA era una universidad muy selectiva, muy centrada en el tema

sanitario. Se imaginó estudiando odontología, pero decidió que no era lo suyo. El resto de carreras tampoco le llamaron la atención. No sabía qué hacer con su futuro. ¿Podría ser «la mantenida» de Mikka? Seguramente él no pondría problema, pero era muy activa y no podía imaginarse como ama de casa. Necesitaba estudiar o hacer algo.

Buscó entre las ofertas de trabajo disponibles y, después de haberse esforzado tanto, optar a un trabajo no cualificado tampoco le pareció buena idea. Con la duda fueron pasando los días, y pronto su doctor estaría en casa y estaba segura de que la ayudaría a tomar una decisión.

Capítulo 28

Eva recibió la llamada de Peter una semana después de la llegada de Pilha. En ella, le pidió que se reuniera con él en el hospital y Eva no tardó en hacerlo, nerviosa por conocer la razón.

La sonrisa cariñosa que el doctor Jenkins le regaló al entrar la tranquilizó un poco.

—Te he hecho venir porque tengo algo que proponerte —aclaró mientras tomaban asiento—. He estado pensando. Lo hablé con Doris incluso, y tengo la solución perfecta para ti. Es algo complicado, porque no depende solo de mí, pero creo que con mi recomendación y la de otros compañeros del hospital, te tendrían en cuenta en la selección. ¿Qué te parecería la enseñanza? —preguntó finalmente.

—¿Enseñanza?

—Eres una buena enfermera, con un currículum intachable. Como te dije, muchos enfermeros deberían aprender de ti. Hay una vacante en la universidad. Necesitan un profesor. No te alejarías de la enfermería, pero sí de los pacientes. ¿Qué opinas?

—Yo… Nunca lo había pensado. No sé si sería buena explicando.

—Jessica y Lucas opinan que sí.

—¿Has hablado con ellos?

—Tenía que conseguir cartas de recomendación. Tienes muy buenas referencias.

—¿Mikka? —preguntó.

—Debido a la relación que os une, he preferido dejarle al margen. Si aceptas intentarlo, ya le darás tú la noticia.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Primero tendríamos una reunión con el director y el jefe del departamento para que te incluyan en la selección. Tienes referencias y mucha experiencia, pero te falta acreditar alguna en docencia. ¿Tienes algo?

Eva negó con la cabeza.

—Has trabajado en dos hospitales universitarios. ¿Nunca has tenido estudiantes a tu cargo?

—Bueno, sí, claro.

—Bien… Tenemos que demostrarlo. No estaría de más si conseguimos alguna carta de alguno de aquellos estudiantes.

—Creo que podré conseguirlo. Hablaré con Lucas.

—Perfecto. Tras la entrevista, y una vez estudien tu currículum y recomendaciones, querrán hacerte una prueba. Que presentes algún tema, una ponencia… ¿Podrías preparar algo del estudio que hicimos?

—Tampoco es problema.

—Bien. ¡Ah! Y el idioma… Querrán que acredites tu nivel de alguna manera. Solo como trámite. Eso es todo por el momento. ¿Lo movemos?

Eva asintió emocionada.

Peter, de forma inmediata, y en su presencia, llamó al director de la facultad de Enfermería y le aseguró que tenía a su futura profesora delante. Tras ello concertaron una cita y quedó en enviarle todo a lo largo de la semana.

Cuando Eva salió del hospital no sabía qué hacer. La había tragado un torbellino y su vida se había vuelto a poner en marcha. Profesora de Enfermería en la UCLA. Jamás se le habría ocurrido que podría optar a eso, aunque solo fuera de adjunta y el sueldo fuera una mierda. Profesora…

Estuvo tentada de llamar a Mikka, pero estaría operando, solo le envió un mensaje diciéndole que le quería. Se sentó en una cafetería con el móvil en la mano, aún en *shock*. Escribió un *mail* a Lucas pidiéndole que le reenviara las cartas de agradecimiento que algunos de los estudiantes que habían pasado por sus manos les habían enviado, y que al él le gustaba guardar, para utilizarlas como carta de recomendación. Y decidió no decirle nada a Mikka. No quería defraudarle si finalmente aquel torbellino se diluía.

Pero, al llegar a casa, sí se lo contó a Pilha y Paolo. En el poco tiempo que se conocían se habían convertido en sus confidentes; las conversaciones nocturnas acurrucados en el salón con una copa en la mano, hablando sobre la vida, sobre ellos, sobre sus miedos y sus anhelos…, sincerándose, eran ya una tradición en su rutina.

Esa noche, Paolo les iba a sorprender con la cena y ellas estaban sentadas en el sofá tomando un vino mientras él trajinaba en la cocina.

Sonó el teléfono y Eva corrió a cogerlo, solo podía ser Mikka.

—Hola, *hiiri* —dijo él nada más descolgar.

—¡Mikka! ¿Cómo estás? Tenía ganas de hablarte.

—Pronto entro en otra operación, estoy agotado —suspiró—, creo que ya solo me mueve la energía de saber que queda menos para verte. Te echo de menos, pequeña.

Eva quería haberle respondido lo mismo y decirle que le quería, pero entre el vino y Paolo haciendo el tonto en la cocina con unos langostinos, le entró la risa.

—¿Qué haces? ¿Estás en una fiesta?

—No… Estamos tomando un vino, mientras prepara la cena Pa…

Pilha le arrancó el teléfono de las manos para impedir que terminara de hablar, lo que dejó descolocada a Eva y sorprendido a Mikka.

—¡Hermano! Tu bodega es espectacular, recuérdame que en Navidad te pida algunas botellas de estas.

—¿Pilha? ¿Qué narices habéis montado en mi casa?

—Solo una cena con amigos, risas y vino. Tranquilo. Te devuelvo a tu chica.

Cuando Eva cogió el teléfono de nuevo, se escuchó una llamada para el doctor Mäkinen por la megafonía del hospital, y este tuvo que colgar sin apenas despedirse. A Mikka le había gustado oírla de nuevo feliz, pero en el fondo le dolía no poder estar allí con ella. Sin poder hacer nada, se centró de nuevo en su trabajo, con la esperanza de acabar cuanto antes.

Decepcionada por la corta llamada, Eva regresó a la mesa.

—¿Por qué no quieres que sepa que Paolo está aquí? —le preguntó a Pilha.

—No sabe que estoy con nadie, y… ¿cómo explicarlo? Mikka es muy protector, espera que encuentre un serio finlandés, me case y tenga hijos en mi tierra, pero no creo que pueda hacerlo.

—Creo que exageras.

—Tú no le conoces como yo. No es igual cuando se trata de su hermana pequeña. Es muy tradicional.

—Sé que quiere formar una familia —afirmó Eva cabizbaja—, pero yo… no estoy preparada.

—Siempre ha querido pequeños Mäkinen corriendo a su alrededor, pero se centró en su trabajo, y su pareja de toda la vida no lo soportó. Ahora ella está casada, vive en una casita a las afueras de Helsinki y tiene varios hijos. Mamá se encarga de recordárselo cada vez que hablan.

—¿Pero él…?

—¿Quieres saber si él aún la quiere? No, definitivamente no, pero sí que creo que añora la idea de regresar a casa después de un duro día de trabajo y encontrar a su mujer y a sus hijos alrededor de una cena caliente. Es nuestra idea de hogar, ¿sabes? Así fue nuestra infancia.

Eva se quedó pensativa, tras las palabras de Pilha había entendido un poco más las razones que impulsaron a Mikka a intentar formar una familia con Sarah. Ella crearía esa imagen perfecta que Pilha había descrito, pero no consiguió imaginarse en una situación similar. Eva no sabía lo que era un hogar así, de niña jamás había cenado junto a sus padres. Solo se sentaban en la misma mesa en contadas ocasiones y, a la mínima, ella acababa siendo despedida a su habitación castigada. Mikka no encontraría con ella nada similar.

Al ver su cara de horror, Pilha intentó arreglarlo:

—Yo tampoco me veo así —reconoció—. Hay muchos tipos de hogar, unos con niños, otros sin ellos… Creo que Mikka se dará cuenta algún día de que un hogar es algo que se siente, no una imagen perfecta. Estoy segura de que tú se lo vas a enseñar —dijo levantando su copa.

Eva chocó la suya con la que Pilha le ofrecía, pero no estaba muy convencida. Lo suyo había sido rápido y ahora la distancia no estaba ayudando. Deseó que el tiempo pasara y poder volver a mirar los ojos azules de Mikka y sentirse protegida entre sus brazos.

No debería haber bebido tanto la noche anterior, su cara la mañana de la reunión era un poema. Entre los nervios que tenía agarrados al estómago y su rostro ojeroso, no estaba pasando por su mejor momento. Se maquilló de forma discreta y se puso un traje de corte clásico, intentando aparentar una seriedad que no tenía.

Supo que había atinado con la indumentaria cuando Peter le lanzó una mirada de aprobación. Cargada con un portafolio, en el que llevaba las cartas de recomendación, tanto de estudiantes como de compañeros y médicos, que había podido recopilar en tan corto espacio de tiempo, y copia de los títulos que acreditaban su formación, entró en un gran despacho seguida del doctor Jenkins.

Fue Peter el que guio la reunión, exponiendo los beneficios para la universidad de contar con una profesora como ella.

Hubo un momento crítico, cuando le preguntaron la razón por la que renunciaba al trabajo en campo para querer dedicarse a la docencia.

No había hablado con Peter de lo que debía decir si le preguntaban eso, y había sido un error porque era una pregunta obvia.

Miró al doctor y decidió decir simplemente la verdad. Entrar en un lugar con mentiras y crear falsas expectativas no le pareció bien.

—No les voy a engañar. El trabajo de campo me encanta, disfruto del trato con los pacientes, el estrés de tener que ser rápida y eficiente, la adrenalina en los momentos críticos, pero no puedo hacerlo más. —Miró a Peter en busca de su aprobación y este asintió, animándola a continuar—. Creo que es por mi carácter, al menos eso es lo que dice la gente que me conoce, pero cada vez lo paso peor cuando un paciente fallece. No soy capaz de poner distancia entre el paciente y yo para que no me afecte su muerte, empatizo con la familia y lo sufro como si fuera alguien cercano a

mí. Nos enseñan a curar, a tratar al paciente y a su familia, pero no a recomponernos.

El decano y el director se miraron, incluso hablaron algo en voz baja que no alcanzó a entender.

—Nuestros profesores suelen ser estudiantes que no llegan a pisar un hospital, brillantes en sus materias, pero faltos de experiencia en campo. Pasan de las aulas a ayudar a algún profesor, muchos estudios de investigación, muchos artículos publicados, y un día empiezan a dar clase, en esta o en otra universidad. Creemos que alguien como usted puede dar un nuevo enfoque a los alumnos. ¿Cuándo podría presentarnos su ponencia?

Y así, sin más, entraría en la UCLA como profesora adjunta si les gustaba cómo explicaba el último estudio de investigación en que había trabajado. Pero tenía solo cuatro días para prepararse.

Capítulo 29

Eva regresaba a casa con la cabeza llena de ideas para exponer cuando se fijó en que había un taxi en la puerta. Mikka no podía ser, porque se habían mensajeado esa mañana, y por Lucas sabía que cenaría en su casa con Sandra y el pequeño.

No. Resultó ser Sarah con un ancho abrigo que escondía sus formas, Paolo le había abierto la puerta y estaba plantada ahí exigiendo ver a Mikka.

—Buenos días, Sarah, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Eva en un siseo falso.

—Busco a Mikka —respondió seca.

—Está en Madrid.

El gesto de Sarah tocándose la barriga antes de hablar no le pasó desapercibido a Eva, lo que hizo que se pusiera en alerta. La mujer que tenía delante ya no era la misma, su halo de confianza había desaparecido y parecía frágil.

—Eva, yo… Mira, necesito hablar con él. La última vez que estuvimos juntos creo que fue la noche en la que tú nos interrumpiste… Bueno, ha habido consecuencias y quiero decírselo.

«¡Y una mierda, frágil! Es la misma arpía de siempre, pero disfrazada».

—Pues tendrás que viajar a España, porque estará allí todavía un tiempo.

—¿Puedes darme una dirección para localizarle?

Eva le dijo en qué hospital trabajaba y la despidió intentando que no viera las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Paolo, que se había mantenido en silencio tras ella, la abrazó por la espalda transmitiéndole fuerza, pero, aun así, a través de su borrosa mirada, pudo ver una sonrisa ladina en el rostro de Sarah.

«¡Dios! ¡Cómo odio a esta mujer!».

Mikka le había dicho que aquella noche no había pasado nada entre ellos, y lo había creído. Aunque ese no era el problema. Estaba

dispuesta a pasar por alto esa mentira. Seguramente era imbécil, pero creía que lo que había entre ellos era sincero.

El problema era que Sarah iba a dar a Mikka algo que deseaba, y que Eva no podía darle, en ese momento no.

Lloró un poco en los brazos de Paolo, bajo la triste mirada de Pilha. Luego se disculpó y se perdió por la playa junto a sus pensamientos.

No podía competir con un bebé, no podía prometerle a Mikka que ella le daría otro. No quería interferir en su reacción. Estaba casi segura de que él no volvería con Sarah, pero sabía que no iba a renunciar a su hijo. Dudó. ¿Y si buscando la imagen perfecta volvía con ella?

Al acabar su interminable paseo le envió un mensaje:

«Tenía algo importante que contarte, aunque imagino que lo que te va a contar Sarah te sorprenderá más. Necesito cuatro días para aclarar mi mente y luchar por mi futuro. Voy a desconectarme. Respeta mi decisión, por favor, como yo respetaré la tuya, aunque me duela. Recuerda que, pese a todo…, te quiero».

Luego desconectó su teléfono.

Regresó a casa con la firme decisión de apartar todo lo relacionado con Mikka, Sarah y su bebé de su mente y centrarse solo en su futuro. Ya no sabía si sería a su lado, pero dar clases en la UCLA a futuros enfermeros y enfermeras se había convertido en su objetivo. Haría esa ponencia lo mejor que sabía y esperaría la decisión de la universidad. Luego, ya se vería qué venía después.

El doctor Mäkinen no recibió la visita de Sarah, solo una llamada telefónica. A Eva podía engañarla, pero a Mikka no porque aquella noche no estuvieron juntos. El dichoso bebé que crecía en su interior era de su exprometido, que había resultado ser un hombre sin escrúpulos al que no le importaba nada más que él mismo. No se iba a hacer cargo del niño, y la única baza que le quedaba era Mikka. Había ido a Malibú con la esperanza de reconquistarle, pero en su lugar se encontró a la mosquita muerta de la española, que no había dejado pasar la oportunidad. Estaban juntos y eso lo cambiaba todo.

—¿Sí? —preguntó el doctor extrañado cuando cogió la llamada desde Estados Unidos, que recibió durante la comida.

—No sabes lo difícil que ha sido localizarte.

—¿Sarah?

—La misma —dijo la mujer jovial al otro lado de la línea—. ¿Cómo te va?

—Liado. ¿Qué quieres?

—Solo saber de ti, no sabía que estabas en España. Estoy en Los Ángeles, he pasado tan cerca de tu casa que no he podido evitar acercarme a verte. —Su voz era amigable y despreocupada—. Eres demasiado bueno prestando tu casa para que Eva pase las vacaciones con su novio, yo no podría… A saber qué hacen en tu cama.

—Creo que te confundes… Ella está allí con mi hermana.

—¡Uy! Quizá he metido la pata y no lo sabías —se excusó fingiendo inocencia—. Pero te aseguro que ese guapo italiano no estaba arreglando la lavadora.

—Debe tratarse de un error, sería un amigo —defendió Mikka.

—No lo creo. Aquel morenazo se veía muy cómodo con ella, se veía de lejos su complicidad y cercanía, y la forma en que la rodeó con los brazos… —Sarah suspiró fingiendo emoción—. Además, iba demasiado poco vestido para no estar viviendo allí…, ya me entiendes.

La conversación a partir de ahí fue en la misma línea, hasta que, cansado, Mikka decidió excusarse diciendo que le llamaban por megafonía.

Tras colgar se sentó en la silla del despacho que compartía con Lucas. La llamada había sido surrealista y no entendía a qué había venido.

Conocía a Sarah y sabía lo manipuladora que podía llegar a ser, pero…

Mikka necesitaba verlo con sus propios ojos, sabía lo dada que era Sarah a la exageración y la manía que le tenía a la española, pero el extraño mensaje de Eva del día anterior le descuadraba.

¿Habría algo de razón en lo que decía Sarah?

También estaba la llamada de esa semana, en la que Pilha y ella parecían estar divirtiéndose, aunque su hermana sabía la relación que los unía, así que la neoyorquina no podía tener razón.

Pero cuando intentó contactar con Eva para aclarar las cosas, todos los teléfonos estaban apagados, ni siquiera Pilha cogía el suyo.

Se volvió loco de desesperación a miles de kilómetros de distancia, las imágenes de ella en brazos de otro hombre en su propia casa inundaban su mente de forma traicionera, haciéndole dudar. Necesitaba regresar lo antes posible y comprobar qué estaba pasando.

Y lo que estaba pasando era que Eva se había centrado en su ponencia, y estaba trabajando en ella mañana, tarde y noche, ajena a las triquiñuelas de la americana. Solo se permitió pensar, un par de días después de su visita, que Mikka ya sabría lo de su paternidad, pero le dolía tanto imaginarle feliz con la noticia que se obligó a trabajar.

Pilha y Paolo la ayudaron, se les ocurrió preparar un reportaje que ayudaría a Eva a explicar cada fase del proyecto y lo hicieron en tiempo récord. A Peter le pareció buena idea que entrevistaran a algunos pacientes y personal sanitario y que grabaran parte de las salas donde había transcurrido todo, ya que luego quedaría para sus propias presentaciones.

Por fin llegó el día, y nerviosa pero segura de sí misma, se dirigió a la gran sala donde daría su ponencia. El aula estaba repleta de estudiantes, no solo de Enfermería, también futuros médicos a los que el estudio de investigación había interesado. Peter, Jessica, el doctor Morris y algunas de sus excompañeras estaban allí. Era su momento, en el que se decidiría su futuro.

Lo bordó. Lo supo en cuanto terminó, cuando, tras dar las gracias por la atención al público, este se levantó regalándole un aplauso y una ovación. Pensó que así se debía de sentir una actriz en la alfombra roja.

El decano y el director no la hicieron esperar, no tuvieron que debatir nada, la querían en su equipo y se lo hicieron saber de inmediato. Peter negoció las condiciones de su contrato y el próximo semestre sería responsable de impartir dos asignaturas. Así, sin más, volvía a tener un objetivo, un trabajo y una ilusión.

En una nube de felicidad regresó a casa, el móvil estaba en la mesilla del dormitorio y se moría de ganas por llamar a Mikka. Lo había conseguido y el peso de la incertidumbre se había evaporado.

Entró corriendo, dejando la puerta abierta a su espalda, Pilha debía de estar en la playa o en la terraza, de forma que al primero que vio fue a Paolo y se lanzó a sus brazos. Gracias a ellos lo había conseguido, su reportaje había sido un éxito. Habían sido su apoyo los últimos cuatro días, con sus noches. Aguantando su malhumor, sus bajones y sus dudas en unos momentos difíciles.

Se dejó arropar por el italiano, lloró en su pecho de felicidad y recibió palabras de consuelo mientras Paolo le acariciaba la cabeza como si de una niña se tratase.

La incertidumbre de no saber qué estaba pasando en Los Ángeles le tenía consumido e incrementó el ritmo de trabajo, y cuando le fallaron varios pacientes por un virus que se estaba cebando con la población, no lo dudó, Mikka pagó lo que le pidieron para adelantar el vuelo y regresó. Se bajó del vehículo agotado ya que apenas había podido dormir. Pagó al taxista y le agradeció que sacara sus maletas.

Le sorprendió encontrar la puerta de casa abierta, de forma que entró inseguro por no saber con qué se iba a tropezar y lo que descubrió le volvió loco.

Sarah tenía razón, no había sido una artimaña para liar las cosas, allí de pie junto al gran ventanal de la terraza estaba Eva dejándose abrazar por un hombre.

¡En su casa!

—¡Sal de aquí! ¡Recoge tus cosas y vete! —bramó furioso, sobresaltando a la pareja, que le miró atónita—. ¿Esto era lo importante? Lo que ella me dijo fue mil veces mejor que esto.

Eva no pudo articular palabra, la reacción de Mikka no se parecía a nada de lo que hubiera imaginado y tuvo miedo.

Cegado por la furia, Mikka se centró en el hombre, que había reculado hacia la terraza alzando las manos pidiendo paz, pero no podía perdonarlo. No estaba tranquilo, y por primera vez en su vida perdió el control. Estrelló el puño con todas sus fuerzas en el rostro del italiano y sintió crujir el hueso, notó el dolor en la mano, pero eso no calmó su ira.

El hombre cayó al suelo, y no intentó levantarse. No iba a luchar contra él, pero necesitaba que se defendiera. Mikka le levantó agarrándole de la camiseta y se preparó para asestarle otro golpe.

Pilha, alertada por los ruidos, se interpuso sujetándole la mano. Su hermana. Su hermana lo sabía y se lo había escondido.

El italiano aprovechó el momento en que Mikka fue consciente de aquello para alejarse y mantenerse a una distancia segura de sus puños. Mientras la voz de Pilha, hasta el momento indescifrable, comenzó a tener sentido para él:

—Es Paolo, Mikka. No le hagas daño. Le quiero —repetía su hermana una y otra vez.

«¿Le quiero?», por fin alcanzó a entender.

Su furia se fue apagando y cayó desplomado de rodillas a los pies de su hermana, que le consoló acariciándole la cabeza como hacía unos momentos había hecho Paolo con Eva.

Había caído en la trampa de Sarah, se sentía engañado y tonto por haberla creído, por haber dudado de Eva.

Cuando su respiración se hubo calmado, se incorporó, sin palabras ayudó a hacerlo al italiano, y buscó a Eva.

Se había ido.

Pilha no le dejó ir tras ella sin aclarar primero las cosas. Lo obligó a ducharse y ponerse cómodo. Lo obligó a descansar mientras ellos intentaban localizarla.

Eva se había ido dejando todas sus cosas desperdigadas por su dormitorio, el teléfono apagado en la mesilla, el pijama sobre la

cama junto a un montón de papeles. Les echó un vistazo, eran las publicaciones sobre el estudio de investigación.

Se demoró un poco en bajar, avergonzado por su triunfal entrada. El tal Paolo era pareja de Pilha y, aunque no le gustaba un pelo, no tenía nada que ver con Eva.

Cuando llegó al salón, su hermana le taladró con la mirada, su novio tenía una bolsa de hielo cubriéndole parte del rostro, que ya había empezado a adquirir una tonalidad morada. Se le iba a poner feo, muy feo. Sus nudillos estaban hinchados, pero no se quejó, lo cierto es que el otro se había llevado la peor parte.

—Lo siento, yo… Yo pensé… Creí que… —balbuceó una disculpa.

—¿Te parece normal la forma en la que has llegado? —le acusó ella.

—No, pero llevo cinco días intentando hablar con vosotras. Sarah me llamó y me dijo cosas que… Tenía que… Cuando llegué y le vi abrazándola, yo… Pensé que era verdad y perdí el control. —Miró a Paolo avergonzado—. Lo siento.

—Tienes buenos puños. ¿Has pensado en dedicarte a ello de forma profesional? —bromeó este.

—Paolo es mi pareja, Mikka. Quería presentártelo en persona y no decírtelo por teléfono. Él solo estaba abrazando a Eva porque ha conseguido algo muy importante. Ha tenido unos días de mucho estrés y tu ex no ha ayudado mucho.

—Me dijo que estaba con su novio en mi casa y que le había sorprendido que se la dejara para sus vacaciones.

—Vino aquí embarazada y diciendo que era tuyo…, y no sé qué de la última noche que estuvo aquí —explicó Paolo.

—Esa noche no pasó nada —aseguró Mikka exasperado.

—Pues no es lo que ella le dijo a Eva.

—Está claro que ha intentado separaros para ver si vuelve a cazarte —mencionó Pilha.

—Eva me escribió un mensaje, no lo entendí. Me pedía tiempo para resolver su futuro. Cuando la he visto entre sus brazos…

—Eva ha tenido hoy una prueba en la universidad. Ha tenido que centrarse en ello y apartar todas las complicaciones que Sarah trajo. Lo ha hecho muy bien —explicó Pilha.

—Va a ser profesora adjunta en la facultad de Enfermería de la UCLA —anunció Paolo.

—¿Se lo han dado? —preguntó la chica.

—Sí, por eso la abrazaba. Ha sido mucha tensión y ha roto a llorar en mis brazos. ¿Qué queríais que hiciera?

—¿Sabéis a dónde ha ido? Tengo que arrastrarme en el lodo.

—Ni idea, hermanito, pero no sé si eso será suficiente.

Capítulo 30

Eva huyó en el mismo taxi en el que había llegado Mikka, le dio tiempo a coger solo su bolso, donde llevaba la documentación y unos pocos dólares.

Pidió al conductor que la llevara hacia Santa Bárbara. Necesitaba alejarse. El taxi la dejó en Port Hueneme, un lugar completamente desconocido para ella. Vagó sin rumbo por las calles de la ciudad californiana hasta encontrar un motel que le pareció apropiado para esconderse. Necesitaba desaparecer, poner en orden sus ideas, analizar sus sentimientos y todo lo que había pasado.

Agotada por los últimos días, se metió en la cama y durmió del tirón casi un día entero, hasta que su estómago rugió pidiendo alimento.

Aconsejado por Pilha, Mikka dejó pasar la noche y comenzaron su búsqueda al día siguiente. Volver a preguntar a Jessica, a Tomás y a Jon por el paradero de su chica le resultó muy incómodo. Tuvo que enfrentarse a la mirada reprobatoria de sus amigos, sabiendo que se preguntaban qué había hecho esa vez. Con Eva perdía la razón y actuaba de forma impulsiva, ella sacaba lo mejor y lo peor de él, pero merecía la pena porque conseguía que se sintiera vivo.

Habló con Peter, que le contó emocionado cómo su chica había dejado a la élite de la UCLA boquiabierta con su ponencia, iba a tener un futuro prometedor como profesora. Estaba orgulloso, y decírselo se sumó a la lista de cosas que tenía pendientes, pero que no podía hacer si no la encontraba. Nadie sabía dónde estaba, había desaparecido como por arte de magia.

Ni Pilha ni Paolo tuvieron más suerte en su búsqueda.

No llamó a España hasta dos días después, no había querido preocupar a sus amigas, pero había llegado a un punto desesperado y solo le quedaba comprobar si había regresado a casa. Llamó

primero a Lucas, sin suerte, y solo consiguió una bronca de su amigo y amenazas si a ella le había pasado algo.

«¡Como si no me sintiera ya lo suficientemente miserable!».

De todas sus amigas, decidió llamar a Daniela porque era con la que mejor había congeniado. En Madrid montaron una red de búsqueda sin éxito. Si no había viajado a España, seguía en Los Ángeles, escondida en algún sitio.

Perdió los estribos, primero en casa de Jessica y luego en la de Tomás, convencido de que la estaban escondiendo. Entró sin ser invitado, y buscó enfadado cualquier pista que indicara que Eva se encontraba allí.

Nada, era como si se la hubiera tragado la tierra.

Y lo cierto es que Eva hubiera preferido eso, que el suelo bajo sus pies se hubiera abierto para hacerla desaparecer, y todo para acabar con el sufrimiento de saber que él había decidido formar una familia con aquella odiosa mujer. Si la había echado de su casa de esa terrible manera, era porque Sarah había ganado. Eva huyó sin saber la razón que había llevado a Mikka a decirle aquello, pero sacó sus propias conclusiones.

Quería ser madre, pero era pronto. Antes porque no sabía qué iba a ser de ella en un futuro y ahora, que todo estaba más claro, porque no era el momento. Tenía que empezar a trabajar, ver cómo se organizaba y luego ya vería. Él quería algo muy distinto a lo que ella podía darle.

Sonó la puerta de la habitación y se asomó curiosa. Un nervioso Paolo esperaba tras ella.

—Paolo, ¿cómo me has encontrado? —preguntó observando el tono morado, casi negro, que cubría gran parte de su rostro—. ¿Y qué te ha pasado?

—El taxista. Localicé al taxista y me dijo que te dejó cerca de aquí. —La chica le miró con el temor de haber sido descubierta—. No se lo he dicho a nadie. Pilha tampoco lo sabe —aclaró él, y Eva respiró aliviada.

—Solo necesito aclararme un poco. Ver cómo voy a afrontarlo.

—¿Afrontar qué? —interpeló enfadado.

—Que Mikka vuelva con ella —alegó la chica.

—Tenéis que hablar. Esa mujer ha sembrado semillas en vuestras mentes para separaros y no debéis dejar que lo consiga. No está embarazada de Mikka, el crío no es suyo. A ti te hizo creer eso y a él que tú y yo estábamos liados en su propia casa —manifestó—. No puedes dejar que lo consiga.

Eva comprendió entonces por qué el ojo del italiano mostraba ese horroroso aspecto.

—Ahora estoy hecha un lío, Paolo.

—Lleva tres días buscándote desesperado, Pilha también. Han pensado incluso en llamar a la policía. Ese hombre es un loco, pero te quiere, Eva.

—Dame tiempo, por favor —suplicó.

—No puedo esconderlo, Pilha se siente culpable por no haberle dicho a su hermano que yo estaba con vosotras. Ven conmigo. Déjale que se arrastre. Se muere por hacerlo y yo por verle. ¡Joder! Mira cómo me ha dejado la cara.

Eva sonrió, hacía tanto que no lo hacía que sintió cómo sus mejillas se resentían. Sarah no iba a tener un hijo de Mikka. No había familia. Solo malentendidos. Habían dudado el uno del otro a la primera, ella creyó que él le había mentido sobre esa noche y él que ella sería capaz de liarse con otro, nada más y nada menos que en su casa.

¿Qué futuro tenían juntos si reaccionaban así?

—Necesito tiempo —concluyó.

—Cabezota —protestó él—. Nos vamos en dos días. Nuestro vuelo sale el jueves. Estoy seguro de que a Pilha le gustaría cogerlo sabiendo que todo entre vosotros se ha arreglado. Por favor, piénsalo —dijo antes de marcharse.

Capítulo 31

Si Mikka no se emborrachó hasta perder el sentido, fue porque su hermana se lo impidió. Había tirado la toalla, había dejado de buscarla. Todas sus cosas estaban en su casa, su ropa ocupaba parte de su vestidor, su móvil aún se encontraba en la mesilla de noche, ya sin batería.

Agobiado porque todo le recordaba a ella, decidió salir a correr por la playa, algo de ejercicio le vendría bien, sentir sus músculos doloridos le ayudaría a centrar sus pensamientos en otra cosa. Se arrepentía de haber reaccionado como un neandertal, pero cuando la vio entre los brazos de Paolo, todo lo que Sarah le había contado envenenó su mente. Con Eva se volvía posesivo, ella era su mujer, su cuerpo así lo había decidido, y cada una de sus células la reclamaba como suya. Nunca había sentido algo así por nadie, ni siquiera por Helga, con la que casi llegó a casarse hacía muchos años, cuando le pareció demasiado pronto para atarse.

Corrió hasta acabar agotado, y la playa dio paso a una zona rocosa donde se dejó caer en un claro de arena.

Permaneció tendido, inerte, hasta que recuperó la respiración, hasta que sus músculos se adormecieron, hasta que sus ojos cansados de vivir alejados de ella se cerraron. La noche estrellada ocupó el cielo, el sudor de su cuerpo se enfrió, pero no tenía fuerzas para volver a su habitación, a su cama vacía, y aquel suelo se le antojó un lugar perfecto para quedarse. Se relajó y se dejó ir, demasiado agotado para seguir luchando.

Eva decidió abandonar su escondite y llegó a casa de Mikka cuando, según le dijo Pilha, este acababa de salir a correr. Se asomaron a la terraza, pero no se le divisaba desde allí. Su hermana le rogó que lo arreglaran, no podía marcharse y dejarlos en ese estado a ambos.

—Sois el uno para el otro. Cualquiera puede verlo, y si no lo hacéis, es que estáis tontos —alegó Pilha ante las dudas de Eva.

Ella no había ido con intención de arreglarlo. Solo necesitaba tratarlo de una forma adulta, ya se encontraba con la fuerza suficiente para hacer frente al vikingo. Le pediría perdón por haber dudado de su palabra y dejarse embaucar por Sarah, y esperaba que Mikka hiciera lo mismo. Luego buscaría alojamiento, quizá Tomás y Jon conocieran algún lugar económico que alquilar. Pero Mikka no regresaba, incluso cuando anocheció, y eso la preocupó.

—¿Qué habrá sido capaz de hacer ese loco? —pensó en alto.

—Cualquier cosa, Eva —declaró Paolo preocupado—. Ese hombre ha vivido como un fantasma desde que desapareciste.

—Mi hermano te quiere —secundó Pilha—. Jamás le había visto así por nadie. Espero que no haya sido capaz… —La chica miró al horizonte, al mar, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por dónde se fue? —preguntó Eva asustada.

Ambos miraron en la dirección en la que Mikka había comenzado su carrera, y ella salió a buscarle. La pareja sonrió encantada, sin que Eva se percatara, habían conseguido una reacción en ella. Ya todo quedaba en manos de Mikka y esperaban que no la dejara huir esa vez.

Conforme avanzaba por la playa sin verlo comenzó a preocuparse más y más. A cada paso su mente desesperada imaginó situaciones grotescas. Se obsesionó con la posibilidad de perderle, y la sola idea de que aquello pudiera pasar la dejó sin respiración. Mikka era su mundo, el hombre por el que estaba dispuesta a arriesgarse. Rezó por que no le hubiera pasado nada, suplicó que no hubiera cometido una locura. Necesitaba verle una vez más. Le diría todo lo que la hacía sentir, no se callaría nada en esa ocasión.

Estaba muy oscuro cuando le pareció divisar un bulto tendido en la arena. Eva había caminado varios kilómetros, y el recorrido había sido una agonía. No estaba segura de que fuera una persona, estaba tan inmóvil que parecía una roca.

Al principio se dijo que no era posible, e intentó relajarse, pero luego, conforme se fue acercando y las luces lejanas de la carretera dibujaron su contorno, se convenció de que era una persona.

«¿Será Mikka? ¿Le habrá pasado algo?».

Ese pensamiento la hizo correr en aquella dirección. Cuando solo quedaban unos metros, no le cupo la menor duda de que se trataba de él. Le entró pánico y gritó su nombre pensando lo peor.

Mikka no tuvo tiempo de reaccionar, cuando la escuchó, ella ya estaba encima llorando y palpándole, intentando buscar sus constantes vitales.

Se incorporó lentamente, puesto que había permanecido demasiado tiempo en la misma posición y tenía los miembros agarrotados, a la vez que intentó tranquilizarla.

«¿Qué narices ha pensado esta loca?».

—Shhhh, tranquila. Estoy bien —indicó Mikka intentando calmarla.

Eva no respondió, solo rompió a llorar, la sola idea de haberle perdido, de que le hubiera pasado algo, la había aterrorizado, y aunque era consciente de que solo había sido su imaginación, ese temor hizo aflorar sus sentimientos y no pudo controlar el llanto.

Mikka la abrazó para sosegarla, le sujetó la cara con sus grandes manos, obligándola a mirarle a los ojos, secó sus lágrimas con sus labios, besó su boca, le susurró palabras de amor. Todo ello hizo que poco a poco ella se serenara y comenzara a responder a sus besos y caricias.

Las sensaciones les desbordaron y se dejaron llevar. La desesperación, el miedo, el odio y la nostalgia que habían sentido estallaron en forma de pasión. El llanto se transformó en suspiros y el dolor en jadeos. Sus manos volaron por sus cuerpos, añorando el contacto. La ropa desapareció y, sin importarles que pudieran ser vistos, se perdieron en sus sentidos. Cuando él entró en ella, lo hizo mirándola a los ojos. No hubo palabras, pero se entendieron. No hizo falta decir te quiero, porque sus cuerpos se amaron.

Cuando la tormenta de sensaciones amainó, permanecieron abrazados, manteniendo el contacto, como si temieran que al

separarse alguno de los dos pudiera desaparecer.

Fue Mikka el primero en hablar para decir «lo siento». Eva selló sus labios en respuesta con el dedo índice, y le pidió perdón.

Epílogo

Han instalado un bonito arco de madera cubierto de cintas de raso y florecillas blancas en la arena de la playa. Hay que reconocer que Mikka y Eva, él con pantalón y camisa de lino y ella con un vestido del mismo tejido, hacen una pareja perfecta. Estoy seguro de que si el doctor la viera desde mi posición, sacaría los ojos a todos los hombres de la fiesta, porque al trasluz está preciosa y parece una diosa griega.

No había estado nunca en una boda en la playa, en España no se estilan, pero es interesante, sobre todo porque poder ir vestido de ibicenco —como vamos todos los españoles— es muy cómodo. Incluso los niños se están comportando bien, para tranquilidad de sus padres.

Mis sobrinos Pablo y Jesús, junto con Marcos, el pequeño de Marta, y Luis, el de Lucas, llenan sus ropas de arena sentados con sus cubos y palas. Juegan en silencio, y lo asombroso es que están bastante quietos. Eduardo y Toni los observan de cerca, ya que sus madres están junto a su amiga, llorando emocionadas.

Marta, Daniela, Sol y la finlandesa, de nombre extraño, son unas bellísimas damas de honor, vestidas igual, parecen sacerdotisas.

Ángela y Maya, que ya son mayores, han recorrido orgullosas, delante de la novia, la alfombra azul que han puesto hasta el altar, tirando unas pequeñas florecillas blancas que parecen las mismas que las del arco. Pero Mikka no tenía ojos para ellas, su mirada ha permanecido fija todo el rato en su mujer.

Mi niña ha estado impresionante, con su pelo negro recogido en dos trenzas de boxeadora, parece tan mayor… Estaba nerviosa, porque su madre le había dicho que su trabajo era muy importante y que tenía que hacerlo perfecto. No bien, perfecto, y eso para una niña de seis años es muy exigente.

Esta mañana la encontré llorando porque creía que iba muy rápido o muy despacio, y trabajamos durante una hora el paso ideal según

el ritmo de la música, hasta que le salió. Y lo ha bordado. Es una campeona.

Cuando ha llegado al final, ha dejado su cestita en el escalón y, antes de correr junto a Leo, me ha mirado orgullosa y con complicidad, no he podido evitar emocionarme. Esa niña es lo mejor que he hecho en la vida, y sus padres lo están haciendo de maravilla con ella.

El otro día fui a verla actuar a la función de *ballet* con Daniela, porque a Leo le fue imposible cambiar una reunión. Es muy complicado compaginar el trabajo con la cantidad de vida social que tienen los pequeños ahora: *ballet*, teatro, partidos de futbol… Mis hermanos siempre están liados con estos temas, sobre todo en Navidad o final de curso. Según Daniela, Ángela se confundió en uno de los pasos, pero yo no lo noté, absorto en sus gráciles movimientos, en sus alitas de hada que se movían graciosas y en cómo meneaba la varita con soltura; su actuación me pareció perfecta y no pude evitar pensar en lo mayor que se está haciendo. Daniela debió de notar mi emoción, porque cuando todo terminó y llevamos a Ángela a merendar, aprovechó el momento en que esta jugaba con sus amigas para preguntarme si estaba bien.

No la engañé, con Daniela siempre me ha resultado fácil sincerarme. Estoy bien, pero he de reconocer que ver crecer a mi hija desde una posición secundaria es complicado, sobre todo cuando me acerco a una edad en la que ya se va viendo quién va a ser el tío soltero, o «solitario», como dice Pablo. Pero no me arrepiento de haberme hecho a un lado para que mi hermano encontrara la felicidad, se lo debo, porque él habría hecho lo mismo. Sé que él habría actuado mejor que yo, le habría dicho a Daniela que el hermano adecuado la esperaba en el otro bar. Pero yo no soy tan noble como Leo.

Daniela me dijo que si quería, cuando Ángela fuera mayor y capaz de entender esta locura, le diríamos la verdad, pero le respondí que no. No tuve que pensarlo. Sé que la pequeña me quiere, aunque crea que no soy más que su tío, y prefiero que sea así. Si algún día descubre la verdad… No estoy preparado para ver en sus ojos la decepción. Fui un cabrón, lo sé. No soy noble, lo sé. Soy una

persona egoísta, y hasta el momento solo he pensado en mí, pero no estoy preparado para que mi «ángel» lo sepa, para ver el reproche en sus ojos. Prefiero que me mire como a un héroe un poco más.

Cuando llega el momento del intercambio de los anillos, una señora americana rompe a llorar escandalosa en uno de los bancos mientras su marido la consuela. Lucas ha sido el encargado de acompañar a Eva al altar y el responsable de llevar las alianzas. La madre de Mikka se ha mantenido al lado de su hijo y le ha tomado la mano en alguna ocasión, pero, por lo demás, ha resultado ser bastante inexpresiva. Recuerdo aún a mi madre llorar sin control en las bodas de Eduardo y de Leo. ¡Qué diferentes somos los españoles de los finlandeses! Eva no se va a aburrir enseñando las buenas costumbres al estirado del vikingo, aunque ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos.

Por fin termina la ceremonia, los novios se giran y todos rompemos a aplaudir y vitorear. Más bien lo último lo hacemos los españoles y la pareja de latinos que tiene ese local tan chulo, que somos los escandalosos. El Cumbia Hispana, creo que lo llamaron. Hace una par de días celebramos la despedida de solteros de los novios, como manda la tradición, y lo hicimos allí. Fuimos todos menos Daniela y Leo, ellos se quedaron con toda la niñería en el hotel. Después del largo viaje estaba agotada, y en su estado debe cuidarse.

Sí, Daniela está muy embarazada. No puedo evitar sonreír al ver como Leo, protector, se acerca a ella nada más acabar la ceremonia, mientras los novios reciben las felicitaciones de sus amigos, y acaricia su barriga susurrándole algo que hace que ella reaccione contemplándole con cariño. Ambos miran en mi dirección, y es que Ángela corre a mis brazos emocionada para enseñarme lo que le han dado Mikka y Eva al terminar. La tomo entre mis brazos poniéndola a mi altura y dejo que me muestre, excitada, el precioso colgante de plata en forma de florecilla, que los novios le han regalado por su

ayuda y que quiere que le ponga. Cruzo la mirada con mi hermano, que me observa reaccionar, abrazado a su preciosa mujer embarazada. Le sonrío de nuevo. ¡Me alegro tanto por ellos!

Tras la ceremonia, todos nos hemos dirigido a una carpa donde nos han servido una fantástica cena y, a estas alturas, la bebida corre incitando a todos los asistentes a desinhibirse bailando. Los niños están controlados, ya ha anochecido, así que decido perderme. Me alejo de la fiesta en dirección a la orilla, y cuando la oscuridad me esconde y los sonidos de la celebración llegan amortiguados, decido sentarme.

La próxima semana cumpliré treinta y nueve, y ya no tengo un plan de futuro. Parece una tontería, pero el absurdo trato que hice con Eva no me disgustaba tanto. Pensar en compartir el final de la vida acompañado de alguien, como van a hacer todos lo que me rodean, me parecía interesante.

—¿Compartes tu escondite? —pregunta Eva de pronto. Sumido en mis pensamientos, no la he escuchado llegar.

—Solo si no me hablas de bodas ni pañales —respondo recordando nuestra conversación cuando Ángela cumplió tres años.

—¡Qué va! Las bodas y los niños están sobrevalorados. ¿No crees?

—Dímelo tú, que al final has caído en ello.

—De pronto, me pareció que la libertad no era para tanto. —Pese a su vestido, ella se sienta junto a mí—. ¿En qué pensabas?

—En que me acerco peligrosamente a los cuarenta y no quiero quedarme solo —reconozco—. Os veo a todos tan felices con vuestras parejas y siento… Me gustaría poder vivir esa complicidad que hay entre Sol y Edu, o dar rienda a mi instinto protector como Leo con Dani, o simplemente poder mirar a otros hombres como tu vikingo me mira, dejando claro que eres suya.

—Siento haberte dejado tirado.

—Teníamos un trato y, si no recuerdo mal, la condición para que se cumpliera era que ninguno encontrara pareja antes de mis cuarenta. Mikka es un buen hombre… Un poco estirado, pero te quiere.

—Estoy embarazada, Ángel —me informa de golpe.

—Mikka tiene que estar emocionado.

—No lo sabe aún, no he podido decírselo a nadie. Estoy aterrorizada.

—Mira a tus amigas. Son felices y pueden con ello, y no con uno, sino con dos a la vez, como Sol. Y te digo, de primera mano, que esos dos niños son dos pequeños monstruos.

—Ya, pero… no sé si estoy preparada. Mikka quiere ser padre, sueña con formar una familia, pero le había convencido para esperar. Por fin ha entendido lo bueno que era para nosotros disfrutar de un poco más de tiempo solos. Viajar, trasnochar, sin otra obligación que nuestros trabajos, que son, hay que reconocerlo, bastante absorbentes. Y ahora… ¿cómo se lo explico?

—Ese hombre te adora y caminaría sobre brasas ardiendo por ti, pequeña. Ve y díselo —la animo—. Dale otro motivo de felicidad esta noche.

—¿Estás seguro?

—Completamente —le confirmo—. Y te lo dice un hombre que sacrificaría sin pensarlo su libertad por una noticia así de una mujer como tú.

Que en ese momento ella me abrace con fuerza me llega por sorpresa, pero le devuelvo el abrazo cerrando los ojos. Por un momento odio a Mikka por tener algo que podía haber sido mío, pero el tipo no es mala gente y lo merece, de modo que el odio se transforma en envidia.

El sonido de una tos forzada nos devuelve al mundo. Si el finlandés no está contento por encontrarnos solos y abrazados en la oscuridad, no lo demuestra, tiende una mano a su mujer y ella no duda en tomársela.

—Estoy segura de que encontrarás a tu persona, Ángel, solo ten paciencia —dice antes de levantarse.

Se alejan siguiendo la orilla, cogidos de la mano, y por cómo reacciona él unos metros más allá, abrazándola con fuerza y haciéndola girar, sé que tenía razón, y que aquel hombre se ha tomado muy bien la noticia.

Tras años de soledad autoimpuesta, soy consciente de ello, la envidia se transforma en esperanza. Eva tiene razón, alguien, en algún lugar del mundo, está esperando lo que yo aún tengo que ofrecer, y dispuesto a tener paciencia me tumbo en la arena y observo la inmensidad del cielo, dejándome llevar por mis sueños.

Carta a mis hijos

Vivir el momento y disfrutar de la vida es importante. Aunque aún pienses que tienes tiempo, no tardarás mucho en darte cuenta de que este vuela, y cuando lo descubras probablemente te arrepientas de no haber hecho alguna cosa de otra forma.

Hay una edad en la que es inevitable que realices balance de tu vida, que analices las decisiones que has tomado y los caminos que has escogido hasta llegar a ese momento. Puede que lo que veas no te guste o puede que sí.

Si no te gusta, recuerda que siempre puedes cambiarlo, nunca es tarde para ser feliz. Piensa en ello y actúa.

Como madre, me gustaría guiarte, evitar que cometas los errores que cometemos todos sin excepción, pero ¿qué aprenderías? ¿Vivirías tu vida o un sucedáneo de la mía?

Debes tomar tus propias decisiones. Usa ese sentido común que he intentado inculcarte desde pequeño/a. Debes cometer tus propios errores para ser tú, y no te arrepientas, simplemente aprende y sigue adelante, evitando volver a cometerlos. Y si es así, no pasa nada. Ponte en pie y vuelve a intentarlo.

Como madre, me gustaría que seas feliz, pero la vida no siempre lo es. La vida a veces es triste, es injusta. Aprovecha los pequeños momentos que te regale y atesóralos, porque son esos momentos a los que debes aferrarte cuando estés triste, tengas miedo o te sientas inseguro/a

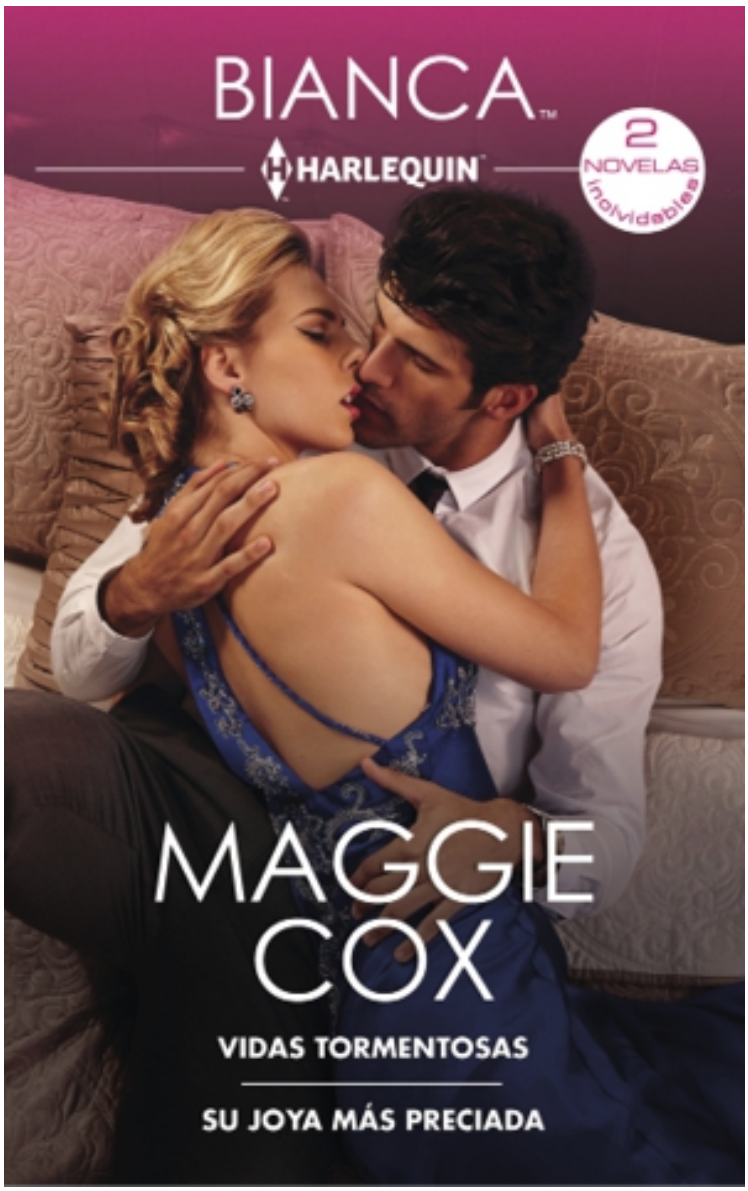
Vive siendo tú, no sigas los pasos de las personas que te gustaría ser, no pierdas tu identidad y disfruta. Y, sobre todo, recuerda que siempre estaré ahí cuando me necesites.

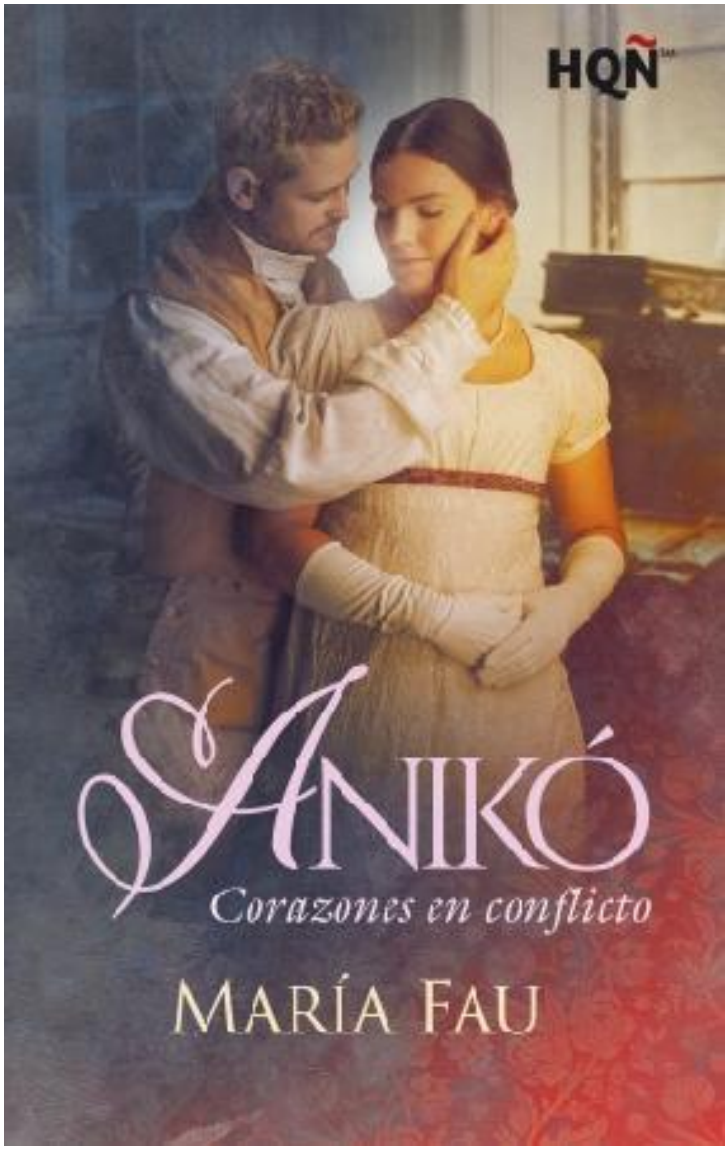
Te quiere,

Mamá

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





Anikó. Corazones en conflicto

Fau, María
9791370006280
256

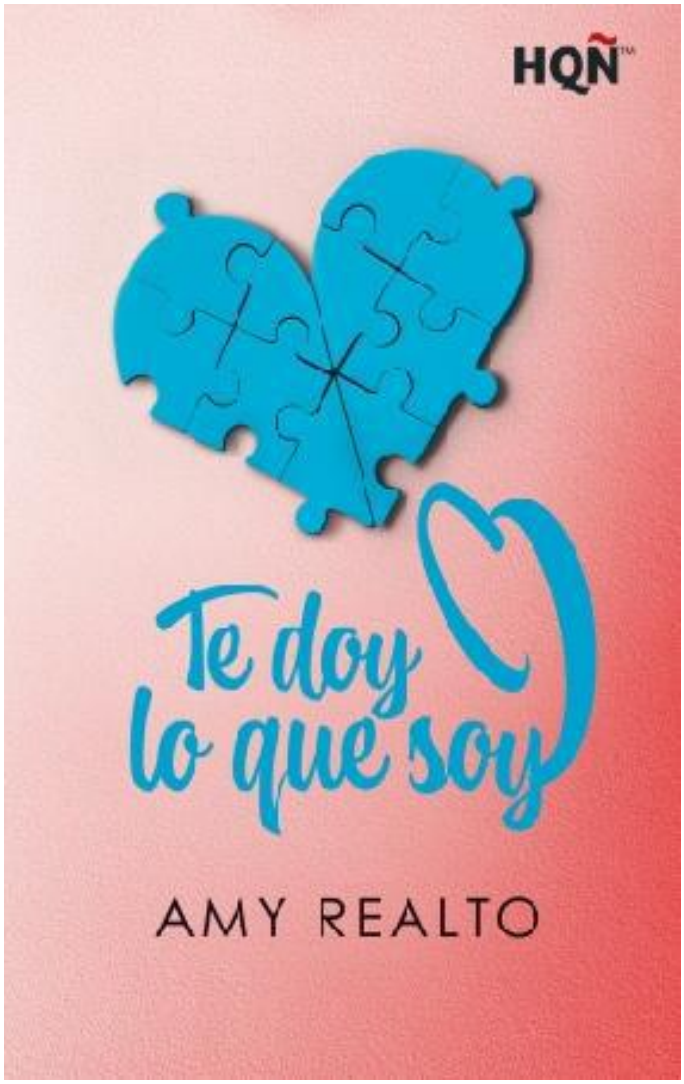
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando sir Henry Dawson y su esposa Sophia acogen a su sobrina huérfana, causan sin saberlo una revolución en su pequeño universo. Anikó se ha criado en Hungría, en un ambiente alejado de los encorsetados convencionalismos de la alta sociedad londinense, y pronto sus dos jóvenes vecinos, Robert y Charles, se sienten atraídos hacia ella, mientras que sus primos, que contaban con heredar la fortuna de sir Henry, ven sus expectativas amenazadas.

Ajena a las pasiones que ha desatado, Anikó intenta dejar atrás sus modales de pilluelo para convertirse en la joven debutante que su tía Sophia desea. En el camino debe hacer frente a la envidia y la aversión y descubrir que ese sentimiento que, sin ella saberlo, se iba abriendo paso en su interior es lo que los adultos llaman amor.

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te doy lo que soy

Realto, Amy
9788411418232
386

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La imperfección puede convertirse en perfección cuando las piezas adecuadas encajan.

Hay errores que pasan factura y eso Inés lo sabe bien. El suyo llegó en forma de jefe, profesor, mentor o como queráis llamarlo y se llevó sus sueños. Sin ellos, empezará de nuevo. Se conformará con poder pagar las facturas y luchará para no tropezar de nuevo con la misma piedra.

Pero Marcos no se lo va a poner fácil. La ha contratado para que lo dejen tranquilo y ella no parece comprenderlo. Su molesta doctora se inmiscuirá en sus asuntos hasta sacarlo de quicio, pero también se convertirá en un desafío, y él nunca renuncia a una buena contienda.

Una batalla de inteligencias entre dos personas que son capaces de todo por ganar. Dos pasados diferentes muy presentes en el ahora. Dos personas que verán más allá de las apariencias. Una mujer y un hombre destinados a encontrarse.

¿Conseguirá Inés no volver a tropezar?

- Secuela de *Te doy mi sonrisa*, es imprescindible conocer la historia de Marcos.
- Dos personajes muy potentes e inteligentes que a inician una guerra sorprendente con escenas divertidas.
- Es una novela para devorar, disfrutar, reír y suspirar, de las que tienen un final que deja el corazón blandito.
- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense, romance… ¡elige tu historia favorita!

- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Piérdete... conmigo

Garcia, Anna

9788413481975

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

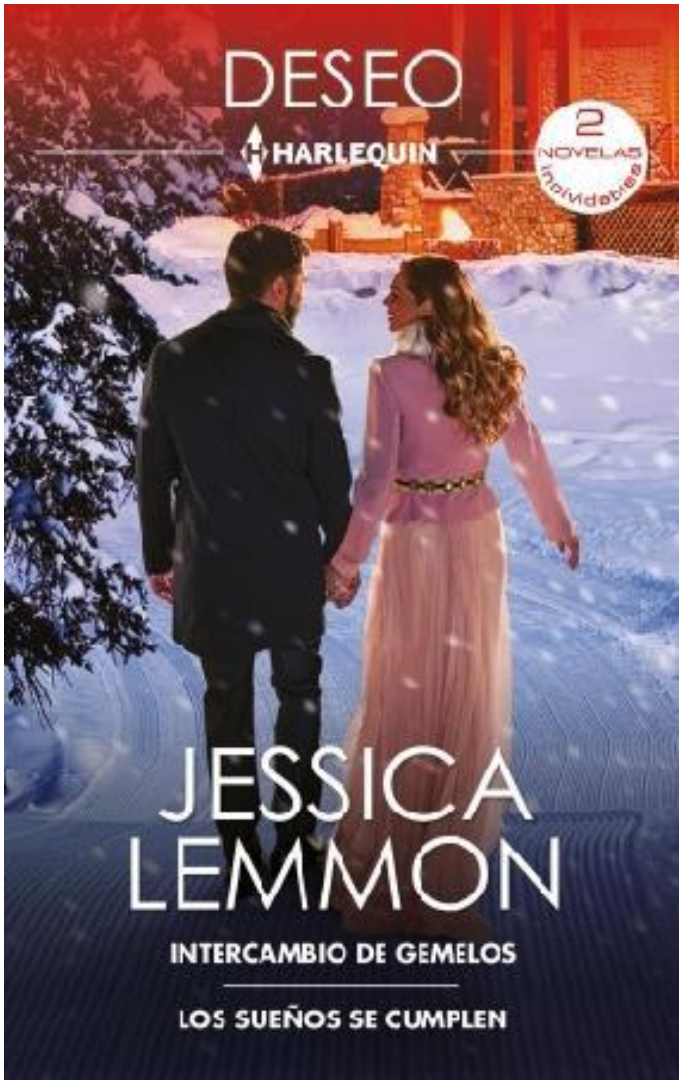
Atragantarte con un chupito de algo desconocido en la barra del bar más destartalado.

Viajar con lujosas maletas Louis Vuitton o cargando con una enorme mochila llena de parches.

Los viajes de Emma y los de Finn son completamente opuestos, pero los dos triunfan con sus programas de viajes en la misma cadena de TV. Una, viviendo a todo trapo, el otro, buscando los rincones más desconocidos. No pueden ser más opuestos, y difícilmente van a coincidir, aunque estén en la misma ciudad grabando. Salvo que el destino, y las audiencias, decidan otra cosa.

A algún directivo con un extraño sentido del humor se le ocurre proponerles que trabajen juntos en un mismo programa. ¿Un greñas mochilero en el restaurante del chef más reputado de Francia rodeado de clientes trajeados? ¿Una exquisita mujer luciendo sus Manolos en la barra de un sucio garito lleno de sorprendidos y ruidosos clientes en chanclas? Solo pueden saltar chispas…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Intercambio de gemelos - Los sueños se cumplen

Lemmon, Jessica
9791370008383
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Intercambio de gemelos

El intercambio de gemelos salvaría su negocio, siempre y cuando no se volviera algo personal

La representante Kendall Squire necesitaba desesperadamente que el actor Max Dunn saliera del retiro que él mismo se había impuesto. Como representante de su gemelo, cabía la posibilidad de que hubiera cerrado un acuerdo para que su cliente hiciera un anuncio sin concretar un pequeño detalle: su disponibilidad. Max sería el sustituto perfecto, pero cuando Kendall fue a su cabaña en la montaña para proponerle la idea, acabaron atrapados en una tormenta de nieve. Pronto convencer a Max para que se hiciera pasar por su hermano dio paso a una negociación mucho más íntima.

Los sueños se cumplen

Lo que empezó como una farsa acabó en un embarazo y la cosa se puso seria.

Conseguir una entrevista con el actor Isaac Dunn era un sueño hecho realidad para la creadora de pódcast Meghan Squire. Pero cuando él le pidió hacerse pasar por su novia, ¡tuvo que pellizcarse para saber si estaba o no soñando! Sería un acuerdo temporal, lo justo para contentar a la prensa. Sencillo. Al menos hasta que su atracción demostró ser de todo menos fingida y acabó en embarazo. De pronto la pregunta del millón era si estaban preparados para un compromiso de verdad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas

maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)